



La Agenda De Los Amigos Muertos

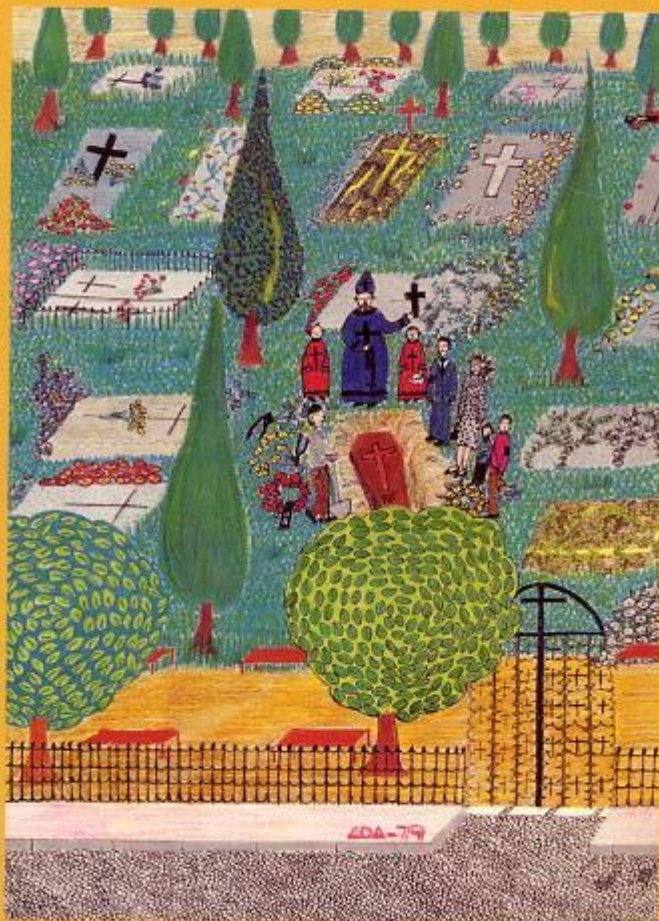
Raquel Heredia

ÍNDICE

PRÓLOGO	
El verano de 1968	
Primavera del 69	
Primavera del 73: embarazo y aborto	
Tras la lluvia, el viento	
Agosto, un día largo	
Otro verano, el del 96	
Seguimos en lo mismo	
Adrenalina directa al corazón	
Subiendo del Moro	
El color del desamparo	

LA AGENDA DE LOS AMIGOS MUERTOS

Raquel Heredia



PLAZA  JANÉS

PRÓLOGO

Raquel, mi hermana, me ha pedido unas líneas de prólogo para esta ¿novela? Acabo de terminar su lectura y estoy impresionado por la veracidad de la historia, que no es ficción, sino pura realidad. Espero que sus futuros lectores la encuentren como lo que es: un alegato real, verídico, contra el mundo de la droga, del mortífero «caballo».

Yo daría este libro como lectura obligatoria a los jóvenes, desde la adolescencia en adelante, porque, de verdad, cuenta una historia no inventada que muestra lo terrible de la droga, adónde lleva, su inhumanidad, así como el terrible fin que espera a los afectados de sida.

Su lectura, realizada de un tirón, me ha producido gran tristeza, porque relata la muerte de mi sobrina Ada, y me ha revivido la no igual pero sí análoga muerte de mis dos hijas, también yonquis — nunca he sabido por qué—, también víctimas de la acción del caballo, bien por sobredosis, bien por el VIH.

Es posible que alguna vez desaparezca el consumo de drogas, quizá (aunque no es probable por los ingentes volúmenes de dinero que mueve), pero lo que sí es posible es que desaparecieran los consumidores si conociesen la terrible realidad de este submundo.

Espero que esta obra encuentre esos lectores y sea una aportación real para terminar con esta espantosa y criminal lacra, que acaba, de la forma más horripilante y miserable, con la vida de algunas personas que de otra forma podrían estar entre las mejores.

RAFAEL DE HEREDIA
San Lorenzo de El Escorial,
20 de julio de 1997

Ante su cuerpo sin vida pensé que otra vez, y era la enésima, él, Nacho, su compañero y marido, se la había llevado, y ahora para siempre, y yo no la vería más, no oiría su voz, no podría enfadarme con ella cada día, como en los trescientos noventa y cinco que separaron sus muertes. Decidió durante este tiempo hacer todo lo posible para no seguir viviendo y se abandonó a su enfermedad, a la que llevaba venciendo casi diez años, para irse con él; a pesar de que, como siempre, decía odiarle y no haberle perdonado la mala vida que le diera desde que, ¡maldita la hora!, se uniera a él. Pero siempre fue igual: un amor-odio; un «ni contigo ni sin ti...». La unión que, sin remedio, proporciona la heroína.

Y así, durante este tiempo, aunque por momentos quería vivir porque le horrorizaba la muerte, lo que es la muerte en sí, la muerte física, el dejar de ser y estar, la oscuridad y el silencio, la idea de la nada, también suspiraba por estar con él y cada mañana al despertar me contaba sus sueños, con temblor en la voz, porque estaba él, pero también sus primas, fallecidas hacía dos años, y sus mejores amigos, todos muertos, corriendo por inacabables playas de arena blanca y fría y el mar azul grisáceo y el sol blanquecino, como en una fotografía de Hamilton. Y todos habían cabalgado a lomos del mortífero caballo, compartiendo jeringas y puchero, la cuchara grande donde mezclaban el jaco. Y quería irse con ellos y... quedarse. Como en los últimos meses no podía ni oler el caballo, ni siquiera en chinos o esnifado, se conformaba con un vino peleón de la peor calidad y algún que otro porro, suficientes para evadirse de la realidad.

Ella sabía que se moría porque en el último año fue tres veces al hospital, aquejada de enfermedades puntuales para las que prácticamente no tenía defensas, pero los médicos confiaban en la medicación; le suplicaban que la tomara y fuese a las revisiones y se hiciera la analítica que le mandaban. Pero se olvidaba voluntariamente, porque también tenía miedo de todo eso y dejaba de tomar las innumerables píldoras que debía ingerir tres veces al día. Yo, ¡claro!, me enfadaba mucho con ella y llegaba a ser cruel, porque también abandonaba su aspecto físico y hasta su higiene corporal. Dejaba la cama muy temprano, para preparar a sus hijos el desayuno y despedirlos antes de ir al colegio, y luego se metía en la cama, con la cara vuelta hacia la pared y sólo se levantaba para ir al cuarto de baño

y beber. Y nada podían las súplicas de los hijos, sobre todo las del mayor, que achacaba todos los males de su madre a la bebida y la insultaba, creo que como una forma de sacarla de su indiferencia hacia la vida, pidiéndole que se cuidara por ellos, como una demostración de amor. Algunas veces hasta llegaron a las manos, reproduciendo los modelos de conducta del matrimonio, y hasta creo que en ocasiones ella, en su desvarío, odiaba y a la vez quería a su hijo mayor, confundiéndolo con el padre.

Otras, en sus insomnios —creo que era por la noche cuando se atrevía a vivir—, llegaba hasta mi dormitorio y observaba si dormía; si éste era el caso, hacía todo lo posible para despertarme porque necesitaba hablar —siempre había sido muy charlatana—, y sobre todo comunicarme el terror que le producía la muerte, que presentía tan cercana. Llevábamos tantos años esperándola, ella y yo, desde que hacía diez un médico eminente le había detectado anticuerpos de VIH y le había dado seis meses de vida, que nos parecía imposible, sobre todo porque todos sus amigos morían y ella permanecía en el mundo.

Pensaba en todo esto ante su cuerpo, aún caliente, pero ya sin vida, nada más expirar a las siete y cincuenta minutos de la tarde, de un miércoles de finales de enero. La habitación del hospital estaba casi a oscuras, sólo iluminada por la tenue luz de la lámpara de la cabecera de la cama, la que por la noche y durante los últimos veinte días de vida que pasó en este mismo lugar, no se apagó ni un solo instante, pues ya tenía miedo a la oscuridad que presentía compañera inseparable de la muerte, a pesar de que meses antes, y en una de sus estancias en este mismo hospital, había decidido hacer testamento, un bello testamento, y me había dicho que «había visto la luz» y por ello deseaba morir en paz con Dios, solicitar su perdón y que la acogiera en su seno. Quería que la incineraran y se celebraran misas por el eterno descanso de su alma. También ésta era una decisión del último año, con la esperanza, tal vez, de no estar abocada a la nada, de hallar cierta forma de continuar. A mí me nombraba tutora de sus hijos, su máspreciado tesoro, a quienes declaraba herederos. Nunca había querido que la viesen en el hospital, pero esta vez, como yo le contaba que el mayor creía que su enfermedad era una fuerte borrachera y esto la atormentaba, el día antes de morir pidió que se los lleváramos. Quiso que la acicalara y le rogó a la enfermera que no le diese calmantes para

estar bien despierta. Mi hija Beatriz fue a buscarlos al colegio y los llevó. Preferí que lo hiciera ella, pues yo sabía que no iba a resistir la emoción. Y en realidad fue tanta que terminaron llorando todos los de la planta diez. Habló claramente, con perfecta dicción, cosa que no hacía desde el día siguiente a su ingreso, y hasta hicieron planes para cuando se pusiera buena. Cuando llegué a casa, mi nieto mayor me preguntó: «Mamá se va a morir, ¿verdad, abuela?» «No lo sé, hijo — respondí—. Es cosa de Dios; de cualquier modo, Él decidirá lo mejor para ella. Tú sabes que sufría mucho últimamente.»

La mañana siguiente a su muerte, cuando la sacaron del congelador y la expusieron en el velatorio, y antes de que cerraran el féretro para siempre, al depositar mis labios sobre su frente helada y dejar en ella el último beso sentí que dentro de mí algo muy fuerte se convertía en hielo y una angustia y soledad inexplicables me invadieron las entrañas, haciéndome tomar conciencia de que se trataba de un adiós para siempre, un «hasta Dios» sin regreso.

Supe también que nada ni nadie podría consolarme, ni siquiera su tardía fe, que yo perdí hace años y que a ella le animó en los últimos tiempos para no desvanecerse en la nada, dejando su alma entre nosotros y hasta la posibilidad de la reencarnación. Pero nada de eso resultaba un consuelo para mí, porque la maternidad aúna fuerzas de la naturaleza: sexo, dolor y amor, el más desinteresado, puro y sacrificado de los amores, y mi dolor era tan profundo, tan lacerante, que nada bastaba para calmarlo. En ese instante me habría gustado vivir en el antiguo Egipto y que me enterrasen con ella. Supe que sobrevivir a un hijo es el peor de los castigos y que el tiempo, en lugar de atenuarlo, lo hace más insoportable.

Pero quedaban aún momentos muy duros. Ya no estaba en casa, ya no había que ir al hospital, a la odiosa planta décima donde tantos amigos suyos y el último, su marido, habían quedado en poco más de tres años. Ya no habría que establecer turnos para velar sus noches de agonía a fin de que no se encontrara sola en el último momento. Faltaban metros para la recta final, llenos de espinas, de puntiagudos guijarros que hacían mucho daño en las entrañas. La siguiente etapa, la cremación, un acto frío y rápido, una despedida vertiginosa antes de

que las cortinas dijese: FIN. Y es que tampoco lo fue porque luego hubo que ir a por las cenizas, que nos entregaron dentro de una vasija, negra, con un letrero en el que se leía su nombre, y enterrarlas, en este caso por expreso deseo de mi hija, junto al esqueleto de su marido, que ya no el cuerpo, en el panteón de su familia, unos desconocidos que nunca la quisieron y creyeron siempre que ella fue la responsable de que él se iniciara en el mundo de las drogas, equivocación que cometen muchas de esas personas que llevan una venda sobre los ojos y ven la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio. Yo, la verdad, nunca le quise, pero por otras razones, porque la maltrataba físicamente, porque la humillaba con insultos y vejaciones —no digo que no fueran recíprocos—, y porque siempre que ella se refugiaba en mí, intentando dejar el caballo, la arrancaba con cantos de sirena que inmediatamente se convertían en gemidos de dolor, en contusiones, costillas rotas, ojos morados y nuevos enganches. Desde el primer momento comprendí que la suya era una unión sadomasoquista, con un ingrediente nuevo que Sade desconocía y que se llama heroína, conocida también por caballo, jaco, burro, blanca. Una unión en la que el sexo ocupa muy poco lugar porque en la inmensa mayoría de los casos lo destruye y sustituye por un chute, algo tan importante que Burroughs, heroinómano, escritor de la generación beat, llama «el almuerzo desnudo», que no es otra cosa que un pico de caballo. A mi hija se le interrumpió el período a los veinte años, y cuando la llevé al ginecólogo, éste diagnosticó que la heroína había envejecido hasta tal punto sus células que presentaba el mismo cuadro que una mujer en la edad de la menopausia. En los escasos períodos de fertilidad que coincidían con un desenganche, quedaba embarazada y se enteraba cuando ya estaba de cuatro o cinco meses. ¡Gracias a Dios y a esos períodos fértiles, nacieron sus dos maravillosos hijos!, a pesar de que tuvo varios abortos...

En el cementerio hacía un frío intensísimo; y notaba cómo las lágrimas se me helaban en las mejillas, pero no quería marcharme; era como si la abandonara o como si al retrasar el momento de mi marcha hiciera posible el milagro de que ella apareciera, tarde, como siempre, excusándose porque su marido no la dejaba ir a su entierro. Quería, en

fin, que el momento del adiós definitivo en esa ceremonia del entierro de sus cenizas sucediera a cámara lenta, sabiendo a ciencia cierta que ya había comenzado a vivir el calvario de su muerte, la ausencia, no volver a ver su persona, no tocarla, no pelearnos, no oírla.

Llevaba diez años esperando su muerte, y hasta a veces se la había deseado. Durante los últimos veinte días de estancia en el hospital, al ver que parecía la definitiva me había turnado con mis hijas para velarla por las noches, y esas interminables jornadas, sentada en un incómodo sillón rígido y de plástico, con la tenue luz alumbrando su ya mortuorio semblante, tuve ocasión, o al menos eso creía yo, de familiarizarme con su muerte. Estudiaba sus gestos, aplicaba mi oído a su pecho cuando me parecía que ya no respiraba o no le latía el corazón, igual que cuando era recién nacida y dormía demasiado. Tenía miedo, angustia de que no volviera a abrir los ojos. Se iba agotando poco a poco y en su hermosa cara, que ni el caballo ni el sida lograron desfigurar del todo, había aparecido el rictus de la muerte. Empezó a tener dificultad para hablar y a no controlar los esfínteres. Se negó a comer, y cuando tuvieron que administrarle alimentación por vena, al terminar el contenido del envase me miraba con ojos de angustia y lo devolvía todo, apoderándose de ella una vergüenza terrible, y lo mismo le pasaba con su cuerpo. ¡Qué ternura y qué tristeza cuando levantaba la sábana para señalar que se había ensuciado y había que cambiarle el pañal...! Me miraba con ojos tan espantados que no podía evitar las lágrimas, y me pedía que le entonase una nana que le cantaba su tata Lila, una chica de la sierra de Cazorla que había dejado en su pueblo una hija, producto del derecho de pernada del señorito de la finca en que sus padres servían. E intentaba entonarla: «A la nanita, nana, nanita ea, / mi niña tiene sueño, bendita sea. / Esta niñita chica no tiene cuna, /su padre es carpintero y le hará una...»

Como entonces: «No sabes cuánto quiero que venga mi tata Lila.» Como entonces, yo no tenía acento andaluz ni sentía como aquella muchacha. La cercanía de su muerte y el ir perdiendo la razón poco a poco, la trasladaban a su primerísima infancia, y también como entonces intentaba caminar y no la sostenían las piernas. Más de una

vez, y en cuanto nos descuidábamos, se caía al suelo en su intento de ir a la cocina de casa —no sabía dónde estaba— a buscar algo de comer y un vaso de vino. O quería ir a ver a sus primas, ya muertas del mismo mal, o con sus amigos, o con Nacho. Unos muertos y alguno vivo. Algo pasaba ya por su mente que confundía ambos mundos, preparándose quizá para el último viaje.

La madrugada del día de su muerte, sentada en aquel incómodo sillón, en el que resultaba imposible descabezar un sueño, la miraba fijamente, le hablaba, le limpiaba la boca, por dentro y por fuera, porque quedaban en ella restos de papilla pegajosa y grisácea. Y no sentía ninguna repugnancia, como cuando era bebé y le quitaba cacas y pises. Y me daba cuenta, en plena faena, que ni me ponía guantes, a pesar de las advertencias del personal sanitario. ¡Si ellos supieran la cantidad de veces que la había sorprendido en pleno chute, con la aguja en la vena!, porque ella era auténtica yonqui (y esta palabra viene de junkie, «drogadicto» en inglés) y lo que más le gustaba era mantenerla en el brazo, bombeándose la sangre de vez en cuando, supongo que con la ilusión de que aún quedaba en ella algo de caballo. Y en el forcejeo por quitársela muchas veces saltaba y se clavaba en mi mano, o en mi hombro o en el brazo... Y de esto hacía años y aquí estaba yo, haciéndome pruebas todos los años desde que se conoció que era seropositiva, tan sana, al menos por fuera y ahora con deseos de morir. Me dolía el alma, ¿quién se ha atrevido a decir que el alma no duele...?

Cuando mi hija abría los ojos y yo pensaba que me miraba y me veía con esos sus hermosísimos ojos claros, azul-gris-verdoso, camaleónicos y, a esa hora de la madrugada, concretamente azul grisáceo, volvía la cabeza para que no me viera llorar y miraba por la ventana de este piso décimo y veía la calle de Diego de León en la confluencia con Francisco Silvela, al amanecer, con gentes que andaban apresuradamente hacia la cercana boca del metro y los bares subiendo el cierre y la ciudad, en suma, que despertaba y empezaba a cobrar su ritmo. En el momento de despertar las ciudades son como el nacimiento de un niño, un milagro incomprensible. Y todo ello intensificaba mi llanto, impotente ante la realidad de su muerte, mientras le rogaba a Dios que me llevara a mí, realizando infinitos

esfuerzos para que me oyera y fuese yo y no ella quien estuviera agonizando en aquella cama.

A media mañana apareció una de mis hijas para relevarme. Necesitaba una ducha, ropa limpia y algo de sueño, pero estaba muy inquieta porque algo en mi fuero interno me decía que aquél sería su último día a pesar del diagnóstico del médico, quien después de haberla desahuciado muchas veces ya no creía en su fin, de modo que dejé el sueño para otro momento y salí de casa de regreso al hospital.

Tardé en llegar. Necesitaba alargar el camino, y un trayecto que habitualmente hacía en cinco o siete minutos, bien fuera en autobús o andando, tardé dos horas y media en recorrerlo. Me paraba en cada escaparate; entraba en alguna tienda a preguntar el precio de algo. Por tres veces entré en otras tantas cafeterías, pedí café y me fui sin tomarlo. Estaba claro que mi subconsciente me obligaba a retrasar la llegada, intentando engañarme como los niños cuando se tapan la cara con la mano y dicen que no están... En cierto modo soñaba con engañar a la muerte, que no podría llevársela si yo no la dejaba llegar. Y la notaba a mi lado y hablaba con ella de banalidades ante el escaparate de un comercio, comentando una película anunciada en el cine de paso o criticando tal o cual libro expuesto en una librería, y hasta me llegué a la casa, cercana al hospital, donde ella, mi hija, vivió cuando decidió unirse al que fue su marido y que era la casa del padre.

Pero al fin llegué; miré el reloj y eran más de las cinco. Mi hija ya estaba impaciente por la tardanza, que ni pude ni quise explicar. No la habría entendido. En cuanto la miré comprobé que se le había inflamado de forma alarmante el lado izquierdo del cuello, justamente, pues debido a que en los escuálidos brazos ya no le encontraban vías válidas, le habían puesto un gota a gota en la yugular. Respiraba trabajosamente; se le habían hinchado las manos y cuando abrió los ojos, que tampoco esta vez me reconocieron, me di cuenta de que las córneas también se habían inflamado y las pupilas estaban hundidas en ellas. Llamé a la enfermera. También ella opinó que había empeorado, y llamó al médico, que no estaba. En el informe que había dejado podía leerse: «Edemas.» Eran la causa, al parecer, de las inflamaciones. Pero yo sabía que no. La muerte, que había entrado conmigo en la habitación, se había acostado a su lado.

Llegó una asistente social que mandaban de Cáritas. La mujer, que había perdido un hijo por una causa parecida, intentaba darme ánimos, y también a mi hija. Se lo agradecí. Llegó Blanca, una amiga mía que cada tarde, y siempre que se lo permitían sus obligaciones múltiples de política, esposa, madre y abuela, se pasaba por el hospital. Me consolaba con su presencia, con su bondad y su humanidad tremendas, y, como siempre, me preguntó si había comido. «Pues no. No tengo hambre.» «Venga, aprovechando que la niña está acompañada, bajamos y tomas algo», y sin esperar a que contestara me agarró del brazo y me empujó hacia la puerta. No tuve más remedio que bajar. Pasaron pocos minutos, y al advertir que yo miraba el reloj insistentemente, Blanca entendió mi nerviosismo y nos fuimos. Estábamos esperando el lento ascensor, cuando ya en la planta baja se abrió y otras dos amigas, Isabel y Encarna, bajaron en él, en busca de nosotras. Me cogieron de la mano y sólo dijeron: «¡Ya...!»

Los diez pisos me parecieron una eternidad. Cuando llegamos a la planta, Piluca, la enfermera, a la que nunca olvidaré por el amor con que trató a mi hija, me acompañó a la habitación, consolándome, mientras mis amigas opinaban que no debía entrar. «¡Cómo no, si es mi hija; dejadme en paz!»

Aún estaba caliente y conservaba algún color en las mejillas. Habían vuelto a su rostro la tranquilidad y la belleza que alejaron de ella el mortal caballo y el sida. No supe más. Me fundí con su cuerpo en un abrazo del que tuvieron que arrancarme, al mismo tiempo que la insultaba y la besaba; le reprochaba muchas cosas y le rogaba que no nos dejara. Recordé la luz que decía haber visto y me sirvió de alivio pensar que ya estaría con Dios, su luz y, ¡por fin!, también con Nacho y con sus amigos. Una vez más, y como siempre desde que lo conoció, se iba con él y nos abandonaba, a sus hijos y a mí. Recordé lo que me decía en los últimos días: «¡Vaya marrón que te dejo, madre!»

¿Era aquello regresar al punto de partida?, ¿empezar de nuevo, desde el kilómetro cero?, ¿cargarme con el pasado en el presente, con los hijos de los hijos, con las obligaciones, entre otras, la de dar ejemplo, ¡siempre dar ejemplo!, negándose cada acto de frivolidad, de expansión, de sensualidad...? Y la soledad íntima, por encima de todo.

Asustando a los posibles compañeros con mis obligaciones y mi aparente fortaleza; explicando a los niños lo inexplicable; a aquéllos, mis hijos, la huida de su padre; a éstos, la muerte, y encima teniendo que asegurar que Dios es justo, bueno, magnánimo y que siempre tiene un motivo, que cuando la gente muere joven es porque Dios los quiere a su lado. ¿A qué obedecen sus designios?, pregunto. ¿Cuáles son la causa y la razón? ¿O es que este Dios, que siempre comunica cuando se le necesita, nos engaña cuando dice que ha sido hombre, hijo y hermano? Y, por si fuera poco, siempre que me quejaba de mi poca suerte en la vida mi madre me alentaba con la idea de que tenía un don especial por haber nacido en Jueves Santo... ¿...?

Durante los últimos veinte años mi vida ha transcurrido como dentro de un paréntesis. Fuera, todo se movía, cambiaba, mis compañeros prosperaban en la profesión, se casaban, algunos más de una vez, o elegían a sus parejas del mismo sexo; otros profesaban en órdenes religiosas, los menos se hacían ricos, y hasta alguno terminó en la cárcel. También murieron algunos, pero todos estaban fuera, en la corriente del tiempo, con los acontecimientos visibles en las pantallas de televisión, en las páginas de la prensa escrita, en los oídos de quienes escuchan la radio, en las portadas de los libros. Porque mi profesión es el periodismo, trabajo de escaparate, extrovertido, y, naturalmente, dentro del paréntesis en que me metió la heroína todo es oscurantismo, silencio y horizontes de muerte, a ser posible oculta o disfrazada de suicidio, que también es muerte, ¡claro está!, pero con un cierto matiz de voluntarismo y hasta con un halo de romanticismo. Es fácil que un suicidio sea por amor no correspondido, por deterioro físico, por soledad, por fraude o... por miedo a la muerte.

Antes de entrar en ese paréntesis, que como digo lo marcó la adicción de mi hija mayor, ya había tenido que cambiar muchos de los esquemas que me trazara en mi primera juventud: no estudié lo que quería, medicina, porque en opinión de mi madre no era una carrera para mujeres («había que ver hombres desnudos», y aunque muertos, «eran hombres») y porque, además, era demasiado costosa y larga. Y no es que mi madre fuera machista en el sentido de pensar que el matrimonio era el medio de vida natural para las hembras, ¡no!, ella

quería salidas, pero rápidas, que sirvieran para ganarse la vida en caso de que el matrimonio saliera mal, pero no que le ocupasen a una chica en edad casadera los mejores años. Ella, huérfana de madre desde edad muy temprana y la mayor de siete hermanos, con un padre autoritario, coronel de húsares, masón y secretario de Azaña, muy aficionado a las ciencias ocultas que practicaba utilizando a mi madre, la hija mayor, como médium, tuvo que aguantar las veleidades del padre que empleaba su escaso sueldo para figurar y mantener sus hobbies —caballos y mujeres—, y hacer cálculos astronómicos con lo poco que quedaba para dar de comer a sus múltiples hermanos. La abuela paterna —a la que llamaban Madrina, porque lo fue en el bautismo de todos sus hermanos y de ella misma—, una cubana que se casó a los trece años con un apuesto capitán de caballería español que fue a luchar a la guerra de Cuba, tenía algún dinero traído procedente de la herencia de sus padres, dueños de importante hacienda de la que la bisabuela contaba preciosas historias de bailes, amoríos y esclavos. Fumaba habanos y, con voz cadenciosa y grave, entonaba habaneras que más tarde mi madre nos cantaba cuando hablaba de ella. Los consejos de su abuela la decidieron a hacer unas oposiciones para el Ministerio de la Guerra, que ganó con el número uno. Pero el amor y la costumbre hicieron que cuando mi madre conoció a mi padre y se casó con él, dejara el empleo y, naturalmente, el salario, porque mi padre no podía consentir que su mujer trabajara en una oficina. Poco tiempo después el trabajo empezó a faltarle a mi padre, y tuvieron que pasar mil agonías, coincidiendo además con la llegada del primer hijo. Mi madre quiso volver a su antigua ocupación y ya no pudo, con lo que le quedó la idea muy clara de que una mujer, aunque se casara, no debía dejar jamás su trabajo, ya que era una condición indispensable para ser libre en su futuro y no depender, como le sucedió a ella durante toda su vida, de los ingresos del marido y, en consecuencia, estar a las órdenes de éste.

Esta lección la aplicó a mi hermana y a mí, y cuando alguien daba por supuesto que el único que estudiaría una carrera universitaria sería mi hermano, respondía con presteza que «en este país ya es bastante suerte nacer varón y las más necesitadas de preparación académica son las mujeres». Pero, claro, se refería a carreras cortas y

femeninas: secretariado, idiomas, enfermería, magisterio, comercio y, como mucho, farmacia, filosofía y letras o derecho.

No me atrevo a decir ni creo que ella pensara nunca en emancipación, pero a su modo, con escasa formación y muchos atavismos, quería que sus hijas pudieran elegir entre el matrimonio y la soltería, y, sobre todo, la libertad que proporciona el trabajo fuera del hogar, mejor remunerado cuanto más base de conocimientos, para dejar una unión matrimonial equivocada y no arrastrarla como una pesada condena.

Cuando acabé el bachillerato, y como la única opción que se me ofrecía era estudiar farmacia para convertirme en «tendera de medicamentos» —siguiendo la huella profesional de mi padre, lo cual no me atraía en absoluto—, me matriculé en derecho, carrera que no me importaba un bledo, pero había menos gente que en la ventanilla de filosofía y letras y menos chicas, dos motivos suficientes para elegirla. Al año siguiente vi en la prensa la convocatoria de exámenes para la Escuela Oficial de Periodismo y me presenté, con la promesa firme de que acabaría la carrera «seria», pues aquello del periodismo le sonaba muy mal a mis padres: «Mucha bohemia, mucha hambre y lo peor de cada casa...»

Pienso ahora que logré encauzarme, si no por el camino de la medicina, que es el que deseaba, por otro que me atraía, el periodismo, que significaba mi otra afición, la literatura. Escribir fue, desde que aprendí, mi medio natural de comunicación con los demás, la mejor forma de expresión, quizá por una extremada timidez y porque de mí no me gustaba casi nada, ni siquiera mi voz.

Otro de los grandes deseos de mi niñez y adolescencia era ser madre; soñaba con tener una hija, sólo una, tampoco es que tuviera ansias incontenibles de maternidades. Y le hacía ropitas, le escribía nanas y hasta le busqué un nombre: Ada, del que se reían mis amigas, suponiendo el ridículo que haría la niña si llegaba a ser fea: «La llamarán bruja...» Pero yo estaba segura de que ese supuesto no se daría y que mi hija sería la niña más hermosa que jamás hubiese nacido. Lo malo es que esos sueños no se fueron de mi cabeza con los años y así, el día más feliz de mi vida fue aquel 14 de mayo de 1960 cuando nació mi hija Ada. Pesó cinco kilos; estuve tres días de parto porque la niña era hipermadura y mi embarazo duró diez meses. Fue

un parto agotador, atendido por un médico militar que sólo empleaba técnicas naturales, lo cual mereció la pena. Quise ver nacer a mi hija — en ningún momento dudé de su sexo, a pesar de que por entonces no existían las ecografías—, y lo hice mediante un espejo colocado al efecto, que me dejó ver, entre enormes dolores, salir a mi hija de mis entrañas. Y se llamó Ada, como la hija de lord Byron, uno de los ídolos literarios de mi juventud. Y era una criatura bellísima, fuerte, sana e imperativa, que colmó uno de los principales deseos de mi vida de mujer y la marcó para siempre.

Al recordar aquellos momentos pienso en mi matrimonio, celebrado un año antes como mandaban los cánones sociales, más que morales, de la época. Conocí al que sería mi marido en los exámenes de ingreso a la Escuela. Era uno de los más guapos y arrogantes de cuantos se presentaban; con un estudiado toque de desaliño y, sobre todo, de despiste, como por ejemplo, y fue una de las cosas que me chocaron en él, que llevaba los calcetines de colores diferentes y, naturalmente, los enseñaba para que se lo dijeran y hacerse el sorprendido. Le acompañaba una chica rubia, alta y vistosa que aparentaba ser su novia, y, bajo el brazo, un grueso tomo encuadernado en piel marrón que le mostraba al primero que se lo pedía: resultó ser el cuaderno de apuntes de rincones y edificios de París, ciudad en la que, según él, había pasado los últimos años, preparando su ingreso en arquitectura. Los dibujos tenían calidad y los colores resultaban excelentes, pero el cuaderno era de su padre y él nunca había estado en la bella ciudad del Sena. Era un mitómano auténtico. A pesar de todo, lo elegí para ser mi marido y el padre de Ada. En realidad, me sentía tan segura de mí y tan fuerte que, como una moderna Juana de Arco, di por descontado que aquel guapo muchacho de ojos azules, cabello claro y magnífico estilo cambiaría en mis manos como si se tratara de arcilla, convirtiéndose en un ser cuasi perfecto, el mejor engendrador para la hija que soñaba, un marido aceptable y hasta un buen periodista. El matrimonio era un paso imprescindible sin el cual ella nunca habría existido y yo habría permanecido virgen por el resto de mis días, pues el hecho de quedarme embarazada soltera hubiera sido suficiente para que mi padre me hubiera volado la cabeza. Aquellos días parecen alejados del presente millones de años, tantos que me cuesta trabajo darles la dimensión exacta y, a fuerza de sincera, he reconocido que las

mujeres de mí época utilizábamos el matrimonio para conocer el sexo, palabra proscrita hasta el punto de que cierta vez tuve que hacer un reportaje para el diario Pueblo, donde empecé a trabajar, sobre un congreso de medicina interna que se celebraba en Madrid, y uno de los temas que se trataron fue el de la calvicie. Naturalmente, entraban las palabras «hormona» y «sexo», y me las vi y me las deseé para escribir todos los días que duró el congreso la información y decir lo que quería con palabras sustitutorias.

¡Vamos!, que me casé por conocer el sexo y concebir a mi hija. He dicho muchas veces a lo largo de los años y separada a los nueve de matrimonio —o para ser más exacta, abandonada—, que si hubiera tenido ocasión de vivir unas relaciones prematrimoniales con él, nunca lo habría elegido como esposo si no hubiese sido por el motivo de mi hija o habría buscado otro padre que me gustara tanto como él para este cometido, o, en última instancia, habría permanecido soltera. El sexo con él fue tan humillante y decepcionante desde la primera noche, la de bodas, que me habría separado al día siguiente, dando por descontado que ya estaba embarazada después de trece coitos que me dejaron exhausta, tan dolorida e insatisfecha que en modo alguno podía asociar aquello con el tan cacareado placer pecaminoso.

A pesar de todo, me enamoré de él e intenté ser una buena esposa, achicando incluso mi paso profesional, que empezó con mucho brío y grandes expectativas, con algunos premios de narrativa cotizados y grandes augurios por parte de escritores tan importantes como Alejandro Núñez Alonso y Gerardo Diego, que me dio clase de literatura de cuarto de bachillerato en el instituto Beatriz Galindo. Los decepcioné, como a mí misma en lo profesional, pero había elegido un camino incompatible: la familia. Que nadie me diga que no, porque es aún hoy en día, con los indudables avances en la igualdad que han traído los tiempos, el tesón de las mujeres y la democracia, que no se ha resuelto el dilema, la dicotomía, diría yo, entre el terreno profesional y el familiar, e incluso me atrevo a decir que el afectivo. Hay profesiones como el periodismo, la política, la medicina, la literatura y el mundo de los negocios, incompatibles con el matrimonio y la familia y si no se me tacha de exclusivista diría que estos últimos se quedan para empleos fijos, estables, controlados por horario y con fechas de vacaciones.

Me pierdo en los recuerdos y son los anteriores a mi entrada en el paréntesis el caldo de cultivo, quizá, sobre el que fue asentándose mi familia, y hasta cierto punto configurándose, para entrar en ese túnel de veinte años, cuya estación términi fue para Ada la anunciada terrorífica muerte prematura y una vida azarosa, nómada y marcada por la falta de libertad; es curioso que siempre recalque estas palabras, porque se trata, sin duda, de lo más llamativo del caballo: la esclavitud a la que somete a sus jinetes.

EL VERANO DE 1968

Pensándolo bien, lo que sucedió aquel verano del 68 en la playa de San Juan estaba dentro de un orden, desordenado si algunos lo prefieren, pero dentro del devenir de mi matrimonio. Mi marido era mitómano, lo sabía; mujeriego, lo supe la misma noche de nuestra boda, así como ansioso de sexo no siempre ortodoxo, o al menos lo que se conocía por tal; débil, lo sufría; encantador y maestro de resortes en el arte de enamorar; feminista, culto, sensual y fabulador. Por si todas estas artes no fueran suficientes, se declaraba ferviente defensor de la amistad hombre-mujer, amistad pura y dura, se entiende.

Buen padre en apariencia, lo fue mucho con Ada durante los primeros años de vida de la niña hasta convertirse en imprescindible. Se la llevaba, siendo bebé, como un juguete precioso, con su bolsita rosa de pañales, su biberón de agua y sus ropitas encañonadas y almidonadas como si se tratara de una princesa y fardaba; más tarde me enteré de que ligaba gracias a ella, pobrecita, abandonada por su madre nada más nacer...

¡Claro!, a la niña le salían madres voluntarias a montones pensando en la recompensa: el padre. Y por eso cuando la niña creció y fue prematura en el hablar, muy charlatana y cotilla, a él ya no le hizo tanta gracia y no se la llevaba a pasear con la asiduidad del primer año. Habían pasado desde entonces ocho años, que eran los que tenía Ada.

En la primavera había tomado la primera comunión y estaba tan alta y tan mayor que parecía una novia con su traje largo de organdí. Pero existían tres hijos más y dos abortos... Y no éramos una familia, nunca lo fuimos en el sentido representativo de la Iglesia ni en el del orden establecido por las normas sociales.

Aquel invierno habían cargado a Ada con el peso del pecado al prepararla para recibir la eucaristía, y le habían señalado los de la carne como muy importantes, tanto los capitales como los veniales. También le habían subrayado aquellos mandamientos que abominan del sexo y de la sensualidad, que mandan al infierno a quienes no siguen las normas establecidas y reservan el cielo para los sumisos, los

puros, los hipócritas. Todo estaba en la materia, el pecado que expulsó a Adán y Eva del Paraíso no era la desobediencia, sino simplemente la exigencia de la carne, el sexo tan temido y oscurecido, tan preformado por la Iglesia de aquellos tiempos que sólo podía ser usado para procrear, pero sin placer o, sí acaso, casto y conciso...

Así que para la niña de ocho años lo más importante que tuvo para decirme al verme fue: «Lo que hacen papá y tía Andrea es pecado. Menos mal que has venido, mamá... ¡Menos mal que has venido...!»

Y se me abrazó llorando amargamente. «Nos ha engañado. Papá nos ha engañado, ¿por qué?» Ada, sin saberlo, sentía el engaño de su padre de una

forma muy especial, porque era su preferido, su confidente y ella creía que también su amigo.

En aquel momento vi con toda claridad cuál era la situación y también las advertencias que me hacían los amigos y personas más cercanas respecto a mi marido y a Andrea. Era cierto que a pesar de tratarse de mi prima durante la niñez nuestro trato había sido muy espaciado y superfluo. Su madre era hermana de la mía. El padre, militar y franquista, enemigo por tanto de mi padre, republicano. Ella y su única hermana se educaron en las Damas Negras, yo en el Instituto. Ellas estudiaron «cultura general», es decir, nada; yo, derecho y periodismo, y me dediqué de lleno a la profesión antes y después de casarme. Yo andaba metida en líos políticos universitarios y todos mis amigos eran de izquierdas; ella se casó con un alto y apuesto oficial de aviación y su boda fue la primera del clan familiar. Al poco tiempo mandaron a su marido a Estados Unidos a hacer unos cursos, y allí permanecieron varios años, durante los que no supimos nada la una de la otra.

Al cabo de los años, cuando ya tenía una hija de diez y un chico de seis o siete, regresó a España y se encontró desplazada. Me buscó. Yo ya me había casado y trabajaba de redactora en un importante periódico vespertino de Madrid. Tenía un nombre y empezaba a ser alguien en el mundillo de las letras.

Ella se dedicaba a sus labores y a su marido. Nos hicimos muy amigas entonces y me contó sus primeros desengaños matrimoniales, provocados en su mayor parte por las largas ausencias impuestas por su profesión y la cercanía de guapas y míticas azafatas, en cada una de las cuales veía ella una rival.

Así fue como Andrea se acercó a mí. Se metió en mi vida y en mi hogar, cuyos cimientos no eran muy sólidos. Confié en ella por creerla incapaz, como lo habría sido yo, de abusar de las confianzas llenas de amarguras y decepciones de mi matrimonio, que se las hacía para que comprendiera que en la vida de todas las parejas aparecen baches, más o menos profundos, pero que no bastan para determinar una ruptura.

Durante todo el invierno, siempre que llegaba del trabajo la encontraba en mi casa, con la misma familiaridad que si fuera la suya. Y también, ¡qué casualidad!, estaba mi marido, que por una u otra razón se había librado antes de sus ocupaciones. Hasta Justa, una sirvienta que había heredado de mi madre, se había dado cuenta de que allí pasaba algo, y llamaba despectivamente a Andrea «zorrospe», cuando hablaba de ella. El caso es que la amistad se fue estrechando, no sólo conmigo, sino con mi marido. Vivimos un invierno increíble de cenas, bailes y diversiones. Otro personaje entró en escena, un periodista algo más joven que nosotros, compañero mío de trabajo, quien a menudo venía con los tres para formar un cuarteto, que siempre es menos incómodo.

Carlos, que así se llamaba mi compañero, me advirtió un día del rollo que se traían mi prima y mi marido, pero no le hice caso... ¿por qué no podían ser amigos simplemente?

Andrea quería recuperar el tiempo perdido y lo intentaba copiándome, teniendo amigos, camaradas, pero lo único que conseguía era crear un clima tenso y sensual que daba lugar a conversaciones molestas y a demostraciones de celos por parte de él. ¡Y pensar que yo no me daba cuenta de nada y hasta me enfadaba con los que me advertían!

En cambio, fueron suficientes las palabras de Ada para que lo viera todo muy claro. Aquel día que había llegado yo sola, en mi pequeño utilitario blanco, una semana después que el resto de la familia —con Andrea, naturalmente a la cabeza, mi marido, nuestros hijos y las

chicas de servicio— hacía un calor pegajoso y el cielo estaba nublado. Busqué la casa donde debían estar, es decir, la que Andrea había alquilado supuestamente para mí y mi familia, y no estaban. La portera me indicó dónde podría encontrarlos: en casa de una prima de la señora. Pregunté las señas y me encaminé hacia donde estaban mis hijos y los de ella. Los míos, hasta la más pequeña, que tenía seis meses, sucios de arena de la playa, llorosos y hambrientos, porque eran las cinco de la tarde y aún no habían comido. Ellos, la pareja, comiendo y divirtiéndose.

Ada se había agarrado a mi brazo y no me soltaba. Entre sollozos, de un llanto ya casi sueño, repetía una y otra vez: «¡Nos ha engañado. Este tío nos ha engañado! ¿Qué vamos a hacer ahora, mamá?» Lo único que podíamos hacer: como un pequeño ejército vencido nos fuimos a nuestra casa, una casa desconocida, nueva e inhóspita donde nada más entrar llegaba el olor denso y emponzoñado del adulterio, donde no había rincones para ocultar la tristeza, ni música para mitigarla. Los días que siguieron a aquel momento del despertar a la verdad fueron terribles, me puse enferma, creí morir, odié, supliqué amor... ¡y de qué modo! En mi habitación el calor era achicharrante y pegajoso desde por la mañana temprano, porque el sol caía implacable y ni las persianas bajadas del todo detenían su entrada. En aquel dormitorio frío e impersonal tuvieron lugar las escenas más tristes y desagradables de mi vida, que hicieron que ésta y mis convicciones dieran un giro de ciento ochenta grados.

Andrea y mi marido aparecieron por la casa algunas horas después de nuestro regreso y alabaron el trabajo que habíamos hecho convirtiendo el que había sido su picadero en hogar para una familia con cuatro niños, y no recuerdo exactamente con qué palabras, pero ambos me dijeron que se querían y sentían una gran atracción mutua y que llevaban viéndose desde que ella apareció en mi casa, casi dos años antes. El tiempo suficiente pensé, para engendrar a mi hija pequeña, a la que probablemente habríamos-hecho en su nombre, pues él en la dualidad amorosa, tendría el cuerpo y el sexo llenos de ella y la imaginación también... Y cuando a veces se había equivocado al pronunciar mi nombre y decir el suyo, no era una casualidad... Y las desganadas amorosas, pues él no era hombre que aguantara muchas cabalgadas... No sé si estaba más herido mi amor propio, mi

inteligencia o mi amor físico... Ada que no se separaba de mí ni un momento, estaba asustada porque en cierto momento, debido al calor y al disgusto, me dio una lipotimia que me tuvo ausente varios minutos. Su sombra creció, como diría Sartre, cinco veces más que su edad real, y se convirtió en una mujer asustada y burlada.

De madrugada desperté y me encontré sola. Me vestí y bajé a la playa en busca de mi esposo. Reinaba una oscuridad absoluta, pues ni siquiera alumbraba la luna y lo único que se distinguía era el color acerado del agua, casi blanca cuando se convertía en olas al llegar a la orilla. Estaba dentro de su coche; entré, aparentaba dormir, pero pronto, al sentirme, abrió los ojos. Le pregunté con una voz que apenas se oía: «¿Es que no sientes nada por mí?, ¿no estás enamorado?, ¿no te atraigo como mujer?»

¡No! ¡No! ¡No!... Empecé a llorar amargamente... Le molestaba que llorara, me pidió que no hiciera escenas y menos allí, donde podían oírnos. Así que, una vez ya en la casa, me confesó cruel y llanamente que Andrea le atraía irresistiblemente, pero no de ahora, sino desde hacía años, desde antes de casarnos. Si me había dado hijos era porque yo le inspiraba compasión...

Empezaron a palpitarme las sienes y pensé en la muerte como calmante que pusiera fin a ese latido que recorría todo mi cuerpo. Sin más, se acostó y se durmió. Me tumbé en la cama de al lado. Le deseaba, a pesar de todo, como si mil demonios lujuriosos se hubieran apoderado de mis sentidos. Aunque mi cerebro martilleaba una y mil veces gritándome que no, mi cuerpo quería estar con el suyo (¡qué triste escena!, recuerdo). Le desperté con caricias y arrumacos que había visto en alguna revista porno —no me importaba comportarme como una prostituta (es lo que él me dijo la primera vez que se me ocurrió)—, y... conseguí que hiciera el amor conmigo... Aún hoy, al cabo de tantos años, me resulta penoso recordarlo, porque una vez hubimos terminado, se levantó y se fue al cuarto de baño a vomitar. Aún hoy se me llenan los ojos de lágrimas y un temblor de humillación recorre mi cuerpo.

Ada se había enterado de todo y fue ella quien no quiso que regresáramos a Madrid, pues creía que si nosotros estábamos allí aquello se acabaría. Vagué todo un mes por aquellas playas, intenté ser amiga de ellos y comprender a mi esposo; le di permiso para que

durante largos días de angustia, decidiera a cuál de las dos prefería. Fueron magnánimos, por los hijos, pero después del verano...

Me pregunto ahora cómo pude ser tan idiota y tener tan poca dignidad. ¿Por los hijos? ¡No! Una mañana aparecieron en mi casa Carlos, Borja y Leo, y nada más verme Carlos supo que yo me había enterado de todo. Mi marido no estaba y rápidamente ordenaron que los niños y yo nos vistiéramos y nos fuéramos con ellos. En la redacción les llamaban mis «tres mosqueteros», porque siempre íbamos juntos. Carlos, periodista y abogado, sevillano, inteligente, sagaz y vago, un claro ejemplo de señorito andaluz, enamorado y poeta, maoísta, pero burgués y revolucionario, amante de Bob Dylan y de los Beatles. Borja, hijo y cuñado de guardias civiles, era confeccionador y estudiaba Bellas Artes porque quería llegar a ser un consumado pintor. De la música «seria», como él decía, llegaba hasta el Concierto de Aranjuez, y en literatura, lo más avanzado era John Dos Passos. Leo era un guapo mocetón, de familia muy humilde, que se dedicaba a la publicidad. De inteligencia natural y viveza extraordinaria para las relaciones públicas, tenía un don especial para hacer dinero y amoldarse a cualquier situación no importaba el ambiente social de que se tratara. Desde que le conocí le auguré un magnífico futuro, y el tiempo me ha dado la razón.

Aquella noche, y después de dejar a los niños en casa y a los compañeros en el hotel, Carlos y yo estuvimos hablando dentro del coche hasta el amanecer. Conoció mis sufrimientos y cuanto había pasado desde mi llegada, así como la tremenda frustración que sentía como mujer, que venía de antiguo. Carlos me besó como nunca lo había hecho mi marido, y sentí como si un bálsamo beneficioso, una ducha de agua tibia despejara mis sienes y mis sentidos. Le pedí que fuera mi amante y me dijo que no quería ser el sustituto de nadie. «Cuando pase el tiempo, si es que tú aún quieres, lo seremos...» Y lo fuimos. Aquel invierno.

Se me habían pasado los deseos de salir en pública subasta, desnuda, entre los marineros hambrientos de sexo que llegaban a esas horas del alba al puerto. Los ojos de Carlos, que me miraban de forma distinta; el beso que nos habíamos dado, lleno de pasión y sexo, me complacían y llenaban el vacío de sentirme deseada como mujer.

Mi marido y mi prima se mostraron muy complacidos y fueron, como siempre, muy crueles. Ella me contaba lo magnífico que era mi marido y también lo incomprendido. Él, en el colmo del cinismo, me sugería la posibilidad de un amante comprensivo y enamorado que me quisiera como yo me merecía... «Podría ser Carlos. Yo creo que siempre te ha mirado con ojos enamorados.» ¡Por Dios, y era él, mi marido, quien me lo sugería!

Aquel invierno Carlos fue mi amante y Ada se enamoró perdidamente de él, y luego, más tarde, de un amigo suyo, que terminó sus días trágicamente ciego y arruinado por culpa de la heroína, disparándose en la boca con una escopeta de caza y saltándose la tapa de los sesos.

Fue en el verano del 68 cuando fumé el primer porro de mi vida y descubrí el whisky, que me hacía olvidar, dormir y, sobre todo, me desinhibía hasta el punto de que hacía cosas inimaginables en estado normal. Ada, que nunca superó el engaño de su padre y el dolor que le produjo, intuyó, sin saber que se llamaba caballo, algo que le haría pasar de las injusticias de la vida y las veleidades de los humanos. Después de algunos años, y cuando sufrió el primer desencanche, tenía diecisiete, me confesó que no paró hasta encontrarlo.

Mi hija era una niña sensible y cobarde, no en el aspecto físico, sino en el moral. Cuando se sentía herida psíquicamente necesitaba refugiarse en la in-conciencia y en la amoralidad. Con los años, y después de conocer muchos yonquis, he podido constatar que éste es un denominador común.

PRIMAVERA DEL 69

En el recuerdo, unos matices se difuminan y otros se acentúan. Hay que hacer un auténtico esfuerzo para no dimensionar ni unos ni otros, pero en la realidad todo se concretó al llegar a nuestro lugar común, y lo cotidiano fue imponiendo decisiones. Aquella postura mía de autocompasión desapareció y nació la más práctica de ir a un abogado y solicitar la separación de mi marido, porque él continuaba unido sentimentalmente a Andrea y me ofreció compaginar su doble vida, como si no hubiera pasado nada; es decir, nosotros viviríamos como un matrimonio normal y bien avenido, no de cara a la galería, sino compartiendo lecho, economía e hijos, pero sin que él terminara con ella, como en principio me habían prometido. Entonces había aceptado. Ahora, no podía, no por el qué dirán, la razón más importante para ellos, sino, sencillamente, porque no podía. No sabía compartirlo, a sabiendas, así que empecé los trámites legales y, puesto que aún no existía divorcio en España, me encontré con que la única manera de obtener la libertad era la anulación, lo que equivalía a pasar por el Tribunal de la Rota, que era como una moderna Inquisición en la que se escudriñaba hasta el mínimo y más íntimo de los detalles de un matrimonio que había que desvelar en público. ¿Cuántas veces se había hecho uso del matrimonio? ¿Con qué fines...? La respuesta buena era: «Para procrear.» En cuanto al goce sexual, era casi un insulto para los venerables jueces que pertenecían a la Iglesia. Fui a un par de interrogatorios y me sentí enferma. Desistí y me conformé con una separación de mutuo acuerdo, en la que ambos nos concedíamos la libertad y fijábamos las obligaciones económicas, así como el régimen de visitas relacionadas con los hijos. ¡Ah!, y además me ahorré mucho dinero, casi un millón de pesetas de aquellos años. Total, a mí me daba igual estar anulada que separada, porque lo cierto es que me sentía abandonada, humillada y escarnecida, y no me iba a sentir mejor con una sentencia de la Iglesia que me declarara apta para contraer un nuevo matrimonio.

Desde el primer día, con el documento de separación firmado por el notario, él incumplió sus obligaciones con el pretexto de que «por él todo podía seguir igual y era yo la que no aceptaba». Y no le demandé

por incumplimiento, pues me parecía horroroso pleitear por dinero con un hombre que había sido mi marido y con el que había engendrado cuatro hijos. Concentré todas mis fuerzas en trabajar cada día más para que los chicos vivieran como antes del desastre, e incluso mejor. Eso fue en lo material, y lo conseguí; en cambio no les di mi presencia, mi atención directa, y eso me lo han reprochado muchas veces, y yo misma me he sentido culpable en ocasiones, sobre todo en relación con mi hija mayor. ¡Me he reprochado tanto el no haber hablado más con ella, el no haber estado a su lado cuando sus fuerzas flaqueaban para enseñarle a decir no...! Y lo mismo con el resto de mis hijos.

Tomar esa decisión me resultó muy doloroso. Todos mis esquemas y planteamientos se venían abajo. Había sacrificado, voluntariamente por supuesto, mi profesión, que me gustaba mucho, por construir una familia, y estaba dispuesta a llevarla hasta el final, pero ahora me encontraba incompleta, porque yo quería una familia tradicional, con papeles diferenciados y asumidos, padre y madre, gestores de la empresa, obligados a llevarla a buen puerto. Me había fallado uno de los principales accionistas, el padre, que era como el presidente de la compañía, y me sentía incompleta, por no mencionar mi estado de ánimo, que no podía ser más lamentable, porque también sufría la vejación de haber sido rechazada como mujer y sustituida por otra muy unida a mí, que sabía demasiado de nuestras intimidades y problemas. Pero sobre todas las cosas me sentía traicionada en la amistad, que es algo tan importante como el amor, o más. Y aún quería a mi marido. Ahora que no lo tenía me daba cuenta de ello. Y cuando estaba empezando a «lavarme» a mi manera, cuando había decidido dignificarme en lo femenino —al menos eso creía yo entonces—, yendo de un sitio para otro y gustando a los hombres y usándolos para mi propósito y tirándolos acto seguido, como si fueran kleenex, que ¡sí!, podía haberme dado por ir a la iglesia y rezar y hacerme beata y torturarme con un cilicio para apagar mi sed de sexo insatisfecho... Podía, pero elegí ese otro camino, más tortuoso y vejatorio, que me dejaba un raro y amargo sabor de boca... Y cuando estaba consiguiendo mi propia redención, Ada rompió el ritmo y me rogó que volviera con su padre... «Que fuéramos una familia otra vez...» La escuché atentamente, pues había empezado a fallar en sus estudios, a

dejar de comer y a escribirme largas misivas, que dejaba bajo mi almohada, contándome sus tristezas —la principal, la ausencia de su padre— y el abandono de muchos de sus amigos y condiscípulos, que me llamaban puta por haber abandonado a mi marido...

Conversé con mi esposo y llegamos al acuerdo de intentarlo de nuevo, pero en una casa distinta, no en la de mis padres, que era donde habíamos vivido desde que nos casamos.

Busqué vivienda, abandoné a mi padre, que ya estaba solo, pues había fallecido mi madre. Dejé aquella casa suya prácticamente vacía, «como un hospital robado», y retomé el hilo de mi matrimonio, poniendo todo mi empeño en que las cosas fueran bien, construyendo un nuevo hogar, el nuestro definitivo, creí, y poniendo mucho amor en el empeño. No tuve en cuenta mi pensamiento, mi cerebro, que sobre todo en los momentos de intimidad ponía en primer plano la imagen de Andrea, y cuando hacíamos el amor veía sin querer su imagen y no me sentía yo, sino ella, y cuando él me susurraba amor mío, querida, o esas palabras que se bosquejan, más que se dicen, al llegar al orgasmo, no las sentía dirigidas a mí, porque no pronunciaba mi nombre, tal vez por temor a equivocarse como le sucediera en alguna ocasión, y me distanciaba, sentía cómo mis sentidos se helaban, y el encanto se rompía. No pude intentarlo y pronto empecé a tener terribles pesadillas, a volverme loca, y despertaba cubierta de sangre, con heridas en la cara, en los brazos, que, sin duda, me hacía yo misma, y una vez me cogió Ada por las piernas y, tirando como pudo de mí, evitó que cayera desde una ventana que había en mi cuarto, desde un piso décimo. La niña se despertó al oír mis gritos, que, como digo, procedían de un terrible sueño que me atormentaba desde que había vuelto a vivir con mi marido. Subía por unas larguísimas escaleras que estaban colocadas en un espacio infinito y cuando llegaba al final de las mismas miraba hacia abajo y sólo veía una enorme cama sobre la que estaba tumbada, desnuda, una mujer de larga melena castaño claro; cuando distinguía su cara, era Ada, y encima había un hombre, haciendo el amor con ella, cuyo rostro nunca veía... Pero la mujer gritaba el nombre de mi marido, y cuando yo quería bajar por la escalera, ésta desaparecía y me encontraba en mitad del vacío...

Estaba lo suficientemente cuerda como para darme cuenta de que necesitaba con urgencia un psiquiatra y, sin dudarlo, pedí hora al

mejor de cuantos conocía, un hombre que había tratado a amigos en circunstancias parecidas a la mía. Me ayudó en aquella ocasión y luego también con mi hija, cuando ésta lo necesitó, pero sobre todo, y aunque no siguiera al pie de la letra su tratamiento de pastillas para dormir, pastillas para despertar, empecé a autoanalizarme y a conocerme a mí misma, ejercicio que nunca había practicado, al contrario que el de la autocompasión.

Así pude explicarme mi reacción al conocer que mi marido no había roto con Andrea y que todo seguía igual, contradiciendo la única condición que yo había puesto para reiniciar nuestra vida en común. A ello se añadió el que un día, cuando volví del trabajo, me encontré con una notificación de desahucio del juzgado porque llevábamos tres meses sin pagar la casa; los tres anteriores de los seis que llevábamos habitándola los había pagado yo, en tanto que mi marido se había responsabilizado de la renta siguiente, que como podía verse no había satisfecho. Yo lo había imaginado, me resistía a la constancia de los hechos; lo mismo que sus ausencias, que empezaron de nuevo, pero esta vez mucho más prolongadas y sin explicaciones coherentes, que de antemano conocía: Andrea seguía vigente, y ello, unido a la tomadura de pelo que me parecía el comportamiento de él, no sólo ya en el terreno puramente de pareja sino en lo relativo a los hijos, pues ponía en peligro su estabilidad, me parecieron argumentos suficientes, así como el hecho de que el juzgado clausurara el piso, al no pagar, y sólo se permitiera retirar los útiles personales, porque el resto debía considerarse embargado, para coger a mis hijos y los efectos personales imprescindibles y marcharme, cerrando definitivamente una etapa de mi/nuestras vidas. Y así se lo hice saber a mi hija mayor, que se mostraba hundida por el comportamiento de su padre y no sabía cómo pedirme perdón por haber sido ella la principal causante de la decisión que nos había llevado hasta aquel punto.

Aún hoy no puedo explicarme, después de tantos años, cómo fui tan ingenua y crédula. No había pasado ni uno desde que me llevé el gran palo y dejé que me golpeará de nuevo en la misma herida. Por supuesto que cuando consolaba a mi hija, exculpándola, le decía que la principal convicta del delito de confianza era yo, y que con ello lo único que tristemente demostraba era que seguía enamorada de su

padre hasta la médula y que iba a resultarme muy difícil recobrar mi estabilidad emocional.

Me encontraba en la calle con mis cuatro hijos y dos personas de servicio. El primer día nos fuimos a un hotel, pero aquello estaba fuera de mis posibilidades económicas, así que llamé a mi padre, quien no había querido hablar conmigo desde que nos fuimos, y le rogué que nos recibiera en su casa.

Nos abrió la puerta una mujer de edad madura, con aspecto de señora de la casa, y luego salió mi padre invitándonos a entrar. Estábamos tensos y la mujer aquella hacía las veces de barrera. Fueron los niños quienes rompieron el fuego, y sobre todo los mayores, que querían mucho a su abuelo. Como un favor especial podíamos quedarnos unos días, hasta que encontráramos dónde meternos. A la mañana siguiente salí, compré un periódico y, mientras tomaba un café, miré los anuncios de alquileres, y aquí empezó un nuevo problema. Cuantas voces me contestaban, bien fueran particulares o agencias, no querían niños. En ocasiones, hasta admitían perros, pero no humanos pequeños... Finalmente, en una me dijeron que sí, y tuve que ir hasta la Ciudad Universitaria, a la facultad de Derecho, porque el dueño era un catedrático de Penal, que si bien no me había dado clase, conocía a otros que luego fueron amigos y sirvieron de referencia para que me alquilara su piso. Todo era difícil con niños, como si fueran una plaga dañina. Le comenté que llevaba en esta tarea un par de días y alabé a mis hijos como si fueran niños especiales, mejores que los demás. ¡Al fin teníamos casa otra vez!, y ésta definitivamente sin él, quien por cierto, no había dado señales de vida.

Aquel fin de semana aproveché para ir a nuestro último domicilio y recoger los efectos personales de los niños y los míos. Era, en teoría, para lo único que estaba permitido entrar. Una buena amiga, Toñi, se prestó a acompañarme y, ¡cómo no!, Ada se empeñó en venir con nosotras. Como siempre que algo se le metía en la cabeza, y aún más si eran asuntos referentes a su padre, nos acompañó. Ahora casi me entra risa al recordar la escena con que nos encontramos. Me fui directa a mi dormitorio en busca de mis cosas y me quedé en el quicio de la puerta ante el espectáculo de la pareja —mi marido y Andrea—, en pleno follaje, desnudos, por supuesto, y tan a lo suyo que no se percataron de mi presencia. No pude articular más palabras que un «¡Pero coño!»,

que repetí unas cuantas veces. Al fin, mi amiga y mi hija, que estaban detrás de mí, me pegaron un empujón, y lo único que dijo Toñi fue... lo mismo que yo. Ada palideció, rompió a llorar y se fue hacia la otra parte de la casa. Toñi y yo, mudas, nos dirigimos hacia la cocina con idea de preparar un café y, como no había, nos pegamos un lingotazo de ginebra. Se oyeron los grifos del cuarto de baño y la voz de mi marido que, dirigiéndose a mí, decía: «No juzgues por las apariencias. No es lo que crees...» Se oyó un portazo, supongo que de ella, y acto seguido otro, de él. «¿Por qué no has dicho nada? —me preguntó mi amiga—. Yo creo que en tu lugar los habría matado, o por lo menos los habría sacado de la cama y los habría arrastrado...»

Siempre me había intrigado saber qué sería capaz de hacer en una situación semejante; creo que todos nos lo habremos planteado alguna vez... Bien, esto es lo que hice... Y a toro pasado, ya se me ocurrían otras opciones.

¿Qué pasó con Ada? Lloraba amarga y silenciosamente en su cuarto, mascullando insultos contra su padre y venganzas terribles cuando fuera mayor. La sacamos de allí y nos fuimos de aquella casa sin llevarnos ni nuestros efectos personales. Su madurez se aceleró con aquellos sucesos y también con los nuevos amigos que hizo en aquel barrio. Pronto empezó a brillar por su belleza, por su inteligencia y por su afición a cuanto pudiera servirle de evasión. Apenas una niña, con un aspecto físico de mujer, al año siguiente tuvo su primera regla; empezó a vivir tan deprisa, dándole tanta marcha a su cuerpo con aquellos nuevos amigos y con los que ya tenía del colegio, que se me fue de la mano, porque entre mis penas y lo mucho que tenía que trabajar para sacar aquella casa adelante apenas la veía; igual que a los otros, todo cuanto le di fue material, pero poco que pudiera servir de guía espiritual.

De aquella difícil época guardo un libro de poemas que en su mayor parte están dedicados a Ada, mis Poemas de Soledad, que me sirvieron, sobre todo, para no dar el coñazo a mis amigos. Pero eran tan íntimos, que alguna vez que hice lecturas, o cuando los publiqué en una edición muy restringida, como se edita a los poetas, me sentí desnuda por completo. A mi hija le sirvieron, con el paso de los años, de libro de cabecera, pero no puso en práctica los consejos que en ellos le daba.

Yo creo que fue por entonces cuando empezó a aficionarse a las drogas, que no llamo duras ni blandas, simplemente permitidas, como el tabaco, el alcohol, las anfetaminas... Entró en su camino de perdición, pero la verdad es que no hacía más que seguir el nuestro.

PRIMAVERA DEL 73: EMBARAZO Y ABORTO

Parecía que habíamos entrado en un período de normalidad. Tenía mucho trabajo, habíamos vuelto al hogar, dulce hogar paterno, al barrio de siempre y a las viejas amistades. Mi padre se convirtió muy pronto en el de mis hijos, o al menos simbólicamente, aunque una cosa era cierta: él, ya jubilado y con todo el tiempo en blanco, se lo entregaba a sus nietos con la gran riqueza de sus recuerdos, que narraba muy bien, y con una cultura viva que muy rara vez se encuentra en los libros. Una amiga mía le llamaba «don Guido», como el personaje de Machado, y sí, era un poco como él, «de joven muy jaranero, muy galán y algo torero», y, además, gran melómano, afición que ya nos había inculcado a nosotros, sus hijos, desde la más tierna infancia, y ahora a sus nietos.

Le llenaba de orgullo llevar a su nieta mayor, Ada, a cuantos acontecimientos musicales tenían lugar en Madrid, y con ese motivo la invitaba a merendar o a cenar, la trataba como si ya fuera una mujer, y llegaron a hacerse grandes amigos. Mi padre era farmacéutico, de los antiguos —boticario, se denominaba él mismo—, que hacían en la rebotica fórmulas magistrales y conocían a la perfección el uso y abuso de todos los medicamentos y drogas (no nos olvidemos que estas últimas eran un pilar importante de la antigua farmacopea, así como útiles antídotos) y quizá por ello fue el primero en darse cuenta de las aficiones de su nieta y de cuantos amigos la acompañaban, incluidas otras dos nietas, Raquel y Marta, hijas de su primogénito, que adoraban a su abuelo y se pasaban la vida metidas en su casa, engañando a su madre, que había decidido alejarlas de él y de nuestra heterodoxa familia.

La aparente tranquilidad, no diré felicidad, estadio inexistente en mi vida y creo que en la de cuantos piensan y ejercitan la inteligencia, se rompió un precioso día de primavera, cuando Ada acababa de cumplir trece años. A modo de saludo, un mediodía a las dos de la tarde que yo había hecho escala para recoger algo en casa, ya que habitualmente nunca iba a almorzar, me espetó:

—Madre, creo que estoy embarazada...

Silencio. No he entendido bien, creo —pensé. Seguía el silencio. ¿Qué me ha dicho esta niña, que está embarazada? ¡No puede ser! No he oído bien, o no he oído eso...

—¿Qué me has dicho Ada?

—Que estoy embarazada... Bueno, supongo...

Otro silencio... ¡No puede ser, si es una niña!... Bueno, sí, una niña, pero una mujer desde hace tres años; luego, ¡sí puede ser! Y, además, qué tontería lo de la edad. Trece años tenía mi bisabuela, la cubana, cuando se casó con el bisabuelo Pedro, capitán de caballería, que fue a la guerra de Cuba y en La Habana se enamoró de ella sólo de vista... y tuvieron veinte hijos... ¡Claro que puede ser!

Pero esta niña es idiota, si desde que desarrolló la he puesto al corriente de todo, de las consecuencias y de las precauciones en caso de...

—¿Que estás embarazada? ¿Y me lo dices así, tan tranquila? ¿Quién es el padre...? Bueno, qué tontería... Es una broma, ¿verdad? Porque no has podido quedar preñada aunque hayas estado con un chico. Yo te he explicado suficientemente las consecuencias y también lo que deberías hacer en caso de... Pero ¡dime que no, que no es verdad!

Recuerdo la escena, entre cómica y trágica. Desde luego, yo debía parecer una boba, una madre tradicional, que primero no se lo cree y luego piensa en los arreglos... ¡Sí!, en una boda; en ir a ver al chico, que debía de ser joven, a la familia, pedir explicaciones. El honor de mi hija, de mi familia... Y, la niña... trece años... ¡Eso, una niña! Me iba calentando por momentos y cada vez subía de tono mi rabia, mi indignación y las ganas de darle un clásico bofetón... ¡Calma, calma!, me recomendaba a mí misma, tampoco hay que hacer una tragedia de esto... Soy una mujer libre, intelectual, moderna... ¡Qué narices de todas estas chorradas! Esta niña es una idiota...

—Así que estás preñada, ¿no? ¿Seguro, lo sabes seguro? Y ¿quién es el padre? ¿Lo sabe? ¿Se lo has dicho?

—Mamá, no te pongas nerviosa, no lo sé seguro, sólo me he hecho una prueba de las de la farmacia, un predictor creo que se llama, pero es que no he tenido el período el mes pasado, y éste... parece que tampoco. Y el padre, ¡qué más da!, pienso abortar...

Ante esas palabras, que oí muy bien, mi indignación culminó en estupor: «Pienso abortar...» Y me lo decía con la misma tranquilidad que si se tratara de tomarse un vaso de agua. ¡Un mico de trece años!

—Bien, Ada, dejémonos de tonterías. Lo primero que hay que hacer es llamar a Roberto, mi amigo ginecólogo; que te haga unos análisis que confirmen las sospechas y que hable contigo. Y deja de decidir por ti misma barbaridades como la de abortar. Primero tendremos que decírselo al padre de la criatura... A lo mejor él no quiere y os casáis, o no os casáis, pero el niño nace y ya veremos... ya veremos. Hemos salido de otras peores, ¿no te parece?

Llamé a Roberto, director de uno de los hospitales más importantes de Madrid y, para mí, el mejor ginecólogo y un gran amigo de tiempo atrás, a pesar de sus ideas políticas conservadoras. Nos citó a la mañana siguiente. Una vez más me encontré meditando sobre mis fallos, a lo que he dedicado horas de mi existencia; mi carácter, mis deficiencias y a conocer mis errores, el porqué de los mismos y a saber cargar con mis propias culpas y sus efectos sin achacárselos a otros o a agentes externos, que era lo más fácil. Pero no resolvía nada. Por el momento, como lo he sentido después, fallaba como madre; no supe hacer de mis hijos seres medianamente felices y, quizá, los cargué con el lastre de mis decepciones. Pero por entonces creía que lo más urgente era proporcionarles una vida material cómoda, que no echaran en falta lo que podrían haber tenido en el seno de una familia tradicional, y me dediqué a trabajar, a decir sí a cuantas faenas me salían al paso, sin tener en cuenta mi porvenir profesional, sino sólo el dinero que ellas me proporcionaban. Terminé siendo una «picapedrera» del periodismo y de la literatura, y muy detrás quedaron mis tempranos éxitos y los augurios de los críticos que me situaban en las altas cimas de la literatura. Empecé a meterme en un paréntesis —es la mejor expresión que he encontrado de lo que ha sido mi vida—, del que después de más de treinta años empiezo a salir para encontrarme como si hubiera permanecido en un estado de hibernación. Todo me resulta nuevo y extraño, pero reconozco mis culpas, el haber elegido mal un marido, el haber asumido orgullosamente a los hijos en toda su dimensión; el no haber sabido decir no a rajatabla y hablar con suficiente claridad; el no haber vencido mi natural timidez y los complejos de inferioridad en que

fueron sumiéndome los acontecimientos diarios; la soledad con que hube de enfrentarme durante tantos años; el haber antepuesto mis hijos a mi propia vida íntima y personal; el haberme fijado, quizá por todos estos motivos, en todos los hombres que se cruzaban por mi camino, que eran auténticos desechos de tintera y, valga el símil taurino. Así he sido testigo de acontecimientos muy importantes que he vivido en primera persona y que se han quedado pequeños por mis propias minucias domésticas, por un *primum vivere* que no me ha dejado tiempo para filosofar. Y, haciéndome eco de algunas inculpaciones, ¿hasta qué punto influí en Ada para que se comportara así en la vida, para que interpretara tan mal mi mensaje y se precipitara al abismo de la heroína, sin saber o no poder detenerla a tiempo? Tal vez porque era algo nuevo y desconocido para mí, como la creencia de que se podía ser amiga y madre a un tiempo y que el principal mensaje, el de la libertad, por la que tanto había luchado en mi vida, mis hijos lo entenderían. Estaba claro que en el caso de Ada no había sido así. A mí me prohibía el sexo el miedo a un padre autoritario y celoso guardián de la honra de sus hijas, que imponía permanecer virgen hasta el matrimonio, como si el himen fuera la mejor dote. Yo, en cambio, le hablé a mi hija mayor, en cuanto fue mujer, de autoestima, del amor y el sexo con toda naturalidad, y, sobre todo, de disfrutarlo sin consecuencias, pues tenía la firme convicción, y así lo publiqué en un artículo que me valió un expediente disciplinario, de que la píldora anticonceptiva había logrado la igualdad de los sexos y permitía que las mujeres pudiéramos disfrutar sin el bíblico «castigo» inherente. Pero mi hija, lo estaba viendo, no había captado el mensaje ni había sacado provecho de los métodos anticonceptivos que yo, su madre, había puesto a su disposición. Había caído en los atavismos de mi adolescencia, con el supuesto — ella me confesó— que «eso» sólo le ocurría a las mujeres casadas y después de haberlo hecho muchas veces. Era evidente que no se lo había explicado bien. O tal vez estuviera siguiendo la ruta que yo utilizaba como cura: tomar a los hombres como kleenex, usarlos y tirarlos... Mal ejemplo, así como el haber hecho un planteamiento de amistad y compañerismo con ella en el verano siniestro, el del 68, en la playa de San Juan. Conocía mis desencantos, mi paso por el Tribunal de la Rota, donde tuve que confesar que mi vida matrimonial, a pesar

de los cuatro tojos y dos abortos, se reducía a no más de cincuenta «actos matrimoniales», trece de ellos la noche de bodas... ¡Qué tristeza de vida la que le transmitía*. Y el único modo que conocía de hacerlos felices era trabajar como una mula para que tuvieran de todo... siempre cosas materiales, por supuesto: vestidos, veraneo, servicio doméstico, fiestecitas... Pero no me tenían a mí, que es lo que todos me han reprochado después, y en ello han basado sus frustraciones. Al hacer un planteamiento serio lo veo todo tan irreal, como si estuviera mirando por un calidoscopio, y percibo imágenes bellas pero incomprensibles, o para ser exacta, abstractas, como si me encontrara contemplando un lienzo de Kandinsky o de Miró.

Bien, ya estamos en la consulta de Roberto, en la realidad y fuera de mis pensamientos. En la cruda realidad de una hija, Ada, de trece años y ¿embarazada?

—Sí, de dos faltas, o de ocho semanas, pero... preñada.

—¿Quieres que me vaya fuera? —pregunté discretamente.

—¡No, no! —dijo Ada, adelantándose—, puedes quedarte, quiero que lo oigas, porque tengo que decirle a Roberto lo mismo que te dije ayer a ti: quiero abortar.

Mi pobre amigo quedó tan estupefacto como yo —tal era la seguridad y frialdad de mi hija en su decisión—, y no sólo la trató como médico, sino como a una hija o, al menos, como a una mujer, no como a una niña. Y le habló, además, desde sus convicciones conservadoras.

—¿Quién es el padre? ¿Lo sabes?

—¡Qué manía! Tú, como mi madre. Qué más da quién sea el padre, y ya verás, mamá, cuando os lo diga, que da igual. Es Juan V. ¿A que da igual, madre?

En ese punto perdió algo la calma y estuvo a punto de desmoronarse.

—¿Juan V., el hijo del notario, el hermano de siete chicos más, el que su madre les ha montado un «picadero» en su propia casa, para que se diviertan? Estamos frescos, Roberto, tiene razón la niña, da igual que lo sepa o no, y mucho menos sus padres... Lo primero que dirán es que de tal palo tal astilla y que mi hija es tan puta como yo, que estoy separada. Para esa gente tener hijos varones es una suerte, porque nunca van a encontrarse en mi situación, y, por supuesto, y a pesar de

su catolicismo, las mujeres están en función de que sus hijos se diviertan sin complicaciones, ¿lo entiendes? Por eso la mamá les ha montado un picadero a los niños.

—Bueno, bueno, vayamos por partes —dijo Roberto—. Es mi obligación que el padre de la futura criatura lo sepa y que se haga responsable, o de lo contrario que asuma la decisión que quiere tomar esta niña, que es muy seria. El aborto está reñido con mis convicciones médicas y morales, y he de hacer lo imposible para que, al menos, lo medites, Ada, y no tomes tan a la ligera determinaciones de las que puedes arrepentirte. Piensa que lo que llevas en tu vientre es un ser humano que tiene alma y es tu hijo y el de un muchacho, que debe saberlo y decidir contigo sobre su existencia.

Pero a mi hija no le convencían los argumentos del ginecólogo. No le decía que no, ni se los rebatía. De lo que estaba segura era de querer abortar sin consultar con el padre. En este punto yo estaba de acuerdo, pero la insistencia de mi amigo el doctor hizo que me ofreciera para decírselo yo a los padres y que por lo menos ellos lo supieran, porque pensaba que tarde o temprano se enterarían, pues Juan y sus hermanos iban al mismo colegio que Ada y mi segundo hijo era compañero de clase e íntimo de uno de los pequeños V.

—Además —añadió Ada—, no estoy preparada para tener un hijo. ¿Qué iba a hacer con él a los trece años?

Estuve a punto de replicarle con la vulgaridad de que lo hubiese pensado antes, pero me callé, y también Roberto. Después de un silencio, aventuré la idea de que yo podría pasar por madre del niño y hacerlo constar de forma oficial. ¡Tampoco! Lo mejor era abortar, insistía ella cabezonamente, y finalmente el ginecólogo nos facilitó un teléfono y la dirección en Amsterdam de una clínica especializada, más un informe clínico, dirigido a un especialista en particular, y nos rogó discreción. Naturalmente, cuanto íbamos a hacer nos situaba fuera de la ley en España, donde, como todos sabemos, el aborto ha estado penadísimo y aún hoy sigue legalizado con cortapisas.

Nos dieron hora para tres días después y la tarifa de precios. La broma iba a costarme cerca de medio millón, parte del cual, naturalmente, tuve que pedir y la otra obtenerla de vender alguna de las pocas joyas que mi marido me había dejado sin empeñar. Recuerdo aquel viaje como una pesadilla, porque temía por la salud física y

psicológica de mi hija, aunque aparentara tanta seguridad, y también porque no podía contárselo a nadie, ni a mi padre, que aunque en los últimos años, y desde que habíamos regresado a su casa, había evolucionado sorprendentemente para su edad, no iba a entenderlo y podía dañar un soponcio, aparte de romperle la cara a la niña. También es verdad que estaba acostumbrada a tomar decisiones, equivocadas o acertadas, yo sola; ése fue uno de los puntos negativos que tuve que asumir por mi doble papel de padre-madre, ya que, al no revelarse acertados con el tiempo, han caído sobre mis espaldas como una losa que aplasta de por vida.

Llegamos a Amsterdam a media tarde y nos dirigimos hacia el hotel. Por mi hija nos hubiéramos quedado allí hasta la mañana siguiente a las nueve y media, para llegar a la clínica puntualmente a las diez, hora de nuestra cita. Fui yo la que la animé para que nos arregláramos y saliéramos a cenar y a dar un paseo por la bella ciudad de los canales. Nada despertaba su interés, pero no creo que por preocupación, sino porque la había sacado de su círculo madrileño y no le gustaba en absoluto.

Desde que murió mi madre, que la crió hasta ese momento para que yo pudiera entregarme a mi trabajo, tenía pánico a no estar en casa o cerca, porque su abuela estaba muy grave cuando a ella se la llevaron al domicilio de sus abuelos paternos con el engaño de que a la otra abuela no le pasaba nada grave, para no verla más cuando volvió. Y ese resentimiento, que le duró años, le impedía pasar una noche fuera de casa, y mucho menos viajar; ni siquiera admitió salir al extranjero para aprender algún idioma. El mundo de Ada se reducía, tenía pocos horizontes, y las gentes que se movían en él eran escasas y, a ser posible, perennes.

Así que preguntamos en el hotel por un restaurante cercano, y allá nos fuimos. No probó bocado y estaba inquieta, deseando marcharse. Nos metimos en un cine que ponían *Emmanuelle*. Había poca gente, españoles más que nada, cuyo comportamiento era... pues como el de los españoles de aquellos años: emigrantes o turistas que en plan progre veían esa película allí o *Último tango en París* en Biarritz, para desfigurarlas con sus ojos ansiosos de desnudos y su mente porno deformada por la censura.

Salimos asqueadas de la sala y en el fondo me sentía orgullosa de que a mi pequeña, a pesar de ser una mujer preñada, no le gustara aquella clase de espectáculo, y menos el de sus compatriotas, soltando barbaridades y haciendo gestos obscenos. Nos fuimos paseando por el bellissimo Oostpark, pisando el césped y oyendo la música de un acordeón que llenaba el lugar con los acordes de *Las hojas muertas*. Los majestuosos cisnes surcaban el lago y su blanca silueta se dibujaba en el horizonte nocturno. Algunas parejas se besaban y parecía el idílico escenario de un cuento de hadas.

Caminábamos en silencio, ella agarrada a mi brazo, que apretaba a veces en señal de cariño, o se llevaba mi mano a la boca para besarla. Yo la sentía muy cerca, como mujer, y sufría también porque era una niña y yo sabía, por experiencia, que el trago del día siguiente se le quedaría grabado para siempre en sus noches de pesadillas. Los hijos que no nacen por expresa voluntad de las madres quedan ahí, registrados en la memoria, con unos rasgos definidos que creemos ver durante toda nuestra vida en los semblantes de otros hijos, y contaremos sus cumpleaños en silencio y siempre nos arrepentiremos de que no vieran la luz. Pecado o no, delito o no, nuestra memoria los registrará sin remedio y nunca se borrarán de ella, dejando en el subconsciente la desdibujada imagen de un crimen.

—¿A que esa música te recuerda a mi padre? ¿Aún le quieres?

Tuvo que repetirme la pregunta, pues yo estaba absorta en mis pensamientos.

—No, no me lo recuerda —respondí—. O tal vez sí. No sé si es que no quiero recordarlo. Tal vez sea eso, porque aún me duele su recuerdo y, sobre todo, su abandono, su silencio, no sólo con respecto a mí, sino a vosotros, que también sois sus hijos, y me duele porque soy vuestra madre, ¿comprendes?

Calló. ¿Significaba su silencio que comprendía, que había olvidado o que, quizá, también como a mí le dolía?

Preguntamos por la dirección del hotel; estaba lejos de modo que tomamos un taxi, que tuvimos que pedir en un teléfono público. Ada se durmió nada más meterse en la cama. Yo lo intenté, pero mis nervios no me dejaban. Me trasladaba a Madrid, a mi casa, en la que se habían quedado mis otros tres hijos, mi padre... Miré el reloj, pero ya era tarde y no quise telefonar por miedo a despertarlos. No podía

dormir. Me levanté a oscuras y a tientas busqué en mi bolso de viaje una botella de whisky que había comprado en el aeropuerto... Y bebí y bebí... y garrapateé, más que escribí, lo que sentía. No pude descifrarlo jamás, pero supongo que era como un aullido de loba herida, sola y asustada.

Eran las ocho de la mañana cuando Ada me despertó, ya vestida y arreglada, metiéndome prisa para que no llegáramos tarde. Tuve que meterme bajo la ducha de agua fría para poder abrir los ojos y ver a mi preciosa hija, compuesta como si fuera a una fiesta. Tenía ganas de arreglarse y hasta de pintarse... Al ver mi mirada, se adelantó:

—Ya sé lo que vas a decirme. No pintéis la rosa, ¡es tan bonita!

Sonreí. Realmente era lo que le decía siempre que advertía que se había maquillado. La frase es de Oscar Wilde, y me parecía muy acertada.

—Estarás de acuerdo conmigo en que así, un poco pintada, parezco mayor.

En la clínica creyeron que la necesitada de remedio era yo por mi estado de nerviosismo, y tuve que repetir en varias ocasiones que no, que era mi hija. Ni yo ni mi hermana, ¡mi hija! La dejé al fin en manos de una asistente social que hablaba español y luego encontramos a otros muchos empleados que o lo eran o lo hablaban, porque en aquella clínica la mayoría de la clientela procedía de España, alguna de Francia y escasamente de Portugal.

El ambiente era distendido y hasta alegre, por la música, los colores de la decoración, los muchos matrimonios con niños que esperaban... En la cafetería desayunaban familias con dos o tres hijos de corta edad, que luego pasaban a una zona de juegos infantiles, como si fuera un jardín de infancia... No me había tomado el café que había pedido, cuando apareció mi hija, acompañada de una enfermera uniformada para decirme que podía marcharme y pasar a recogerla a última hora de la tarde. Ada, en un aparte, me encargó que le comprara costo o porros hechos para llevar a sus amigos, y me despidió pidiéndome que me calmara, que aquello no era nada. Ya se lo habían explicado y había firmado su consentimiento voluntario.

Me fui de allí como una autómatas y salí a la calle sin saber dónde dirigirme. Ni siquiera recordé que estaba en Holanda, en Amsterdam, una ciudad desconocida para mí y con muchos lugares apuntados en

la memoria para recorrer, que ahora se habían borrado de repente. No podía ir de compras porque estábamos allí de incógnito, ni escribir postales a mis amigos, que es tan socorrido. Tenía un día entero por delante con el cuerpo libre pero el pensamiento y la atención en la clínica donde había dejado a mi hija. Nunca pensé que las horas fueran tan largas y se viera tan poco con unos ojos que no prestaban atención a las imágenes. Imaginaba situaciones difíciles y cómo resolverlas. Me quedaba parada en mitad de un cruce y salía de mi ensimismamiento por el ruido de un claxon. Parecía una autómatas, así que decidí tomar un taxi y pedirle que me llevara al barrio donde se vendía hachís, marihuana y cuantas hierbas colocan. El taxista, portugués, me preguntó si era española, y lo hizo con una sonrisa tal que sentí vergüenza y asentí.

En uno de los establecimientos donde compré canutos hechos de «maría» y de hachís, tomé una jarra de cerveza y me fumé un porro tranquilamente, mirando de reojo, con la sensación de que todos me miraban y de que aparecería un policía para detenerme. Nadie me miró, nadie apareció. Estás en Holanda, en Amsterdam, el paraíso de las libertades, me dije en voz baja, y lo vi todo más claro y sencillo, sobre todo, como aderezado con humor y ganas de hacer risas.

Me detengo a pensar y encuentro el motivo de que cada cual, con problemas, agujeros en su realidad o complejos, se agarre a la droga que más le guste para resolverlos, o creer resolverlos, que es lo que en principio atrae... hasta que te atrapa.

Con esta aparente lucidez me veía como una mala y peligrosa amistad para mi hija, y lo peor era que me había elegido como modelo a seguir. Siempre habíamos hablado con libertad y crudeza y, sin querer, hasta competíamos como mujeres sin que ella entendiera en toda su dimensión mi frustración femenina y el triunfo que para mí suponía gustar más que ella, tan joven, tan hermosa, tan sensual. Yo creo, ahora, que el planteamiento de amistad que con ella había hecho, como luego con el resto de mis hijos, estuvo totalmente equivocado, y que lo hice intentando, tal vez, disculpar mi fracaso matrimonial y la ausencia de su padre, suponiendo que así los tendría más vigilados y conocería puntualmente sus andanzas. Tarde me di cuenta y tarde he sabido asumir, con mucho dolor, mis propias culpas sin cargárselas a nadie ni a agentes externos. ¿Tal vez, ese hijo que estaba perdiendo

Ada aquella mañana y que en 1996 hubiera cumplido veintitrés años, habría influido en que la vida de su madre fuera distinta?

Al fin era media tarde y fui a buscarla. La encontré esperándome, tranquila, con muy buen aspecto, como si no hubiera pasado nada.

—Ya podemos irnos madre, me encuentro fenomenal. ¿Ves como no había que tener miedo?

Pagamos, nos dieron un informe para nuestro ginecólogo en Madrid y... ¡telón!

Aquella misma noche regresamos a Madrid, con escala en París de algunas horas, porque no encontramos sitio en un vuelo directo. La invité a que nos quedáramos un par de días en la más maravillosa de las ciudades europeas, donde tenía muchos e interesantes amigos. No quiso. No le interesaba. Lo más urgente era regresar con los suyos y sorprender a sus amigos con un porro y algunos preservativos que había comprado en una máquina callejera de Amsterdam. De colores variados y muy seguros. Eso decía al menos la pegatina de la caja, que le aconsejé se aprendiera de memoria en lo sucesivo.

TRAS LA LLUVIA, EL VIENTO

La inocencia se pierde, como la virginidad, con los años, con los acontecimientos y, sobre todo, con la maldad de los otros. La segunda, aparte de un acto físico —representado por la violencia de un rompimiento, agravado con sangre y sufrimiento, no placer—, tiene su estadio profundo en el cerebro, donde a veces, y aunque se hayan realizado cientos de coitos físicos, de penetraciones, embarazos y posteriores partos, continúa hasta el fin de los días del individuo mujer.

No así la inocencia que no dispone de representación real y sólo se la presupone, incluso en derecho. La inocencia, en sentido figurado, podría ser un halo de luz, el resplandor de la nieve, transparencia en la mirada, un aparente ser, un estado y cualidad del que no comete el mal, ese algo que encanta del niño, del adolescente, de la parte engañada de una pareja cuando descubre la infidelidad. Y sin razón lógica, sólo subliminal en mi imaginación, es igual a la belleza vestida de blanco, envuelta en el frío de lo irracional. ¿La muerte quizá? Tal vez, pero por lo que tiene de misterio del más allá, de fin de lo que denominamos vida, del movimiento, de la presencia y de la ausencia. Inocencia es una palabra que siempre me ha sorprendido y nunca he sabido cómo definirla o concretarla.

Y es la que se mostraba en los ojos de Ada, con tal intensidad que me resultaba imposible reprocharle nada. Con el tiempo llegué a comprender que mí hija era amoral y que su aparente inocencia estaba estrechamente entrelazada con esta forma de comportamiento.

Así, cuando supe que había perdido la virginidad a los once años recién cumplidos con un compañero de clase, no me llevé ningún sobresalto, ni porque le gustara, ya que era tremendamente sensual y sexual, una tauro típica. Y muy pronto, siguiendo la moda imperante entre sus nuevos amigos, se declaró bisexual. Recuerdo cómo trataba de convencerme de que dejara de lado mis prejuicios sexuales y lo probara con una mujer. Yo debía de parecerle idiota, porque cuando me decía esas cosas me quedaba muda; no hay que olvidar que pertenecía a una generación a la que le habían enseñado que el sexo era un pecado mortal; sabíamos poco y deformado.

Para las nuevas generaciones, a las que pertenecían mis hijos, el sexo era algo normal y placentero, en general sin complicaciones, y cuando éstas surgían, los padres las solucionaban. O por lo menos las madres, como era nuestro caso. Inocencia y virginidad se asociaban en mi cerebro con una cancioncilla que aprendía de niña en clase de francés: «*Aprés la pluie, viendra le vent / en arrivant et vous en suite.*» Y el estribillo: «*Il tombe de l'eau, plic, ploc, plac; / il tombe de l'eau plein mon sac. / Quel temps divin pour les genoux!*» La misma causa efecto: agua-viento; tiempo divino para las ranas...

Ada se había convertido en una mujer muy guapa y atractiva, pero frívola, demasiado, sin duda. También contribuyó a ello el círculo de amistades, cuyo inicio había sido la segunda casa a la que nos trasladamos después de la del desahucio. Había cruzado el umbral de la «puerta roja» —en sentido figurado yo veía así una puerta de este color que daba acceso a un pub-discoteca de la calle Montevideo, una especie de plazuela que se divisaba desde la terraza de nuestra casa donde se daban cita los chicos del barrio—. Ignoro qué habría dentro, supongo que lo mismo que en todos estos locales, pero yo lo asocio con mi doloroso descubrimiento de la heroína —caballo, jaco, burro, blanca—, al que llegué precedida por un intenso y desagradable olor a limón podrido, a descubrir cuando iba a tomar un café que no había cucharillas, a encontrar bolitas de algodón endurecido, a que me faltaban objetos personales, como joyas, ceniceros de plata, algún dinero, poco al principio; que cinturones y corbatas estaban en los sitios más insólitos, y también a un incesante ir y venir de nuevos amigos de mi hija, que llegaban, se encerraban en su cuarto y se iban sin despedirse. Pero yo paraba poco en casa y no le di importancia al principio, achacando las faltas a mi despiste.

Es probable que si no hubiera estado inmersa en mi propia recomposición como persona y como mujer, en intentar salir del pozo en que me había metido el abandono de mi marido y el esfuerzo de cada día por tirar del carro tan pesado que me había tocado en suerte, hubiera reparado en el comportamiento de mi hija. De todas maneras estaba muy ocupada. Afortunadamente, tenía mucho trabajo y ganaba bastante dinero. Me había puesto de moda y todos los medios informativos querían contar conmigo.

AGOSTO, UN DÍA LARGO

Durante los veranos, mi vieja casa del barrio de Salamanca se convertía, como ya he dicho, en una comuna. Desfilaban por ella los personajes más variopintos. Desde un joven médico, inspector de la Seguridad Social, que más tarde fue director de La Paz, al que conocí haciéndole una entrevista y a partir de ahí nos hicimos muy amigos. Era, por aquello de las «afinidades electivas» que escribiera Goethe, de izquierdas sin definir, pero sobre todo marxista. Jotapé, que así abreviaba él su nombre convirtiéndolo en mote, a lo que era muy aficionado, se había convertido en poco tiempo en imprescindible para mí, y ello, unido a que un temprano y rápido matrimonio le había puesto, a los pocos años del mismo, en situación de separado, hacía de él uno de los personajes centrales de la improvisada comuna.

Otro de los «fijos» era un joven y prestigioso abogado del Estado, inteligente, mujeriego y conservador, con el que aparte de inteligentes sesiones había compartido muchas farras nocturnas y hasta, como decía él, «habíamos ido de putas juntos». En los últimos años, y desde que Ada se convirtiera en la preciosa mujer que ya era, sus visitas se multiplicaron, y aquel verano se sumó al grupo de los «comuneros». También llevaba mal un matrimonio de los que a primera vista parecen ideales, porque la mujer, su novia desde la infancia, brillante economista y, para colmo, una belleza, no aguantaba los líos de faldas de su marido, que habían empezado en el mismo viaje de novios a causa de una francesa que a él le había sorbido el seso días antes de la boda y con la que se pasó su supuesta luna de miel. Después de algunos años de aguante y el nacimiento de dos hijos varones, la economista decidió plantar a su marido, y en esta situación se encontraba mi amigo Rafa.

Otro Rafa, actor que empezaba y que luego se convirtió en una estrella; trotskista, andaluz, casado y fiel pero promiscuo, porque es lo que se llevaba y así se lo exigía su mujer, quien al final le abandonó por un marroquí que alguien metió en la cama redonda de aquella pareja y acabó contagiando de purgaciones a toda la basca. Por aquellos días intervenía en una serie de televisión cuyo productor, un personaje atrabiliario, flamencólogo y bebedor, muy divertido y

ácrata, era el representante tipo de la rama de producción de la televisión estatal, que hacía con los dineros públicos lo que le daba la gana, sin que nadie se lo impidiera. Soy consciente de ello porque este productor fue mi compañero sentimental durante un verano, el mismo en que estaban haciendo la serie en cuestión, y quedaron en los cajones de mi mesa de trabajo carpetas suyas, llenas de gastos sin justificar, que ascendían a millones de pesetas.

También estaba Mafalda, a la que puse este nombre porque era igual que el personaje de Quino, de la edad de Ada y, en principio, amiga suya, aunque luego se convirtiera en mía. Estudiaba Derecho y llevaba los temas culturales de un partido de signo maoísta de los muchos que aparecieron en la época previa a la transición. Vestía, según sus propias palabras, «de siglos», lo que venía a significar como le daba la gana, despreciando, por descontado, los dictados de la moda y la opinión de su madre, rica hacendada de su pueblo, Cebreros, y esposa de un abogado sindicalista. Mafalda tenía una forma de hablar muy graciosa y en cierto modo, refrescante, como ella misma. Un día se incorporó de visita a la comuna un amigo mío arquitecto, fascista, machista y clasista, atraído por la fama de libertaria de mi casa en los veranos, lo cual era, en cierto modo verdad. Invitó a Mafalda, con un «¡Qué niña tan mona y tan jovencita!», a tomar una copa en su casa, con un tono de voz que daba a entender que a lo que la invitaba era a la cama. Ella, sin darle mayor importancia contestó:

—No puedo, porque estoy con la enfermedad.

—¡Qué rica! —contestó él—. ¿Es así como le llamas al período?

—¡Qué dices, tío! Estoy con las purgaciones y no puedo tomar copas por la medicación.

La cara del arquitecto era todo un poema, y a mí me reconvino por no haber hablado con la niña antes de meterla en mi casa. Naturalmente, después de tomarse un vaso de leche fría, su bebida preferida, nos dejó una botella de Chivas, que traía como aportación a la orgía, y se fue como alma que lleva el diablo.

Alternativos eran otros personajes, como, por ejemplo, mis amigos que aparecieron en el verano del 68 en la playa de San Juan; compañeros del periódico; algún escritor; un gallego, Tono, del que Ada se enamoró nada más conocer porque era mayor e igual a Omar

Shariff. Tono, rico por su familia, bebía, fumaba porros y practicaba el amor. Por entonces digamos que eran sus vicios favoritos.

También acudían a estas reuniones políticos de diferentes ideologías y algunos periodistas que, a causa de su rojez, no tenían donde caerse muertos. Saciaban su hambre y su sed en mi casa y soñaban con el día en que muriera el dictador. Todos eran potenciales genios a los que las ideas y la censura detenían. Algunos han triunfado y otros se han desvanecido. De cualquier modo, fueron cambiando de chaqueta y corrieron un tupido velo para ocultar su pasado y dejar en él a los que les dieron la mano. Pienso a veces, cuando los encuentro y no me conocen; cuando los veo, desde abajo, en la cima; cuando nunca contestan a una llamada telefónica porque están reunidos y sus secretarías autómatas requieren el motivo de la llamada, que no son aquellos que conocí y que llegaban hasta mi casa atraídos por la libertad que yo misma representaba y por la que casi todos, supuestamente, llevábamos años luchando contra viento y marea, en los tiempos duros del franquismo, cuando era una quimera peligrosa, y mucho más cuando ya se vislumbraba como una realidad. De algunos de ellos, concretamente de uno, que hasta llegó a cambiar su físico por amor a Ada —la brillante calva por un implante de pelo estropajosa, como el de las muñecas; las gafas, por lentillas de un azul más intenso que sus propias niñas; la ropa vetusta y oscura por deportivos vaqueros y camisas de Armani; el vientre orondo de seudointelectual triunfante y de moda, en esbelto talle—, guardo sus tarjetas con membrete de la publicación que dirigía, en la que me confesaba que estaba locamente enamorado de mi hija; lo que estaba dispuesto a dar, lo que ya le había dado y lo que podíamos hacer juntos para sacarla de su endemoniado pozo —sin nombrar ni una vez el funesto caballo, jaco, sugar, blanca, heroína—. A Ada, y a pesar de los aparentes cambios, le repugnaba, y como no pude «llevársela a sus medios», dejé de publicar mi columna semanal en su revista...

En los veranos del 74 y del 75 Ada se escapaba del resto de la familia y se venía conmigo, con el pretexto de que yo no estuviera sola. Naturalmente, campaba por sus respetos, porque o estaba de viaje o trabajando, con lo que paraba muy poco en casa. Tampoco se integró con los que formaban la comuna, como cariñosamente llamábamos todos a mi casa en verano. Se encerraba en su habitación, sobre todo el

segundo verano. Empecé a observar que apenas salía de ella, que a pesar del calor utilizaba camisetas o blusas de manga larga y que le había dado por dibujar sorprendentes paisajes y escenas cotidianas, sobre papel y con lápices de colores, de un maravilloso efecto *naïf*. Le enseñé esas obras al fallecido Vallejo Nájera, a quien conocía, y se mostró tan interesado que la citó en un libro que publicó sobre esta pintura. Amigos míos entendidos, como María Antonia Dans, Pepe Caballero o Rafael Canogar y algún que otro crítico de arte, también se entusiasmaron con sus dibujos, que eran, sin duda, un prodigio de perfeccionismo hasta en los mínimos detalles y un increíble trabajo de precisión. Lo curioso era que nunca había mostrado predisposición especial alguna para el dibujo. Tiempo después, y cuando ella misma me confesó que estaba enganchada al caballo, aun así, y a pesar del tiempo que llevaba colgada, realizaba maravillas.

Venía mucha gente a verla, según me contaban mis amigos y, luego, el resto de mi familia; gente de lo más diversa, desconocidos en su mayoría, algunos guiados por mis sobrinas, amigas suyas y de su edad, amigos de ellas y otros que nadie sabía quiénes eran. No formaban tertulia con los demás y sus visitas eran rápidas y revestidas de urgencia; casi siempre pedían discreción, como en el caso de mi sobrina mayor, que estaba enrollada con un chico bastante mayor que ella y que resultó ser uno de los más importantes camellos del momento, de los que se traían el jaco directamente desde Tai (Tailandia) y que, naturalmente, se había convertido en toda una leyenda. La discreción, por supuesto, tenía que ver con su familia, con mi hermana, que ignoraba, como yo, los caminos que recorrían nuestros hijos. Pero ya estaban, de manera irremediable, actuando de camellos.

¿Sabía yo de drogas? Pues, sí, o al menos eso creía. Sabía de la morfina, porque a más de un conocido personaje se la administraban como calmante a causa de las mutilaciones sufridas en la guerra, o por enfermedades dolorosas y terminales. Conocía el poder curativo de la belladona, de la cocaína, del opio, de la absenta... Mi padre era farmacéutico de los antiguos... ¡Claro que las conocía!, y a fuerza de sincera, no me duelen prendas y ya lo he dicho que había fumado más de un porro y hasta algún botijo de hachís. Era y soy fumadora empedernida —la nicotina y yo somos amigas íntimas— y el alcohol,

que descubrí tarde, fue durante un tiempo mi refugio y la única manera de olvidar. Pero la heroína, no. La 26a síntesis del opio elaborada en laboratorios de Estados Unidos en honor de los héroes de las guerras que los grandes imperialistas organizaban para ellos, debe su nombre precisamente a esos héroes, en femenino, heroína, para que resulte más dulce y convincente; una diosa del siglo XX para los Marte del Olimpo norteamericano, que distribuyen la guerra y la muerte entre los desheredados del planeta, así como la perfección o imperfección del cuerpo y la vida en éste. En las probetas de sus laboratorios multinacionales crean los virus, los antídotos, los pros y los contras, los vencedores y los vencidos, además de disponer en ellos de la llave del dispositivo del fin del universo. Convierten la amapola en opio y éste en heroína.

Empezaron a faltarme objetos de valor, pequeñas joyas, pero sobre todo las que tenían oro, más que piedras; también utensilios de plata, bandejas, ceniceros, marcos y chucherías de esas que antes regalaban cuando uno se casaba; algún dinero del que se tiene en casa para gastos de diario; recibos devueltos de los domiciliados en el banco y cheques, muy bien falsificados, pero no firmados por mí, ante los que me quedaba perpleja y sin saber qué decir al empleado del banco que me aconsejaba que los denunciara... Todo ello, unido como creo que ya he apuntado en otro lugar de este relato, a los olores a cítricos podridos, muy peculiares (yo decía y digo que es olor a posguerra, a miseria multitudinaria), el seguir y perseguir esos olores y encontrar su origen en un limón, ya casi seco y podrido guardado en los lugares más insólitos de la casa: los cajones de un escritorio de la entrada, un florero con flores secas que decora el cuarto de baño; el cesto de la ropa sucia; cualquier recoveco del armario del cuarto de las niñas...; las bolitas endurecidas de algodón, las cucharillas de café, cuya merma era un misterio, o la forma arqueada del mango de las mismas y la evidente señal de haber sido quemadas por la parte inferior; alguna jeringa de las llamadas de insulina o, sencillamente, el caperuzón que tapa la aguja. Corbatas, cinturones y bufandas, a modo de cintas de goma para resaltar las venas. Objetos no habituales hasta entonces que, naturalmente unidos al confinamiento voluntario en una habitación de la casa, al miedo a salir a la calle por el día y la vigilancia continua por ver si algún coche de policía se detiene ante el portal,

más los sobresaltos, aparentemente innecesarios, originados por la presencia de un policía, da igual municipal o nacional, o simplemente por la luz anaranjada e intermitente de uno de sus vehículos o la sirena de alguno de paso; el no atender las llamadas telefónicas y avisar insistentemente: «¡No estoy si es fulano o mengano o zutano!» El pasar horas encerrada en el cuarto de baño cuando meses antes había que insistir en que cerrara la puerta en lugar tan íntimo; el aparente pudor de no enseñar el cuerpo, aunque el calor fuera agobiante, cuando antes se carecía tanto de él que había que insistir para que no anduviera en pelotas por la casa, todos ellos son motivos más que suficientes para alarmarse o al menos empezar a vigilar. Yo los encontraba raros, pero más bien los achacaba a la edad, a la mala crianza de la juventud en general y a las muchas excentricidades que a veces se permite a los hijos en nombre de la modernidad. Y así quedó la cosa, y pasó el verano. Ada, eso sí, las pocas veces que había salido lo había hecho invitada por alguno de los amigos «comuneros», quienes, obviamente, presumían de bombón en los lugares habituales donde iban a cenar y a tomar copas, contando con mi permiso y beneplácito. Alguno de ellos, como Rafa, el abogado del Estado, desapareció durante un tiempo de mi panorama y cuando regresó lo hizo dando muchos rodeos y con aires de colegial sorprendido y castigado, para confesar que se había llevado a la niña a la cama. Ya lo sabía porque me lo había dicho ella, no sin antes preguntarme si yo también lo había hecho, para luego soltar: «¡Es una mierda de tío, ¿a que sí? No sabe ni follar. Parece un conejo!»

Me dio tanta pena, lo encontré tan ridículo, que me eché a reír. No me decía nada, en cambio, del dinero que le había sacado ni del Dupont de oro que le había mangado. Cuando se me hizo notar, creo que encontró su castigo justo... Le devolví el mechero, que había recuperado a través de amigos de mi hija, usuarios y compradores en las mismas «tiendas». «El dinero no te lo devuelvo —le dije—. Puedes entenderlo porque me pareces un idiota y un prototipo de conquistador, de timador timado.»

Ha seguido siendo amigo mío y entrañable, además. A pesar de todo.

Sabía que a mi hija le pasaba algo, que estaba metida en algún lío, pero ni se me pasaba por la cabeza que fuera en eso. En primer lugar porque desconocía la existencia del llamado caballo, jaco, burro, sugar, porque aún desconocía el significado de las palabras «pico» y «chute». Había oído hablar de la heroína y hasta leído algo acerca de ella, pero no asociaba, hasta un sábado por la tarde que había quedado citada en casa con una amiga ginecóloga a la que había conocido en las cenas que organizaba el partido liberal. «Garriguista» de Joaquín más que de Antonio Garrigues y del resto de la saga familiar, aficionada a la política, a la que, oficialmente al menos, nunca se dedicó pero a la que entregaba sus desvelos, su capital y su energía, era temible por su afilada lengua y por su conocido vicio de comunicar rápidamente cualquier secreto, hasta el punto de que a veces la usaban como vocero de aquellos supuestos secretos que le confiaban bajo la advertencia de que no se los transmitiera a nadie. Pues precisamente mi hija eligió a este testigo, y aquel día, sábado de un otoño recién inaugurado, después de haberme pedido insistentemente cincuenta mil pesetas, dinero que en aquella época era bastante, sobre todo en metálico y mucho más un sábado por la tarde, con los bancos cerrados y los amigos adinerados en sus torres de fin de semana. La petición había empezado a primera hora de tarde, cuando yo aún estaba sola, pero siguió en presencia de mi amiga. Ante tanta insistencia, yo primero y ella después le ofrecimos un cheque.

—¡Estáis locas! —exclamó—. Si a ese tío le doy un cheque me rompe la cara. Necesito las pelas en... pelas, vamos, contantes y sonantes.

—No las tenemos, niña, ¿qué quieres que hagamos? Además, si el cheque tiene fondos es igual...

Fue un tour de force, hasta que le ordené, indignada, que dejara de importunarnos y desapareciera de nuestra vida. Se fue a su habitación, profiriendo insultos ininteligibles, de los que sólo nos llegaban las últimas sílabas... Mi amiga y yo seguimos hablando de nuestras cosas, y otra vez la niña que aparece, esta vez lloriqueando. Habían llamado a la puerta y por lo visto era su acreedor. Se alarmó y empezó a sentir pánico...

—Ese tío me va a rajar. ¡Madre, tienes que darme la pasta, por favor, por favor...!

Lloraba y lagrimeaba entre espasmos y moqueos. Nunca la había visto así. Cuando insistimos en que nos dijera en qué líos andaba metida, se levantó la manga izquierda del jersey y nos enseñó el brazo. Vi como regueros oscuros, semejantes a cicatrices de arañazos.

—¿Para qué quiero las pelás? ¡Para esto, tías, para esto! —dijo mientras señalaba las marcas del brazo, y como no entendíamos añadió con la voz quebrada—: ¡Para meterme un pico, joder, para meterme un pico!

Recordando aquel momento aún se me ponen los pelos de punta, y como entonces, y siempre que los acontecimientos me desbordan, me quedé en silencio, sin lágrimas, sin reproches, y hasta que mi amiga la doctora no me sacó del ensimismamiento y pronunció la palabra «heroína», entre interrogaciones, dirigiéndose a Ada y entonces la oí, ¡vaya si la oí! No me había dado cuenta de qué se trataba y, por supuesto, entonces desconocía, lo supe después, la tragedia permanente que había entrado en mi casa y en mi familia. Abrí el paréntesis, como digo yo, en el que me he pasado media existencia y en el que he tenido tiempo suficiente para atar cabos y ser una experta en la adicción a la heroína, casi tanto como mi hija yonqui. En algunas ocasiones me he considerado una especie de yonqui subliminal.

Mi amiga la doctora, como si se tratara de una reportera de agencia de noticias, se agarró al teléfono —al mío, naturalmente— y puso al corriente del descubrimiento hasta al propio presidente del Gobierno, y no exagero, pues ambas lo conocíamos lo suficiente como para intentar que nos ayudara. ¿Qué pretendía con aquello? ¿Por qué no esperar un poco a que yo, su madre, reaccionara y tomase conciencia de la magnitud del tema? ¡No!, esa mujer, que sabe más medicina que ningún colega suyo, que lleva años luchando con su propio cáncer y lo vence día a día, mes a mes, año a año, que ha entablado con tan feroz enemigo una lucha sin cuartel y hasta ahora ha conseguido vencerlo, que lleva casi treinta «batallas» libradas en el quirófano, dirigidas por ella, con anestesia local, por supuesto, esa mujer, digo, se convirtió en mi portavoz, en el de mi hija y, si nos descuidamos, en el de todos los yonquis del mundo.

Cuando, ¡al fin!, se marchó y me quedé a solas mascullando mi tragedia y empezando a saber lo que significaba aguantar un mono, el

primero que veía en mi vida y del que, por supuesto tuve que aprenderme el nombre, llamé a mi amigo Jotapé.

Vino de inmediato y, además, con el dinero que tan urgentemente necesitaba mi hija, porque él sabía, o presentía, que el individuo que amenazaba a Ada era uno de sus proveedores al que debería la cantidad que ella nos pedía, y si no pagaba no había mercancía y su integridad física corría peligro. Con la agilidad mental que le caracterizaba dispuso el control de la situación: primero, atender el mono de mi hija, que apenas si empezaba pero ya era terrible, al menos para mí, y creo que también para él, porque a pesar de ser médico nunca había tenido un paciente droga-dicto y con síndrome de abstinencia. «Un calmante en vena con un tónico cardíaco», me explicaba como si yo fuese experta en la materia... Y cuando ya estaba casi dormida por efecto del sedante, segunda maniobra: encontrar al camello, para pagarle la deuda y pedirle nueva dosis... Aquí falló la estrategia, porque la niña se había dormido y tuvimos que esperar. Llamó mi amiga la doctora, me dio dos nombres: Cruz Roja y doctor De Ramón. En ese momento eran las dos únicas referencias que entendían algo del nuevo fenómeno, ¿social, sanitario o, simple y llanamente, un vicio? Ni yo ni Jotapé sabíamos qué era, pero lo cierto es que tenía ante mí la imagen de mi hija, demacrada, excesivamente delgada, que sudaba a chorros. Mientras, el timbre del teléfono no paraba de sonar; la doctora no había perdido el tiempo. Llamó mi hermana mayor, la madre de las dos sobrinas amigas de Ada, que desde que me había separado casi siempre venían a mi casa de incógnito, y que yo suponía metidas ya en el mismo lío que Ada. Pero mi hermana Paula, casada con un catedrático de familia rancia, católica y acomodada, que educaba a sus hijos en Santa María del Camino, tenía que ser diferente, y también sus hijos: «Si no le hubieras dado tantas libertades a tu hija y no fuese con esa gente tan rara no se habría metido en la droga. No te quepa duda de que son los amigos... bueno y tú, que la dejas fumar, vestirse como una hippie... Siempre con chicos, con los que hará lo que quiera.» Siguió, pero no oía más que bla, bla, bla... En una pausa la mandé al cuerno. Y menos mal que no sabía lo de Amsterdam. Pero lo que son las cosas de la vida, dos años más tarde me pedía con gran sigilo las señas de la clínica holandesa porque su hija menor había quedado embarazada «y aquí

en España, ya sabes...». Sabía, y también su padre y sus abuelos, de tan rancio abolengo. Al año siguiente se encontró con el mismo problema que yo en esos momentos, y también tuve que ayudarla, pero a ella se le multiplicó, porque fueron las dos hijas mayores quienes se «metieron en la droga», como decía ella, y murieron, con dos años de diferencia, enfermas de sida, un año antes que la mía. La primera, que era mi ahijada, ya muy enferma y deteriorada, sin haber dejado nunca la heroína, se metió un chute muy cargadito y se fue al otro mundo. Vivía en casa de su madre, divorciada también al cabo de los años, y allí se la encontró muerta su hermano pequeño, con la chuta aún puesta en el brazo. Tenía treinta y dos años.

Jotapé me devolvió a la realidad del momento, aunque yo no sé si exactamente estaba en ella. Veía a mi hija, enferma, aquejada de un mal desconocido para nosotros, un mal que, de momento, pareció mejorar con el dinero que había traído mi amigo, ya que en cuanto Ada abrió los ojos y se enteró, se lo pidió y salió rauda y veloz a la calle, antes de que pudiéramos detenerla.

A partir de ese momento, y por deformación profesional, supongo, me dediqué a recabar datos sobre esa heroína que iba a cambiar no sólo la vida de la que la había elegido, sino la de toda la familia. Pocos años antes había tenido acceso a una información que señalaba al yerno del jefe de un estado europeo, famoso doctor especializado en cirugía cardiovascular, como interlocutor válido con las grandes potencias dedicadas a la producción de la materia prima, el opio, que se convertía en drogas mortíferas, como la heroína, en los grandes laboratorios multinacionales, manejados prácticamente por Estados Unidos y apoyados económicamente por banqueros oficialistas. Tenía en mi mano una bomba informativa; cuando se la enseñé al redactor jefe de mi periódico, creyó oportuno que habláramos con el director, porque el tema, políticamente hablando, era muy delicado. Empecé a trabajar en él y pronto me encontré con barreras, no de la censura oficial, pero sí de los poderes económicos. El tema parecía ser tabú y, sobre todo, como me dijo un importante personaje del Ministerio de Sanidad, muy delicado. Podía escribir, si quería, sobre el tema de las drogas, pero desde una vertiente no política, pues se corría el riesgo de

que perjudicara las relaciones internacionales, sobre todo las que en ese momento se mantenían con Estados Unidos, que eran especialmente favorables para nosotros. ¿Qué otra vertiente?, me aventuré a preguntar. «La sanitaria, la social —fue la respuesta—; la gran aportación que hace España, como país mediterráneo, a la investigación de estas materias...» ¡Agua de borrajas! Seguí adelante y pronto me encontré con serias amenazas que ponían en peligro no sólo mi integridad física, sino la de toda mi familia, y tuve que parar. De este suceso habían pasado algunos años, y ahora, cuando me enfrentaba personalmente con el tema en cuestión, me encontraba con que sólo había un lugar al que acudir, Cruz Roja, y un único facultativo experto.

Ya había consultado con él. Fue lo primero que hice en cuanto mi amiga la ginecóloga me dio su nombre, y llevé a mi hija a la calle Fúcar, en la zona de la vieja estación de Atocha, donde se alzaba el Hospital de San Carlos, hoy convertido en el Centro Nacional de Arte Reina Sofía; se trataba de zona pintoresca de Madrid, con el vecino Rastro y los personajes que uno se encuentra por esas calles que parecen salidos de una novela de Galdós.

A regañadientes llevé el primer día a mi hija hasta la mísera consulta de la Cruz Roja, en la que se habían dado cita todos los colgados de Madrid; con el paso de los años, y después de haber recorrido muchas otras, he acabado por convencerme de que la faceta oficial curativa era y sigue siendo deprimente y marginal, como se ha convertido el caballo.

Los supuestos enfermos, los drogadictos, —entonces sólo considerados como viciosos, y por eso digo supuestos— que se encontraban en ese centro casi oficial dedicado a las clases sociales más bajas, a juzgar por la apariencia de los familiares que los acompañaban, en su mayoría madres, no representaban la realidad con que fui encontrándome a través de mi hija. Según encuestas realizadas en 1975, la droga no había hecho más que una leve aparición entre la juventud, hasta el punto de que un ochenta y cuatro por ciento de los jóvenes encuestados respondían que nunca les había sido ofrecida, y en general todos afirmaban aspirar a una sociedad más libre.

En la Cruz Roja nos ayudaron poco, porque era poco lo que sabían. Empezaban a tener conciencia del problema porque lo palpaban a diario, y gracias a la asistencia social del centro vislumbraban la magnitud del problema, que no sólo atañía a los directamente afectados, sino a la médula del colectivo llamado familia, así como a su entorno. Sedantes, curas de sueño y poco más, por espacio de un mes, seguidas de una endeble asistencia psiquiátrica, basada principalmente en más sedantes y somníferos, convertían a los adictos a la heroína en enganchados a otras drogas, pues a tales barbaridades ha recurrido la psiquiatría para curar supuestamente a sus pacientes; se trataba de drogas legales, por decirlo de alguna manera, y que podían adquirirse con receta de la Seguridad Social.

Ada, guapísima, como he dicho, integrada en una élite elegante, decidió después de una segunda consulta, no volver más a la calle Fúcar, y lo único que sacó en limpio fue convertirse en una experta en drogas legales, como ella llamaba a las pastillas que le habían recetado y que, unidas a bebidas alcohólicas, la ayudaban a colocarse. Mi padre, farmacéutico, como he dicho, se asombraba de los conocimientos de su nieta al tiempo que veía desaparecer de su botiquín cuantos remedios guardaba en él, desde los aparentemente inofensivos astringentes que contenían cantidades ínfimas de opio, hasta los suaves tranquilizantes basados en belladona.

Pero de todo esto me enteré después. Tenía al sujeto de la noticia delante de las narices y me sentía incapaz, tal vez como medio de autodefensa, de seguir sus evoluciones. Era cierto, y lo constataba a diario en mi tarea profesional, que a los jóvenes con que hablaba, incluso aquellos que se interesaban por la política, no les gustaba el sistema y no se sentían integrados en él. Yo había dicho y escrito en muchas ocasiones que estábamos haciendo de nuestros hijos una generación perdida a fuerza de sumergirlos en una sociedad de consumo que no se ganaban con el sudor de sus frentes. Queríamos darles, aun a costa de nuestra integridad, cuanto nos había sido negado a nosotros, que éramos la auténtica generación perdida de la posguerra. Eran más guapos que nosotros, más altos; estaban mejor alimentados y vestidos; viajaban con pasaportes sin prohibiciones; podían aprender idiomas en los países de origen y los sexos se habían igualado, digo siempre que gracias a la píldora anticonceptiva, pero

también al avance de la mujer que, con paso firme y arrollador, iba imponiéndose en la vida activa del país, merced a la reivindicación de sus derechos, conquistados uno a uno con gran esfuerzo.

Pensábamos, gran equivocación, que nuestros hijos eran conscientes de esta revolución social y de que la libertad, para ellos tan natural como su propia existencia, la habíamos conquistado a fuerza de golpes y fatigas.

Ada dejó pronto sus estudios, en contra de mi opinión y después de suspender curso en convocatorias sucesivas, no porque careciese de inteligencia para seguirlos, sino porque la vida que había elegido le exigía dedicación a tiempo completo. Aun así, como era una empedernida lectora, sabía escuchar a cuantos sabían más que ella y admiraba a la gente verdaderamente culta, también ella lo fue. No obstante, años más tarde, casada y dependiente, más que de su marido de la fortuna de su suegro, se arrepintió de no haber estudiado una carrera universitaria; entonces me daba la razón y admitía que sólo se es libre cuando se alcanza la independencia económica, y mucho mejor si se cuenta con una formación académica.

A pesar de ello, pronto encontró trabajo, de relaciones públicas en la discoteca de moda de Madrid por aquellos días. Naturalmente lo consiguió de la mano de uno de sus nobles y millonarios amigos, hijos todos ellos de papá, que si no tenían intereses en el negocio, disfrutaban de él y del libertinaje que proporcionaba. El «tirito» de coca, el canuto, de marihuana o hachís (pocos en público porque el humo y el olor cantaban mucho), y un tripi, pequeñito y discreto, para «viajar» por los espacios siderales y precipitarse al vacío —el fin de los que tuvieron la desgracia de colgarse del ácido lisérgico, llamado LSD—. Un mundo nuevo de sensaciones, incomprensible para los viejos crápulas, aferrados al alcohol, o como mucho al opio, que morían de vejez más que nada.

Su trabajo consistía en llevar gente, y el negocio, en «captar» adictos. Pronto supe —incluso salió publicado en alguna revista de las llamadas del corazón—, que mi hija era inseparable de un personaje, a mi modo de ver rayano en lo canallesco, famoso por su progenitor, un magnate del cine —de profesión «su padre», como decía un compañero mío—, casado con una actriz, en principio niña prodigio y folclórica, que más tarde, y sin el influjo de aquella familia, se convirtió

en gran actriz y persona. Juan —nombre imaginario para este representante de la jet— había iniciado a Ada, y supongo que a otras muchas niñas monas, en el consumo de caballo; al principio, gratis, como suele suceder, y luego exigiendo cada vez más, hasta convertirla en el doble papel de consumidora-vendedora; es decir, en camello. Por aquellos días tuve ocasión de decirle lo que pensaba de él y predecir que alguna vez no estaría tan seguro, induciendo a jovencitas como mi hija a la destrucción y la muerte. Sólo sirvió para que se apartara de ella y siguieran ambos por caminos diferentes; él, haciendo acolitas, cuanto más jovencitas, más monas y más ingenuas, mejor y ella, para seguir cada vez más enganchada, arrimándose a otro camello al que servir para satisfacer su adicción. Muchas veces, es verdad, había maldecido a Juan, y una de las alegrías de mi vida ha sido el verlo sentado en el banquillo de los acusados en una reciente captura de implicados y convictos personajes de la mafia gallega que maneja el mundo de la droga. Supongo que el que no lo hayan privado de libertad se debe a sus ilustres y numerosos clientes, a quienes, según mis noticias, sigue sirviendo.

Ese mundo estaba compuesto también por cantantes de moda, modelos y un compositor, muy amigo de Juan, al que yo conocía por haberle entrevistado alguna vez, quien llamaba insistentemente por teléfono preguntando por Ada, hasta que se enteró de que era mi hija. Y en el centro, formando el meollo para alimentar el negocio, la legión de niños guapos, hijos de conocidas y acomodadas familias: *Ana la Canaria*, una preciosidad de muchacha, de uno noventa de estatura, medidas perfectas y rostro bellísimo, quien se convirtió en gran modelo internacional, hizo muchos intentos por desengancharse sin conseguirlo y murió en París a los treinta años; Nacho uno, el que luego sería marido de Ada, y Nacho dos, hijo primogénito de unos grandes de España; Leopoldo, descendiente de un ilustre militar y político; María, de igual origen; Patricia; Alberto y Juan, dos hermanos enganchados, hijos de un ex ministro; Luis y Enrique, de papá banquero; Lidia, poetisa e hija de un conocido escritor y comentarista político; José Antonio, Gerardo y Luis, nietos de un significado personaje de la vida nacional de rancio abolengo de marinos; Yenko, Fernando, Rafi, Javier, Paloma; hijos de pintores, de políticos, de la gente guapa, como se dice ahora, de intelectuales, financieros... No se

salvaba nadie, pero todos hacían lo posible por ocultar la lacra. Incluso hoy, cuando la muerte se ha llevado a las tres cuartas partes, los que quedan no se atreven a nombrar la causa del fin de sus hijos. No ahora, con esa enfermedad maldita, el sida, sino antes, cuando la causa sólo se llamaba heroína. Porque la heroína, en sí, mata, destruye y envejece las células. Burroughs admite que un pico de caballo puede matar, tal como ocurrió con muchos de sus amigos, en general de la generación Beat, de la que él formaba parte, que murieron jóvenes, envejecidos prematuramente y sin enfermedades diagnosticadas, a causa de la heroína. Él, que ha muerto hace muy poco, la abandonaba cuando se encontraba realmente mal, para someterse a una cura de meses; pero volvía. Solía decir que siempre se vuelve al caballo, y mi experiencia le da la razón, porque no sólo engancha el cuerpo, que en un mes como mucho se repone, sino la mente, y el que lo prueba una vez no lo olvida jamás. Yo puedo decir que mi hija, quien afirmaba que el caballo «es el amante más intenso y maravilloso que he encontrado», sólo lo abandonó porque, ya muy enferma de sida, le aceleraba la llegada de la muerte, la llevaba en ambulancia al hospital, lo cual no quiere decir que lo olvidara, pues era sólo un hasta luego, como si se tratara de un devaneo que no llega a cuernos.

Mi relación con este caballo, «el de la muerte», como suelo denominarlo, es, como puede suponerse, de total y absoluto odio. En uno de los desenganches de Ada, que corrió a mi cargo y que en su momento relataré, en el colmo de amor filial me ofreció la mitad de lo que iba a meterse en la vena para compartir a su maravilloso amante. Ni entonces ni luego ni nunca he querido probarlo, y no por miedo a su dependencia, sino por el odio tremendo que siento hacia él y el rencor hacia un enemigo que se ha llevado lo más querido de mi vida y ha procurado contagiar cuanto tocaba.

OTRO VERANO, EL DEL 96

Javier ha venido a verme esta tarde. Es uno de los que frecuentaban la discoteca. Un superviviente, un nombre sin tachar en la agenda de mi hija, que en los últimos tiempos se había convertido en la de los amigos muertos. Esta terrible verdad me la dijo un día cuando la animaba a que saliera, a que llamase a algún amigo, a que abandonara el voluntario encierro que se había impuesto desde la muerte de su marido y también a causa de su enfermedad, que la había deteriorado de tal manera que no era ni su sombra. «Madre, ¿no comprendes que en mi agenda no hay más que nombres tachados? Es la agenda de los amigos muertos...» No supe qué contestar ante una verdad tan terrible y absoluta. Pues bien, Javi es de los vivos, de los que se iniciaron con ella, con Nacho y con otros muchos. Íntimos. Viene a menudo a casa y, naturalmente, hablamos de ella. «¿Cómo era cuando la conociste? ¿Qué recuerdo tienes de entonces?», le pregunto, pues necesito que alguien me refresque la memoria, volver a ella cuando era mi hija, la soñada, la deseada, mi primogénita. Llevaba varios días intentando conectar con ella en el más allá, y como sola no podía, decidí llamar a mi hermana menor, Carlota, que es bruja, ¡sí!, y de las oficiales, nada raro en nuestra familia. También lo fueron mi abuelo materno, gran estudioso de las ciencias ocultas, que murió joven siendo coronel de húsares de la princesa, masón y secretario de Azaña. Mi madre, su hija mayor, era su médium, y mi hermana y yo heredamos este privilegio, que según mi madre no se aprende en ninguna escuela, sino que se hereda. Carlota es pintora, viuda honorable, madre de familia, bohemia en su juventud, ex militante del Partido Comunista de España y ex directora y propietaria de una galería de éxito en su día en el madrileño paseo de la Castellana. Hoy, en su madurez, regenta un estudio-tienda muy divertido y curioso; lugar de embrujos, sortilegios y predicciones, igual vende libros de tarot, videncias y amuletos que ella misma fabrica, que preservan contra la fatalidad y la desgracia, como ungüentos para enamorar y hechizos para olvidar. Sus manos, dicen sus clientes, curan, y hasta su mesa redonda llegan los espíritus convocados para comunicarse con los seres queridos que quedaron en este mundo.

Carlota es un personaje medieval traído a la actualidad por un casual que hubo entre mi padre y mi madre en un minuto que mi padre, escéptico, recibió el influjo de su esposa, dispuesta a engendrar una bruja buena. Para ella era algo normal, pues la recuerdo, siendo yo niña, hablando con los amigos difuntos, a quienes invitaba a pasar de madrugada a la sala de estar. Y cuando crujía la puerta de un armario, o un listón de madera del suelo, decía tranquilamente, con voz pausada, dejando descansar las gafas de lectura en la punta de su nariz aguileña y mirando por encima: «Pasa, pasa Fulano. —Y dirigiéndose a mí, que siempre la acompañaba en sus insomnios, agregar—: Es un amigo del abuelo que me pidió permiso para visitarnos.» Así, desde mi más tierna infancia me acostumbré a convocar a los espíritus, los de mis abuelos, por ejemplo, a quienes no conocí, de la manera más natural, como lo hacía mi madre, entre puntada y puntada de una labor o entre línea y línea de la lectura en curso. Estas cosas se heredan, es verdad. También Ada creía en ellas, y a pesar de las burlas de sus amigos hablaba con su abuela que la crió hasta los cuatro años, y meses antes de morir me decía que sentía su presencia en la casa, animándola a confiar en el más allá. La verdad es que siendo tan pequeña cuando su abuela murió, recordaba de ella detalles y cosas inexplicables, que relataba con esta exactitud a lo largo de los años. Por eso yo la convocaba, y como no me resultaba posible traerla hasta mí, llamé a Carlota, pues Ada infinidad de veces se hacía leer las cartas por ella y le consultaba sobre el fin de Nacho, que mi hermana vio con toda claridad, y hasta en algún momento le rogó que hiciera un hechizo para que pudiese abandonar el caballo que estaba matándola.

«¡Imposible! —me dijo Carlota cuando le comuniqué mis deseos—. Ya lo he intentado y no se puede. Está sufriendo mucho; no encuentra su cuerpo y busca incesantemente a su marido. Hay que esperar a que Dios la una en sus cenizas.»

Le cuento esto a Javier, que se levanta y pone el Concierto en Re menor de Alessandro Marcello. Cuando la música empezó a sonar —era una pieza que Ada escuchaba mucho hacia el final de su vida—, me estrecha entre sus brazos y me besa una mano, mientras me mira con sus aún preciosos ojos azules, miopes y enigmáticos, llenos de lágrimas.

—No, yo no creo en esas cosas y hasta me dan miedo, aunque si te digo la verdad, últimamente tengo miedo, mucho miedo a morirme; cada día que amanece pienso que será el último, y entonces casi me impongo creer en todo lo que suponga regresar, aunque sea en espíritu.

Javier era uno de los más hermosos ejemplares de hombre que yo haya conocido; aún es guapo y viste con elegancia y esmero, va limpio, afeitado y huele bien —una excepción, ya que el caballo va unido al descuido del aseo personal y a la suciedad—. No sé si es portador o no del virus del sida, ni quiero saberlo; sí sé, en cambio, que sigue unido a la heroína, casi como en aquellos tiempos, pero ahora ya no se pincha, sino que fuma chinos. Ha hecho muchos y serios intentos por dejarlo y, como no puede, asume como un enfermo la ingesta diaria y puntual de sus medicinas. Sabe que sin él no puede vivir, y tampoco mucho tiempo con él. Es el gran dilema de todo yonqui, y, curiosamente, quienes llegan a este punto, como Javi, viven más, o al menos no tan deteriorados físicamente, hasta que el virus se manifiesta y empiezan con las enfermedades oportunistas y los ingresos hospitalarios; es entonces cuando lo dejan, «¡por cojones!», porque no pueden conllevar la enfermedad puntual y la crónica de la adicción.

«A veces me encuentro tan mal que lo intento de nuevo. Este verano, si Natalia (su segunda mujer, también yonqui) sigue en casa de sus padres con el niño (segundo hijo de Javi, primero de ella) me voy a un pueblo perdido, a la casa que me deja un amigo, sin teléfono, sin coche, sin pelas... Quiero dejarlo, de verdad.» Lo dice tan bajito que pienso que es un monólogo que se repite cada día, intentando grabárselo en la memoria; es su mensaje subliminal. «Estoy harto de ir a pillar con ella —prosigue—, es para lo único que me necesita. Desde que no tengo trabajo ni dinero es ella la que pone todo y soy yo el que entra en el submundo de la marginación y de la mierda, en el triste "supermercado". Ocho gramos a la semana, unas cuarenta mil pesetas, y sólo para aguantar; Natalia en su trabajo de alta ejecutiva y yo con mi absurda existencia, gorroneando a mi madre, escribiendo a todos los anuncios en que piden un cámara de televisión, esperando a que llamen y confiando en que, si ello sucede, siga valiendo.»

De repente se endereza en el sillón donde está sentado, levanta la cabeza y dejando su perorata:

—Bueno, el día que conocí a tu hija fue un flash, porque era difícil encontrar una niña tan mona, con ese talante y ese saber estar que tenía. Era de maneras tan tranquilas, todo en ella parecía tan poco forzado... Ada arrasaba con su personalidad y aquel día que me acompañaban Nacho, Fernando, Alberto y otra gente, nos enamoró a todos. Ada era poderío, te lo digo de verdad, y estimulaba mi inteligencia; tenía tal talento y decía tantas cosas y tan profundas que resultaban impensables en una chica de dieciséis o diecisiete años, que era la edad que teníamos por entonces.

»Todos nos enamoramos de ella, y salimos algunas veces, pero pronto me di cuenta de que como pareja me asustaba, me podía, y de común acuerdo dejamos el rollo amoroso, pero para mí siempre ha sido un punto de referencia. Nos enseñó mucho a todos; diría, para concretar, que a vivir y a vivir bien, momentos apasionantes, tanto con LSD como sin nada, borrachos o con caballo, cuando, gracias a ella, lo descubrí. Era la droga de moda, la que, según todos los que se habían metido en ella, proporcionaba un estado de placidez y felicidad que no se conseguía con ninguna otra, y poco a poco todos fuimos enganchándonos, en la seguridad que podríamos dejarla cuando quisiéramos, como las otras que conocíamos, ¡ya ves qué equivocación! ¿Cómo pensar que sería tan terrible, que acabaría por quitarte la libertad, hasta la personalidad y la vida si te sentías tan bien con ella, con tan buenas vibraciones, con tanta paz y amor hacia los demás?

—Ada —intervengo tímidamente, dudosa de que acierte—, hasta el último momento y en los más decisivos, decía que lo que ella sentía por el caballo era una mezcla de odio y de amor, como el amante más perfecto, al que amas y te encoña, además, que te domina por la fuerza, por el sexo y por la inteligencia. Creo que era lo mismo que sentía por su marido. Por eso, en los muchos intentos de desenganche que tuvo, y que casi siempre propicié, le pedía que también se desenganchara de él. Creo, y tengo razones poderosas para ello, que una pareja unida en principio por la atracción física y simultáneamente por la heroína, se convierte en un claro ejemplo de relación sadomasoquista. Si Sade la hubiera conocido, la habría adoptado en el acto para sus espeluznantes supuestos de placer físico y psíquico, ¿no crees?

—Exacto, porque además hay otro componente: te une muy pronto en la delincuencia, te convierte de usuario en camello a la primera de cambio; cuesta muy cara, sobre todo entonces, y empiezas robando a tu familia, a tus amigos y a quien se ponga por delante. Nosotros hemos hecho atracos a mano armada; hemos robado coches y hasta bolsos a indefensas ancianas. Hoy en día, en que me siento viejo y cansado, no puedo creer que nos metiésemos en semejantes movidas. Me da vergüenza mirar hacia atrás y ver cómo he robado a mi madre, a mis hermanos, a mis amigos; cualquier objeto de metal precioso, aparato de sonido, cámaras fotográficas, ordenadores, vídeos, grabadoras, todo era directamente intercambiable por papelinas; había que pasar por la casa de empeño o por los que compraban todo lo que robábamos y nos engañaban, unos y otros, pero nos daba igual, eran cosas robadas.

Se acaba la música. Javi se levanta de nuevo y como un autómatas vuelve a poner el disco.

—¿Música de fondo? —le pregunto.

—No sé, pero por primera vez me doy cuenta de que estoy confesándome; me estoy viendo y no me gusto, y estoy confesándome con Ada, para que Dios la una en sus cenizas con Nacho. —Lo dice muy bajito, como avergonzado de que pueda ser posible y si lo es para que Dios le oiga, ¡por si acaso!—. Pero no creas —continúa—, también nos engañábamos entre nosotros, porque en el 80 yo me encontré con veinte kilos de costo que unos amigos habían traído del Moro y formé una sociedad con Julián. Bien pasado nos dejaba limpias de cuarenta a cincuenta mil pelas diarias. Ada también entró en el negocio y nos tangaba, cambiaba el costo por caballo, porque a ella lo que le perdía era eso y lo prefería al dinero. Era su lado malo; todo su talento lo desperdiciaba en ver cómo se ponía, y se ponía mucho, tía, mucho, a veces más de dos gramos diarios, más de cincuenta mil pelas de entonces. Si no te enfadas te diré que Ada fue una tía que engañó a media España.

Se produce un silencio, como si el espíritu de mi hija estuviera de verdad entre nosotros y reconociese a su amigo por estas confidencias que nunca se atrevió a hacerme.

—No es una traición —le digo a Javi—. Sé cómo os cambia a todos el caballo. Cualquier enganchado no tiene nada que ver con el que era, y

lo mismo pasa con quienes lo dejan. Os convertís en una especie de zombis a los que sólo les importa el jaco, ¿no es cierto? Estamos analizando vuestra vida y los efectos que la heroína produjo en parte de una generación que se entregó confiadamente a ella. Teníais un punto de decadencia, leíais a Rimbaud y a Cocteau; escuchabais a Paganini, a Samuel Cohen y a Serrat; proclamabais el culto a los clásicos griegos, con los cuales compartíais la admiración por la belleza del cuerpo, el desnudo, la bisexualidad; os refugiabais en Ibiza y empezaba a preocuparos el deterioro de la naturaleza. Erais tan fuertes, tan guapos, tan bien constituidos y tan inteligentes que continuamente retabais tabúes como la heroína, pensando que podríais abandonarla cuando quisierais.

—Para mí —apostilla Javi—, la aureola mítica de la heroína era como la que nuestros padres, que eran de derechas, nos habían creado de pequeños en torno a los rojos, a quienes imaginábamos como nos los describían, con cuernos, pezuñas y rabo, como si se tratara del mismísimo diablo. En algún momento llegué a pensar que era un arma política para acabar con nosotros, que representábamos lo mejor de las clases pudientes e influyentes. Nuestra generación, la de los nacidos en los primeros años de la década de los sesenta (de hecho, Ada y yo éramos de los mayores), fuimos los líderes de las pandillas, todo lo contrario de los que ahora se hacen adictos. Meterse en el mundo de la heroína significaba romper un muro; no sabíamos si enganchaba o no, ni siquiera qué era un mono. Además, nos llegaba a la mano por uno de los nuestros, ignorando que al poco de conocerla sería tan necesaria como hacer pis y que acto seguido ya no podríamos vivir sin ella, para lo que había que adentrarse en un mundo de mentiras, de mezquindad, de delincuencia; de horror, en una palabra.

Hablaba con la mirada fija no sé dónde; aparte de que su miopía siempre le hacía parecer despistado y ausente, ahora realmente lo estaba. Le hablaba a los fantasmas del pasado, y entre ellos estaban sus amigos. Javi charlaba conmigo como con un colega de verdad y admitía que los yonquis viven igual que los presos o peor aún, porque a éstos les queda el consuelo de la libertad, y a él, no.

Nos habíamos puesto muy tristes, y a pesar de que ambos sabíamos que otro intento se quedaría en eso, en intento, le animé a que iniciara un nuevo tratamiento de desintoxicación, marchándose de Madrid con

rumbo desconocido para todos, pues su poder de convicción para no llegar hasta el final era muy grande.

—La incógnita —dijo con un tono más divertido— es que no sé si voy a aguantar otro mono, y este verano han cerrado todos los «supermercados»: los Focos, Pitis... No hay más huevos que ir hasta enfrente de Telecinco a pillar. Y cada día es peor, menos heroína y más mierda. Los momentos en que me funciona el coco pienso que más que cuelgue lo mío es masoquismo puro, porque uno ya no se mete caballo, y encima ya no me pico, fumo chinos, para los que se necesita más cantidad y es una guarrería que te llena de tiznajos.

Mira el reloj y se dispone a marchar para que no le cierren el metro; hace tiempo que reventó el último coche: ahora viaja en transportes públicos y con su correspondiente bono, que cuesta más barato.

Cuando se va, repaso mentalmente los lugares de que hablaba y, aun sin verlos con su mirada imperfecta y difuminante de miope, son asquerosos: los de ahora, Los Focos, Pitis, Telecinco, y los de antes, avenida de Guadalajara, de «los Pies Negros», la Celsa... Poblados marginales, de chabolas o casas de «papel» urgentemente prefabricadas y encerradas por altos muros en un gueto; pueblos cercanos a Madrid, hoy abandonados por sus antiguos vecinos y en su mayor parte habitados por gitanos, que viven en la más extraña miseria: mierda, analfabetismo y enfermedad, junto a coches de lujo —si son Mercedes, mejor—, frigoríficos de un cuarto de millón, «loros» (radiocasetes) de otro tanto, con dobles pletinas para CD —ahora también admiten compactos como pago—; todos estos aparatos a pilas, porque no disponen de luz eléctrica, pero sí de cantidad de «amarillo» en las sucias manos: oro, robado como quien dice, ya que les dan una o dos papelinas por una cadena de veinte mil pelas. Además, la materia prima que llega —el caballo— es de baja calidad: adulterado, cortado con polvos de talco, en el mejor de los casos, cuando no con estricnina. No lo llevan mejor los que compran coca o supuesto éxtasis, la desgraciadamente famosa «píldora del amor» que mezclada con alcohol produce la muerte por infarto cardíaco.

Son los poblados del sida, del raquitismo, de la sífilis, de la desnutrición, de la tuberculosis, del analfabetismo; la moderna morada de los cuatro jinetes del Apocalipsis, de la que son jefes supremos. La muerte, de jornada laboral continua, es la que impide, pienso, la

entrada a los maderos, que sitúan sus coches ante la única puerta de entrada y salida para trincar, de vez en cuando, a un pobre yonqui, y hasta de vez en cuando robarle la papela si no se la ha metido intra muros, para chutársela ante las narices del desgraciado.

Mi hija Ada era para aquella gente «la Paya Larga», y algunas veces que la acompañé —otras he ido yo sola a pillar para remediarle un mono—, comprobé que le demostraban cariño y hasta cierta admiración, porque mientras ella cruzaba este umbral de la marginación, el marido se quedaba fuera, sentado en el coche, esperando, entre temblores, su «almuerzo».

Aparte de por su belleza y su estilo, le pusieron ese apodo «porque la Paya Larga tiene cojones».

SEGUIMOS EN LO MISMO

Después de unos días de tratamiento, ya sin acudir a la calle Fúcar porque Ada se negó —sobre todo a causa del ambiente—, todo siguió igual, pero con un añadido, las pastillas: unas para dormir, otras para despertar, compradas a precios de receta de la Seguridad Social, es decir, legales. Alguno de sus amigos debió de avisarle de que mezcladas con alcohol colocaban y cuando no había caballo eran buenas para evadirse, que al parecer es de lo que se trataba.

Aquel otoño enfermó de hepatitis —entonces no se conocía más que una—, y aunque se resistía a guardar cama, el médico de cabecera se lo ordenó y aunque a ella no se lo dijo, a mí me advirtió de que la hepatitis no era una enfermedad grave pero sí muy pesada, y para que se curase por completo y no quedaran secuelas eran necesario reposo absoluto, amén de la medicación oportuna según el resultado de los análisis. A eso debía sumarse una severa dieta alimenticia. El médico nos avisó del alto peligro de contagio y de la conveniencia de que todo cuanto ella usara —vasos, platos, cubiertos, ropa personal y de cama—, se lavara aparte. Tuve que organizar aquello como un hospital de campaña para que quienes vivíamos en la casa, sobre todo mis otros tres hijos, no nos contagiáramos.

Por entonces pensaba, ingenua de mí, que la historia de la heroína se había terminado, y ni siquiera la había asociado con la enfermedad que Ada padecía.

Aunque como siempre yo paraba poco en casa, una fiel servidora y amiga, Conchi, así como mi padre y mis hijos me contaban que por la casa seguían desfilando toda clase de supuestos amigos, a quienes en más de una ocasión tuvieron que invitarlos a marcharse, porque se aposentaban en la habitación de la enferma como si estuvieran en un bar, pidiendo vasos, cucharillas y poniendo su música a todo volumen. En ocasiones también sorprendían a alguno en el cuarto de baño con todos los instrumentos para ponerse o en pleno chute. ¡Era demasiado!, y mi padre no me contaba todo; él se enfrentaba con la situación y también con las dos nietas mayores, las hijas de su hija Paula.

¿Qué estaba pasando? Muy sencillo, mi casa, con la enfermedad de mi hija mayor, se había convertido en el punto de venta, en el «supermercado» —como me diría años más tarde Javier—. Y ella, ¡naturalmente!, seguía poniéndose «hasta el culo», con lo cual, y a pesar de todos los cuidados puntuales, la hepatitis no se curaba. ¿Éramos todos ingenuos, hasta el mismo médico? No, no, pero desconocíamos la relación causa-efecto que existía entre heroína y hepatitis. Tuvo que ser mi padre, el viejo boticario, casi octogenario, quien cayese en la cuenta y se lo dijera al doctor, que no podía creérselo. Tomaron medidas para que la enferma estuviera lo más aislada posible. Hubo que cambiarla de dormitorio, pues lo compartía con sus hermanas pequeñas, y prohibir terminantemente las visitas.

Dice Machado: «Yo no sé leyendas de antigua alegría/sino historias viejas de melancolía...» Hago míos estos versos al recordar lo que pasó por aquellos días con mis tres hijas. La mayor, ya lo he dicho, enferma de hepatitis, y las dos pequeñas, de ocho y seis años —la menor, ahijada de Ada—, se convirtieron en los «correos» de la enferma. Se me ponen los pelos de punta sólo de pensarlo. Porque lo supe mucho tiempo después, y con lujo de detalles, por sus propios relatos, siendo ya adultas y con grandes problemas psicológicos ambas. Me cuenta la menor que recuerda vagamente —aún tiene enormes bloqueos de memoria—, que al regresar del colegio, bajaba del autobús, que la dejaba en la puerta misma de casa, y se iba al piso de un supuesto amigo de su hermana, quien le daba un sobrecito que ella guardaba en el guante. La pobre sólo tenía seis años y no sabía de qué se trataba, pero veía cómo Ada lo esperaba con gran ansiedad y una vez en su poder le pedía que la dejara sola...

Aquel supuesto amigo, a quien conocí años más tarde y que resultó ser hijo de un gran periodista, corresponsal durante años en Roma, donde habían vivido por espacio de veinte años. Por aquellos días cumplía prisión «en régimen abierto» por sus actividades políticas juveniles. Militaba en los Camisas Negras italianos y había participado en secuestros y atracos, en algunos de los cuales se habían producido muertes. También él se dedicaba al periodismo y con los años y el arrepentimiento llegó a ser un profesional y un ciudadano correcto. Vivía con una chica, hija de un general que se hizo tristemente famosa por haber sido detenida en Tailandia con una cantidad de heroína y

condenada a prisión; sufrió condena allí durante años, hasta que las autoridades españolas y la propia Corona intercedieron por su libertad. Pues allí es donde iban mis hijas pequeñas en busca del «almuerzo» de su hermana mayor, tan lista para procurárselo que, como le decía yo siempre, si hubiera puesto su inteligencia al servicio de algo positivo habría llegado a la cima de cualquier profesión o actividad que se hubiera propuesto. Pero no, toda su actividad creadora, todo su talento lo empleaba para servir a su señor, el caballo.

He decidido no releer ni una sola línea de este relato. Me siento horrorizada. Y así he de advertir que el caballo transforma tanto a las personas como aquel bebedizo que inventó el doctor Jekyll y que lo convertía en el sanguinario Mr. Hyde. Ada, como todos los yonquis, intentaba atraer a cuantos la rodeaban, empezando, naturalmente, por los más cercanos. Ya me confesó Javier que él lo probó por ella... También lo intentó con su hermano, con quien se llevaba menos de dos años. Y lo consiguió, pero por poco tiempo, gracias a que lo descubrí a tiempo y a la ayuda inestimable de su actual mujer, entonces su novia.

Pero la crueldad y el egoísmo llegaban a extremos como no ceder ni un gramo para terminar con un moribundo. Una mañana de domingo habíamos comprado un perrillo en el Rastro porque las pequeñas se encapricharon con él. El pobre animalillo, esquelético y muerto de hambre, comía glotonamente cuanto encontraba y un día, hurgando en el cubo de la basura, se comió unos restos de pollo entre los que había afilados huesecillos. Se tragó uno y empezó con unos horribles vómitos de sangre. El veterinario le mandó unas medicinas y nos aconsejó que, si no surtían efecto, lo lleváramos para ponerle una inyección letal. Las pequeñas sabían que lo que se ponía su hermana podía tener el mismo efecto, y se lo pidieron. Se negó rotundamente, y el animalillo siguió sufriendo hasta que de forma natural le llegó su fin. Por supuesto, no se trataba de un posible cliente...

¿Cómo era Ada? ¿Perversa, egoísta, mala, en una palabra? Sencillamente era yonqui. Y como todos, vivía por y para el caballo. He tardado muchos años en comprenderlo, así como el daño irreparable que nos hizo a todos cuantos convivíamos con ella, sobre todo a sus hermanas pequeñas, a quienes llevaba ocho y seis años.

Más expresivas que mis palabras son las de Beatriz, que transcribo a continuación:

«Supongo que mi admiración por Ada se remonta a los primeros momentos de mi existencia. Fue, en mi niñez y primera adolescencia, la hermana mayor por antonomasia. Dormíamos en la misma habitación, compartíamos mesa y ducha; pero ahí terminaba toda clase de relación. Ella tenía seis años más que yo, y de niña ésa es una diferencia de edad que se me antojaba eterna y ponía demasiado lejos cualquier posibilidad de entendimiento o aproximación entre nosotras.

»Ella desempeñaba su papel a la perfección; naturalmente siempre lo conocía todo antes y, además, se manejaba sin problemas en su terreno, que no parecía ser otro que el de reina absoluta de la situación. Era como si cuanto la rodease estuviera hecho expresamente a la medida de sus deseos, y cuantos se acercaban a ella entraban sin el menor esfuerzo en su juego. En aquellos momentos resultaba la imagen viva de la originalidad y la inteligencia. Seducía a cualquiera que se le aproximara, y cuando algo o alguien no le gustaba o rompía sus esquemas lo apartaba de su entorno sin mover un músculo, con la más cruel indiferencia.

»A pesar de todo yo suspiraba por parecerme a ella, aunque sólo fuera remotamente, y esperaba con verdadera expectación de fiel acólita uno solo de sus gestos de aprobación, y cuando esto sucedía lo aceptaba con humilde regocijo y me bastaba para seguir soportando su altanería. Así, todo empezó a finales de un verano cuando ella regresó de Ibiza, contando experiencias que a mí me parecían absolutamente fascinantes y modernas. Tenía doce años y mi cuerpo había cambiado lo suficiente como para que ella, la Reina de lo Desconocido y la Fascinación, reparara en ello. Jamás olvidaré la sensación de enorme satisfacción que sentí cuando me dijo lo mona y atractiva que me encontraba: "Podría presentarte a alguno de mis amigos. Les encantaría..."

»A partir de entonces me convertí en su cómplice y servidora. En los meses siguientes fui su correo y compradora. Me daba sobres cerrados que nunca se me ocurrió abrir, y yo iba a una casa en la calle Hermanos Miralles, muy próxima a la mía, donde los entregaba y a cambio, camuflados en una bolsa o paquete me entregaban ciertas cantidades de caballo. Por entonces ignoraba a cuánto ascendían, pero

más tarde supe que eran lo suficientemente importantes como para que ella camellera. Intuí que aquello no estaba bien, aunque sin saber con exactitud en qué andaba metida. Su gratitud y aparente compañerismo me recompensaban de todo y bastaban para mantenerme callada. Cuando empezó a tener problemas tampoco sabía cuán graves eran. Sin embargo, comencé a asustarme cuando me encontré sola ante sus primeras pasadas y la veía quedarse pálida y perder el conocimiento tanto tiempo que hasta llegué a creer que había muerto. Ya me había explicado que cuando sucediera algo así no se lo dijera a nadie en casa y llamase a alguno de sus amigos para explicarle lo que ocurría y esperar a que viniera. En una ocasión en que no encontré a nadie se lo expliqué a medias al abuelo, que como era boticario parecía saber curarlo todo. Fue, creo, el principio de su fin, porque más tarde hubo de confesarlo todo delante de mi madre y una amiga suya. Yo, no obstante, me mantuve fiel a "nuestro secreto", sin conocer el verdadero alcance de los hechos, pero ella aún era mi hermana mayor, Ada la Diosa, a la que intentaba parecerme.

»Creo que porque la quise tanto llegué a odiarla tan profundamente después. Me costó muchísimas lágrimas y años de profundas decepciones y amarguras reaccionar ante la cruel realidad: se había convertido en una yonqui y estaba enganchada hasta el punto de no reparar en el daño que nos causaba a cuantos vivíamos con ella. La decepción que sentía no me dejaba vivir, afectó en lo más hondo a mi persona y durante muchos, muchos años, mi vida pareció convertirse en una pesadilla que se repetía incesantemente, y cuando me suplicaba ayuda y comprensión me resultaba imposible complacerla, pues mi capacidad para atender sus demandas estaba agotada. Fue entonces cuando empecé a odiarla como espero que jamás vuelva a odiar a nadie.

»Durante años nuestras vidas se limitaron a intentar sobrevivir a su tragedia, y le guardé gran rencor por necesitar tanto de todos, por acaparar cada minuto los pensamientos y el tiempo de mi madre, por mi adolescencia, que transcurrió en la más profunda de las soledades, ya que me sentía como un naufrago que sólo se tiene a sí mismo para sobrevivir en medio del océano, rodeado de peligros desconocidos y sobre los que nadie le había advertido.

»Con los años aprendí a perdonar los errores que se cometen al intentar vivir la vida, y supe que debía hacerme responsable de los míos. Y aunque es verdad que cada paso equivocado me ha dejado un regalo de humildad y humanidad, lo pasé muy mal y he necesitado demasiado tiempo y la realidad abismal de la muerte para curar las heridas de una batalla en la que nunca sabré por qué me vi metida.

»Agradezco cada día estar y sentirme viva, pero no puedo evitar sentirme perpleja por el terrible precio que han pagado muchos seres entrañables que algún día formaron parte de mi vida... (¡Quién sabe, podría haberme tocado a mí!)»

Es así el siniestro mundo de la heroína. Las relaciones de las hermanas pasaron por muy diversos estadios; desde una compenetración total, basada en el silencio más absoluto, que equivalía a complicidad, hasta una lucha sorda por los afectos en la que las principales armas eran el odio, la envidia, la codicia y el desamor.

La heroína, la droga por antonomasia, la Señora de las Tinieblas, el Caballo de la Muerte, es el infierno de nuestro mundo materialista, alejado de las creencias religiosas; y sus acólitos, los yonquis, que adoran al becerro de los narcotraficantes y los intereses político-económicos internacionales, que utilizan como correos a los mismos consumidores; es raro un camello que no lo sea y no esté metido en ella hasta el fondo. La historia es muy larga, el entramado muy sucio, y en estas páginas no hay cabida para ellos, aunque sean la élite, los que sobreviven como zombis de lujo, porque de vez en cuando pueden dejarse unos millones en las clínicas donde les cambian la sangre, y porque el lujo en que viven les aísla de la sordidez de los pobres yonquis marginales que utilizan una chuta para todos y el agua de un charco para preparar el «puchero», por no mencionar las adulteraciones que sufre el caballo desde su punto de origen hasta que llega a las maltrechas venas de estos desgraciados.

Cuando empezaron a entrar en la historia los extraños que habrían de convertirse en familiares políticos, todo empezó a desvirtuarse con nuevas opiniones y temores a quedarse con lo que ella me robaba a mí y que ellos entendían sería suyo algún día. Las disputas que sobrevinieron, en las que yo siempre servía de muro de choque, eran terribles y vergonzosas. Así, las hermanas se pasaron años sin dirigirse

la palabra, y no sólo eso, sino distanciadas de mí. Llegué a la conclusión de que el caballo lo ensuciaba todo, mataba los afectos, deshacía los lazos familiares y los impuestos genéticamente por la sangre. Nada ni nadie se salvaba de su mortífero influjo, por eso lo comparo con el Apocalipsis.

Así, y después de haber expresado sus sentimientos como ha quedado expuesto, un año antes de la muerte de Ada, Beatriz le escribió la carta que a continuación transcribo y que nunca le dio. Yo la leí tiempo después y creo que sirve para reafirmar cuanto llevo dicho y el sentimiento de culpa que nos dejan, a pesar de todo, a quienes quedamos vivos:

Querida HERMANA MAYOR:

¿Cómo se empieza? ¿Cómo se rompe un muro endurecido por las heridas y los resentimientos acumulados a lo largo de los años?

1.a equivocación (ya me lo estaba esperando): heridas y resentimientos quedaron atrás, cuando la experiencia consiguió su efecto balsámico y las convirtió en tolerancia y comprensión. Gracias, tú nunca lo has sabido, pero a ti te debo esa parte de la persona en que intento convertirme cada día.

Tú sabes bien que con el tiempo cada vez me resulta más difícil expresar lo que de verdad pienso y siento en cada momento; en el fondo ambas sabemos que yo he intentado apenas lograr ser la persona en que tú estabas destinada a convertirte. Puedes estar segura de que no pretendo herirte cuando «confieso» que sé de sobra que si no te hubieras perdido por las encrucijadas que la vida nos presenta a cada uno, yo habría tenido que luchar aún más duro por brillar con luz propia; tú sabes, aunque no quieras o no seas capaz de pararte a pensar en ello, que tus límites en esta vida estaban a años luz de lo que has obtenido. No pretendo ser cruel, sé lo que duele el propio fracaso, porque nos vemos las caras a diario él y yo, sólo quiero dejar constancia de tu auténtico valor: era y es inigualable, y aunque sólo fuera por eso, siempre te he amado, admirado y respetado como a mi auténtica HERMANA MAYOR. En todos los años que me queden por vivir,

sé que sólo voy a tener una imagen única de mi hermana-modelo: lealtad, fortaleza y entrega.

Suena a panfleto bélico, pero la realidad es que tu manera de vivir tu propia vida, a pesar de tus equivocaciones, da la suma de todo eso. Quiero pedirte perdón por mi orgullo, soberbia y altanería, creo que en el fondo me conoces muy bien y sabes que sólo son armas de defensa que me he ido creando a medida que las necesitaba. Siempre hemos sabido leer cada una de nosotras las entrelineas de nuestros corazones, ¿no? Nos hemos hecho sensibles al unísono ante cada situación que se nos ha planteado: tenemos la misma madre, hemos disfrutado de idénticas oportunidades, etc... Lo que ocurre es que en las encrucijadas cada una intentó encontrar su propio camino de salida.

Ahora nos parece que la equivocada eres tú, pero ello sólo depende y dependió de nuestras circunstancias, tan diferentes cada vez. Sólo el tiempo nos podrá juzgar y será el encargado de ponernos a cada una en el lugar que nos corresponda. Espero que mis palabras logren conseguir la única intención que persigo: te quiero mucho y en un tiempo te admiré. Sé que mi error consistió en reprocharte los que tú cometiste al intentar vivir tus propias experiencias. Tú eras mi canon, mi modelo a seguir; durante largo tiempo ésa fue la excusa con que justificaba mis propios errores. Y cuando conseguí comprenderlo, mi siguiente error consistió en no ser lo suficientemente humilde como para reconocerlo.

Hace muchísimo tiempo que deseaba confesarme, abrirte mi corazón y, dejándolo desnudo, poder decirte cuánto te quiero, cuánto extraño a mi propia Ada, a la que yo conocí y a la que tanto añoro, ¿dónde se quedó?, ¿qué hice yo para abandonarla en el camino...? Tienes tanto que reprocharnos a todos... En lo que a mí se refiere has de saber que nunca lo conseguiré descargar de mi conciencia; habré de vivir con ello para siempre, como con todo lo bueno que aún guardo de ti, y que es el único consuelo que nos queda a todos.

Te quiero mucho y no sé cuánto tiempo nos queda para poder demostrártelo. Espero que el necesario para corregir los errores de toda una vida.

Se despide con un «Besos y todo mi amor», seguido de una posdata en la que le pide que no enseñe esta carta a nadie: «Sé que eres única guardando algunos secretos. Deja que esta carta sea nuestro único y supersecreto ¿vale?»

«Esta carta —me dice Beatriz—, es la conclusión de tantos años de decepciones, de odio, de dolor, de sentirme relegada por ti (no sé si mis hermanos pensarían igual en aquellos momentos). Ada y sus problemas parecían ser lo único que merecía tu atención.»

He meditado largamente y me doy cuenta de que mi familia, incompleta desde la marcha del padre y sobre todo a causa de su abandono total, empezó a resquebrajarse sin yo advertirlo. No supe o no pude estar en todos los frentes, cubrir los vacíos. ¡Eran tantos. ..! De todos, el que más me preocupaba era el económico, y en ello empleaba todo mi tiempo y relegaba mis aspiraciones profesionales, pero ¡claro!, con ello dejaba sin cubrir otros frentes, como el afectivo, el formativo, el psicológico y el sentimental. Mis hijos eran muy pequeños para comprender que su hermana mayor estaba en el filo de la navaja y había que emplear grandes esfuerzos para que no se cortara...

Han pasado los años suficientes como para hacer una historia objetiva y llegar a conclusiones de la misma índole. Yo no supe hacerlo, es verdad; quizá a causa de mi carácter a lo Juana de Arco, salvadora de desahuciados. Ya me había ocurrido con mi marido. Le di demasiada importancia a lo material, pero en la actualidad, y al repetirse la historia en algunos puntos, me veo haciendo lo mismo. Desgraciadamente vivimos en una sociedad tan consumista que los más jóvenes exigen lo que se les mete machaconamente por la vista y por los oídos. Es muy difícil sustraerlos de ella. Y me siento vieja y cansada para iniciar una escapada hacia otra forma de vida más natural, más sencilla y más atractiva, al menos, para mí. A pesar de todo, esta sencilla reflexión no significa que vaya a «tirar la toalla», frase que en los últimos tiempos le repetía a Ada para sacarla de su abandono y de la que finalmente se burlaba porque sabía que no sería capaz de ello.

Al mismo tiempo, en el país se vivía la agonía del franquismo, con el propio general muriendo lentamente en el Hospital de La Paz. En las redacciones de los periódicos se confeccionaban especiales con el suceso que quedaban obsoletos al cabo de pocos días; las guardias en

la redacción se habían convertido en habituales y ya no sorprendía el tintineo de las campanillas de alerta del teletipo, al que ya no acudíamos corriendo y en tropel esperando leer el fin del dictador; nos habíamos acostumbrado a que fueran los partes del equipo médico habitual, o los fusilamientos del Goloso, la última sangrienta victoria franquista contra los demonios del comunismo y la masonería, que tanto enturbiaron la vida de Franco.

La madrugada del 22-N me sorprendió, recién llegada del periódico, con una llamada telefónica en la que un compañero sólo me dijo «¡Ya!», seguido de un «¡Vente corriendo!». Cambié el baño sedante que me estaba preparando por una rápida ducha y volví a vestirme. En la redacción me encontré con todos los compañeros y un ritmo de trabajo febril, a pesar de lo cual tuvimos tiempo para brindar.

La falta de libertades de los últimos años se hacía más patente aún en la profesión periodística. Ante la inoperancia y la dictadura del último presidente de la Asociación de la Prensa de Madrid, a la que no sólo había llevado a la ruina económica sino a la ausencia de protección profesional; ante los atentados a El Pápus, El País, y a personas como Vinader, un grupo de profesionales —la mayoría pertenecientes a la Asociación—, decidimos formar la Unión de Periodistas. No éramos «un grupo de rojos», como querían hacer creer algunos para desprestigiarnos, ni unos advenedizos o esquirols de la profesión en busca de reconocimiento. Éramos magníficos profesionales, en su mayoría de mucho prestigio; columnistas, subdirectores de periódicos y directores de las publicaciones más importantes, como Triunfo, Cuadernos para el Diálogo, Revista de Occidente; redactores y directivos de emisoras de radio, entre ellas, la Nacional, así como de TVE. Y entre nosotros los había de todas ideologías, desde conservadores, liberales, demócrata cristianos, social demócratas, hasta socialistas y comunistas. No estábamos unidos por más ideología que la libertad de expresión y hasta llegamos a formar un partido, ULE (Unión por la Libertad de Expresión), que aunque no llegó a presentarse a los primeros comicios democráticos por falta de medios económicos, figuró en las pantallas de los resultados en las primeras estimaciones de voto.

Dos años después la Unión de Periodistas, a la que nos afiliamos todos los profesionales democráticos, convocó la primera entrega de

premios a la libertad de expresión, en la que me otorgaron uno por mis «Crónicas parlamentarias», publicadas en el diario Arriba. Una placa plateada, sin gran valor material, y ningún dinero, pero un lema que era el motivo del premio: «LA DEFENDIÓ», lo convirtió en el máspreciado de los premios que he ganado a lo largo de mi vida profesional y que conservo orgullosa sobre mi mesa de trabajo para no olvidarlo nunca.

Éste era el ambiente en que vivían mis hijos. Rodeados de libros, de música, de amigos políticos e intelectuales que visitaban asiduamente mi casa, y siempre un emblema: la libertad, que era mi ideario profesional y personal.

Muchas veces se lo comentaba a los mayores para recalcar que el caballo, como cualquier otra droga adictiva y prohibida, era todo lo contrario a la libertad; más o menos como meterse voluntariamente en una cárcel con condena indefinida sin esperanza de indulto. No decían nada, y yo creía que meditaban sobre este punto... Bueno, creo que quizá ésta y otras consideraciones ayudaron a mi hijo a no convertirse en yonqui y a que su adicción quedara en una escapada juvenil, y convencido finalmente de que había jugado con fuego y había tenido la suerte de no sufrir quemaduras de consideración.

ADRENALINA DIRECTA AL CORAZÓN

Nunca había querido hacer información política, y que conste que no digo parlamentaria, en las cortes franquistas. Naturalmente, el periódico tenía su cronista, que era el mismo que el de TVE, y cuando me habían pedido que fuera era por ausencia suya, lo hice. Ahora, en cambio, con la democracia, el que dejó su puesto, aunque sin decirlo explícitamente, fue él, y en ese momento el subdirector me sugirió la idea de que lo sustituyese.

Me concedieron la acreditación de inmediato y llegué a tiempo para presenciar y narrar las primeras sesiones de la Legislatura Constitucional. Desde ese instante comprendí que era un acontecimiento histórico, sin parangón en más de un siglo. Durante las cuatro décadas de dictadura franquista habíamos vivido bajo el Fuero de los Españoles y no habíamos conocido, más que por referencias históricas, la Constitución de 1812. Me dediqué a mi nuevo cometido con todo el ardor profesional posible, asistiendo a sesiones que a veces se prolongaban por espacio de doce horas. Tenía ante mí a todos los personajes que habían configurado la historia contemporánea, sobre todo la que no se había podido contar, la prohibida. Dolores Ibarruri, la legendaria Pasionaria, presidió, como si de una talla de roble y marfil se tratara, el primer pleno de aquella etapa parlamentaria, y junto a ella Santiago Carrillo, el secretario general del recientemente legalizado PCE, el Partido Comunista de España, y sus veintitún diputados; Felipe González, ya no Isidoro, y Alfonso Guerra, secretario general y vicesecretario de un Partido Socialista Obrero Español, PSOE, autorizado meses antes y que iba a celebrar en Madrid su primer congreso legal; los «siete magníficos» de Alianza Popular, con don Manuel Fraga al frente, jugando a la nueva democracia; los nacionalistas Miquel Roca, Xabier Arzallus, Paco Letamendía; los democristianos, con el genuino fundador, Gil Robles... Y hasta el ultra Blas Pinar, ocupando el único escaño que obtuvo en las urnas su escandaloso partido Fuerza Nueva... Y la gran masa, Unión de Centro Democrático, la UCD, liderada por Adolfo Suárez, que aglutinó en torno a él a una gran mayoría de derechas, demócratacristianos, liberales y socialdemócratas.

Se trataba de un despliegue de las libertades de la mano de la ley de la reforma política que abría las puertas a la democracia. Había que tomar muchas notas y no perder ni una de las múltiples noticias o hechos noticiables que se producían de continuo. Desde el ronquido de una de las venerables señorías, hasta las enmiendas que despertaban la risa general de la Sala Constitucional, como la de Paco Letamendía, de E.E., que pedía la libertad sexual en las prisiones, o el comentario a otra enmienda a la ley de divorcio, recusada por don Laureano López Rodó, como se sabe soltero y del Opus Dei, a quien se le dijo: «Pero hombre, Laureano, a ti qué te importa el divorcio si eres maricón y del Opus. Di que sí de una vez.» Eran más de las once de la noche y la sesión había comenzado a las nueve de la mañana.

Políticos y periodistas compartíamos tantas horas que llegamos a ser grandes amigos, a lo cual contribuía también el viejo bar, situado justo en la entrada principal del Congreso, en la puerta de los Leones, que sólo se abre en los grandes acontecimientos a los que acude el Rey. Pues bien, aquel viejo y memorable bar, donde se había «cocinado, aderezado, salpimentado y aguado» la historia del último siglo, seguía siendo el punto de encuentro de periodistas y políticos, donde se iniciaban los consensos que terminaban en algún restaurante de la Carrera de San Jerónimo, en el transcurso de cenas altamente secretas de las que casi siempre teníamos noticia los informadores. Todos estaban a la mano para entrevistarlos, para oír sus comentarios y repetirlos en nuestros medios.

Y la amistad se reforzaba en las tertulias que se organizaban a última hora de la tarde en aquel mismo bar en que, además de tres o cuatro periodistas, acudían políticos de todas las ideologías; diputados, senadores, ministros, subsecretarios y altos cargos, pero también secretarías de componentes de la Mesa y algún que otro veterano ujier. Resultaban auténticas lecciones de historia, de política y, sobre todo, de ejercicio democrático, además de un magnífico lazo para estrechar amistades, siempre según afinidades, más que políticas, humanas.

En ocasiones Ada iba a buscarme al Congreso, y armó más de un revuelo imponente. Sus señorías la describieron como una maravilla tal, que la convirtieron en una leyenda de belleza, elegancia y hermosura, de la que aún hoy hablan algunos nostálgicos. Alguno,

como el presidente de la Cámara baja, se enamoró perdidamente de ella, y su coche, seguido del de los escoltas, hacía guardia permanente a la puerta de mi casa; eso por no mencionar las flores que le enviaba, casi siempre rosas y rojas, que inundaban literalmente el salón. Ada decía de él que era un señor muy simpático y generoso, pero que se aburría mucho con él y sus amigos se reían cuando los veían juntos en alguna discoteca de moda o en Bocaccio, que era el punto de reunión y copas de casi todos, periodistas y políticos; de algún otro, ministro o subsecretario, hacía parecidos comentarios, y yo me veía asaltada por ellos en los pasillos —la «M-30», como la llamábamos los periodistas—, que circundan el hemiciclo y aledaños. No podía contener la risa ni los comentarios jocosos viendo a aquellos sesudos varones en situación tan ridícula. Porque todos querían que yo, su madre, les ayudara en sus aviesos planes. He de decir, en honor de mi hija, que sólo les sacó algún dinero, poco, y nada más. No se aprovechó de sus debilidades, casi seniles, de viejos verdes que habrían sacrificado cualquier cosa con tal de obtener los favores de la niña.

Pero no puedo generalizar, ya que la mayoría, impresionados por su belleza y estilo, se ponían a mi disposición, amistosa y caballerosamente, para ayudarla, pues yo, en mi desesperación por hacerle dejar el caballo, lo había comentado confidencialmente con ellos.

Ya estaba curada de la hepatitis, pero en los análisis de seguimiento que el médico consideró oportunos seguían apareciendo unas transaminasas muy altas, que indicaban que su hígado no estaba bien. Había abandonado el severo régimen seguido durante un mes y hacía una vida, más que normal, enloquecida. Apenas coincidíamos en casa, pues ella llegaba cuando yo salía, y siempre la misma apostilla: «Hija, tenemos que hablar. Esta vida que llevas no es posible...» Yo, quizá sin querer saber porque me hacía la ilusión de que el peligro había pasado, no concretaba el momento, y ella ni siquiera contestaba, como dando por sentado que no le interesaba demasiado la conversación.

No había superado el abandono de su padre y el creerse suplantada por su prima, antes también su amiga, en el amor paterno. Era inteligente, sensitiva y sensual, lista sólo para conseguir lo necesario en cada momento, y absorbente, tremendamente posesiva. Aunque locuaz y extrovertida en apariencia, cuando guardaba un secreto era

como una tumba y sólo decía lo que quería, eludiendo hábilmente las respuestas que no deseaba.

Poco a poco, y precisamente por sus características, yo iba sabiendo cuándo mi hija estaba o no colocada. Hablaba sin parar, con un tono de voz machacón y alto; repetía las historias y se le iba el hilo de las mismas; las pupilas se le dilataban visiblemente en sus hermosos ojos claros y continuamente, como en un tic nervioso, se llevaba la mano derecha a los mismos con un gesto de retirar invisibles hilos, cabellos o yo qué sé de las pestañas. Y ya hasta por teléfono notaba en su voz el tonillo. A pesar de todo me convencía a mí misma de que últimamente no se ponía e intentaba convencer a los míos de que era así, sin escuchar su réplica, sencillamente porque no quería. Cierta vez regresé a casa antes que de costumbre, a última hora de la tarde y encontré un gran revuelo. Ada yacía en el suelo, inmóvil; a primera vista, sin vida. Mi padre se preparaba, con toda la parafernalia de antiguo practicante, a ponerle una inyección. Sobre la mesa del salón, junto a la entrada, el pequeño infiernillo de alcohol, la vasija ovalada donde hervía la jeringa de cristal y unas cuantas hipodérmicas de gran tamaño; el frasco del alcohol, el algodón y un envase en el que se leía «Adrenalina». Su semblante denotaba una gran preocupación y el cigarro que habitualmente mantenía en la comisura derecha de la boca, más bien a modo de tic nervioso que por ser fumador empedernido, visiblemente apagado y mordisqueado.

—¿Qué pasa, padre, qué ha hecho la niña esta vez? Porque parece como si estuviera... ¿muerta? —pregunté con un hilo de voz mientras me agachaba y la tocaba. Realmente estaba fría, sin pulso. Sentí cómo el mío se aceleraba y el corazón se me salía, materialmente, por la boca. Al intentar incorporarla, noté algo caliente y viscoso. Era sangre.

En aquella habitación había mucha gente: mis hijos, mi sobrina mayor y su novio, dos amigos de Ada y mi padre, y el silencio era sepulcral.

—Pero bueno —exclamé—, ¿nadie puede decirme qué ha pasado?

—Tranquila, hija, tranquila —dijo mi padre mientras, jeringa en mano, se agachaba sobre ella, desabrochaba su blusa y buscaba el sitio exacto donde introducir la larga aguja, de más de veinte centímetros, y certeramente, con pulso firme, la llevó directamente al corazón, donde vació la carga de adrenalina. El efecto fue casi inmediato. Habían

pasado breves minutos desde que yo había hecho mi aparición y todo fue tan rápido y real como una pesadilla. Ada despertó en segundos, como de una pesadilla; estaba viva, con los ojos abiertos y balbuceando: —¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado? Sin pensarlo dos veces y al tiempo que la ayudaba a incorporarse, ayudada por mi padre y rodeada por los enmudecidos acompañantes, le propiné un sonoro bofetón que la hizo volver en sí del todo. Luego, un tremendo silencio que fue roto por un fuerte quejido de mi hija, mientras rompía a llorar, se llevaba la mano a la enrojecida mejilla y me increpaba:

—¡Pero tía!, ¿de qué vas, joder, de qué vas? Me sentí mal, culpable, como otras tantas veces, y las miradas reprobatorias, fijas en mí —las sentía en el cogote— así lo confirmaban. Mala madre, irresponsable, cómplice; un fracaso, en fin. Esos pensamientos bloqueaban mi mente y me obligaban a permanecer en silencio, sin atreverme a preguntar por qué. Lo rompió la canción de Serrat: «Se equivocó la paloma. / Se equivocaba...» Y las voces empezaron a sonar, como si nada hubiera pasado. Al cabo de un buen rato alguien, no recuerdo exactamente quién, comenzó escuetamente el relato, tan sencillo como que Jorge, el novio de mi sobrina mayor, el famoso e internacional camello, cliente de la factoría Tailandia, Tai para los iniciados, había traído sugar brown, una clase de heroína especial, pura y buena y Ada se había dado un homenaje, metiéndose un chute con la misma cantidad habitual para ella, pero sin tener en cuenta la pureza del producto, lo cual le había producido un desfallecimiento instantáneo —las heridas de la espalda se las había hecho al resbalar junto a una librería apoyada en los tiradores de la misma, que desgarraron su piel, de la que quedaron jirones—, al mismo tiempo que sufría un paro cardíaco. Afortunadamente mi padre, guardián de mi prole, estaba en casa, como casi siempre a esas horas, y tras exigir la verdad desnuda a los presentes, valiéndose de toda clase de amenazas y sin atreverse a llamar a un médico de urgencia, dispuso del remedio, casi siempre infalible, de la inyección de adrenalina directa al corazón, que como luego me enteré podía ser un arma de dos filos, pues la precisión en el lugar del pinchazo y el conocimiento anatómico del cuerpo humano eran imprescindibles para llevar a buen fin la operación que, de lo contrario, podía resultar la puntilla. El esfuerzo de mi anciano padre se

hizo evidente en los siguientes minutos, y al que tuvo que administrársele un tónico cardíaco fue a él.

Era necesario tomar una determinación drástica ante el drama que se había desarrollado en el improvisado escenario del salón de mi casa. Mis otros tres hijos estaban desconcertados y seguramente esperaban una reacción enérgica por mi parte. Y así empecé a darme cuenta de que todos estábamos metidos en el mismo barco que mi desgraciada hija mayor, como si también nosotros fuéramos adictos de más de dos gramos diarios de caballo y nuestras vidas dependieran, como la suya, de las veleidades del asqueroso tráfico y de los enjuagues que con él hacían los camellos para enriquecerse con nuestros destinos, poniendo el punto final a los mismos cuando a ellos les parecía oportuno.

Hacía ya tiempo que mi hija y la heroína se habían adueñado de gran parte de mi tiempo, de mi cerebro y de mi sueño. Aquella noche no pegué ojo, sopesando los pros y los contras de mil ideas que daban vueltas en mi cabeza, sin encontrar solución alguna, y cuando parecía que daba con ella, había de desecharla de inmediato pues no era viable. Fue entonces, quizá, y porque aquella tarde la vi de cerca, que pensé en la muerte; en la suya o en la mía, pero ambas me parecieron una derrota a priori o una retirada vergonzosa ante el enemigo. Aquella tarde había llegado antes a mi casa porque tenía trabajo, y no había hecho nada; dispuesta a no tomar ni una copa, y de madrugada casi estaba borracha; dispuesta a no tomar ni uno solo de los somníferos que me recetaba el psiquiatra, y sustituyéndolos por lingotazos de whisky que me hacían perder la noción del tiempo y de mi propia identidad. Me encontraba sola, hablando conmigo misma, que es la peor de las soluciones a la soledad, increpándome y disculpándome. Añoraba al padre de mis hijos, no a mi marido, quizá por lo que él debería haber representado de autoridad y fuerza, de lo que oficialmente se llama «el cabeza de familia». Pensé en llamarle, sin importar la hora que era, pero de inmediato caí en la cuenta de que ni siquiera sabía dónde encontrarle fuera de las horas de trabajo, como si se tratara de un desconocido, y en efecto lo era para esas cuestiones, ya que no se responsabilizaba de la parte que a él le correspondía en esa sociedad que habíamos formado al casarnos y de la que las principales acciones eran nuestros hijos. Decidí llamarlo en cuanto se hiciera de día para ponerle al corriente de cuanto estaba sucediendo con

su/nuestra hija mayor. ¿O quizá ya lo sabía? De cualquier modo pensé que debía estar al corriente y tomar la parte de responsabilidad que le correspondía. Las cosas habían llegado a un punto decisivo y la tarde anterior la muerte había rondado muy cerca nuestra casa.

Apenas dormí dos horas, si dormir se le puede llamar a una pesadilla continua e inconexa, repleta de horrores que yo contemplaba, como siempre, desde lo alto de una larguísima escalera que de repente desaparecía y me dejaba situada en el vacío. Desperté a Ada, que afortunadamente para ella no recordaba cuanto había pasado unas horas antes, y le comenté la idea de que fuéramos a ver a su padre...

—Si tú quieres... —dijo.

—¡No! —exclamé—, no es que yo quiera, es que creo necesario que sepa en lo que estás metida. Es tu padre, ¿no?

—Él tiene la culpa de todo y no creo que le importe. ¿Todavía no te has dado cuenta de que no le importamos nada?

Quedé con él después de comer, en el despacho de la agencia de publicidad donde trabajaba. Hacía años que no nos veíamos —tanto tiempo como él a sus hijos—, y la verdad es que aún sentía cierto cosquilleo al pensar en el encuentro. Nunca he negado que fue el primero y único amor de mi vida y que tardé casi toda mi existencia en superar su abandono y su ausencia, pero nunca le perdoné su falta de interés, o simple curiosidad, por sus hijos, que al cabo del tiempo empecé a considerar como sólo míos.

La entrevista fue tensa desde el principio. Él no era muy locuaz y yo, en aquella ocasión, no sabía por dónde empezar, porque no se trataba de hacer un relato pormenorizado de sus dejaciones, la falta de interés por los hijos, sus mentiras y engaños continuos, ¡no!, estábamos allí para hablar de Ada, de su enganche, de que la tarde anterior había estado en un tris de palmarla y, sobre todo, de que él era su padre y algo tenía que hacer... Oía mis palabras en silencio, sin mover ni un músculo de la cara y, como siempre también, derramando lágrimas que se deslizaban por sus mejillas y hacían aún más hermosos sus ojos claros, azul grisáceos, iguales que los de su hija, que podían ser tan fríos y distantes como un abismo inmenso o lastimosos y tiernos como los de un bebé recién nacido y hambriento o un condenado a muerte.

Ada siempre le había culpado de sus desgracias, reprochándole su abandono y el engaño a que nos había sometido.

—Supongo —le dijo— que el amor que sientes por Andrea es superior a todo. Es la única disculpa que tienes.

—Yo siempre he estado enamorado de tu madre —fue la respuesta de él.

Mi hija se levantó y le escupió en el rostro:

—¡Tío, tú eres un cabrón! O sea, ¿que lo has mandado todo a tomar por culo y encima me dices con todo el morro que no estás enamorado de esa tía?

La chica estaba indignada y tuve que sujetarla para que no le agarrara por el cuello. La entrevista terminó así. Cuando bajábamos por las escaleras, Ada me decía, con indignación aún en la voz:

—¿Ves para qué ha servido que le cuentes a este tío que soy una yonqui y que ayer casi la palmo? Le importo un huevo, y tú y mis hermanos otro tanto. Te lo digo, madre, es un cabronazo y tú una masoca que sigues enamorada de él. ¡A mí no me lo niegues! No volvimos a saber de él hasta algunos años después. Sin comentarios. A pesar de todo, y creo que es de las pocas cosas que he hecho bien en mi vida, él siguió viviendo fuera de Madrid por su trabajo (versión para mis hijos pequeños) y nunca les hablaba de él; ni bien, ni mal. La menor lo conoció físicamente cuando tenía diez años y no le gustó; sólo lo había visto en fotografías de su época de estudiante, y de nuestra boda, claro, habían pasado muchos años. Beatriz, la tercera, dos años mayor, lo puso en cuarentena como padre; había vivido trece años sin él y podía seguir haciéndolo para siempre. Era su padre biológico, pero el título de padre había de ganárselo rellenando los cientos de páginas en blanco, que estaban así porque yo había decidido no escribirlas con renglones torcidos ni distorsionados. Lo único que hizo, con los años, fue llenarlas de borrones.

Al salir a la calle miré el reloj. Sólo eran las cinco y casi empezaba a anochecer. Habíamos estado en aquel despacho menos de una hora. Juraría que había pasado un siglo. Me zumbaban los oídos y sentía un calor insoportable en las mejillas y en las orejas. ¿Estaba avergonzada? Tal vez... Pero estaba avergonzada de mí. No me atrevía a mirar a mi

hija, no sabía qué decirle. Era una situación realmente ridícula, como si yo fuera la culpable. Tenía ganas de gritar, de llorar, de vomitar, de desaparecer. Me sentía ridícula e impotente. Miraba a mi hija, una hermosa hembra, una adolescente, una «muchacha en flor», que diría Proust, y no veía su sombra; sí, en cambio, su semblante demudado y frío, tocado por la muerte como la había visto horas antes, y yo misma me sentía morir. Más tarde, cuando llegó aquel funesto 24 de enero de 1996, supe a ciencia cierta que mis predicciones eran acertadas: con ella se fue parte de mi hálito de vida.

—Vamos a tomar algo —le dije agarrándola del brazo y metiéndola sin escuchar su respuesta en la cafetería contigua a la agencia de publicidad donde trabajaba su padre.

Pedí dos copas, como si fuera con una amiga. Ignoraba si mi hija bebía.

—No, madre, yo me abro, me esperan Jens, Pablo, Leo y otros colegas. Además, la verdad, empiezo a tener mono, te puedes imaginar... ¿Me das algunas pelass?

Le di las pelass, no recuerdo cuántas; me imaginé su mono y me quedé sola en la barra, con dos copas delante de mí. Entonces recordé quién era, mis obligaciones, mi trabajo, mi realidad en fin. Ya estaba en el paréntesis, y empezaba a notarlo. Fuera, el tiempo tenía una dimensión distinta y la realidad toda un matiz diferente. Sin ir más lejos recordé que a las siete había reunión de la junta directiva de la Asociación de la Prensa, de la que era vicesecretaria. No podía faltar: era la primera junta democrática, tras la muerte del dictador, y yo era delegada por la Unión de Periodistas. Era, como decía el presidente y compañero de promoción de la Escuela Oficial de Periodismo, «nuestra roja», aparte de la única mujer de aquel elenco de profesionales de la comunicación. Y andábamos a vueltas con un tema tan importante como el de la unidad de la profesión, aparte de sanear las finanzas, maltrechas por la pésima administración anterior, de nuestro colectivo. A las nueve tenía una entrevista importante con un líder de la oposición y luego una cena en el club Siglo XXI. Y, por supuesto, la cabeza repleta a rebosar de mis asuntos propios. Recordé a mi amigo Rolf Anger, un alemán cuadriculado, marxista, que decía tener compartimientos en el cerebro, que abría y cerraba a voluntad, sin que los asuntos de unos interfirieran en los otros. ¡Ah!, y en

cualquier momento tendría que ir al periódico y escribir mi crónica del día siguiente. La tercera de hueco me esperaba. Volví a mirar el reloj: las cinco y media. Me daba tiempo de ir al periódico, escribir en quince minutos y marcharme a la Asociación. Castellana arriba y en cada semáforo que me parecía interminable iba dándole forma a mi crónica parlamentaria, mirando las notas de mi pequeño bloc. Empezó a llover y el tráfico se hizo lento, aburrido y sonoro de cláxones. Cuando llueve los conductores se vuelven lentos y agresivos, inseguros y peligrosos... La imagen de Ada tendida en el suelo y sin vida, la enorme jeringa que mi padre le llevó hasta el corazón llena de adrenalina se repetían en mi cerebro intermitentemente, pero dominándolo todo. No podía dejarla en su compartimiento estanco; nada de cuanto conformaba mi vida permanecía en su sitio; las imágenes saltaban de un lado para otro ante mis ojos, formando una especie de calidoscopio de mi propia existencia: un ojo, un árbol, una playa, un dedo con un anillo, un bebé, la estola de un sacerdote, una corona de espinas, las cuentas de un rosario, un billete de metro, el volante de un coche y la voz de Armando Manzanero: «Esta tarde vi llover / vi gente correr / y no estabas tú...»

Desperté en mi cama, en mi habitación, en mi casa. Casi no sabía cómo. Repasé mi noche anterior y miré el reloj (es curioso que siempre necesite un reloj cercano que me recuerde mis obligaciones). Lo había hecho todo y mis últimas imágenes eran de la cena homenaje en el club Siglo XXI a Adolfo Suárez, aún ministro secretario general del Movimiento y presidente del Gobierno al cierre de la publicación. Sobre mi mesa de trabajo encontré una nota de mi padre para que llamara urgentemente al director del semanario en el que hacía tiempo publicaba una sección, «Dos Españas diferentes», por la que habían desfilado personajes de la vida social, profesional y política que quedaban enfrentados por sus ideologías, ya que las preguntas eran idénticas para todos. Aquella semana le tocaba el turno a dos directores de periódicos: Rafael Calvo Serer y Emilio Romero. Este último, maestro indiscutible de periodistas, cuya pluma brillante y acerada resultaba tan temible como admirada, era conocido por su inquina política y su antigua enemistad hacia Suárez; hay quien hablaba de envidia profesional hacia su paisano, ya presidente del primer gobierno de la recién inaugurada democracia. Romero vertía

juicios nada favorables para Suárez, a quien auguraba su muerte política, porque era mediocre, intrigante y estaba acabado, pero ¡amigos míos!, sus opiniones al conocer la noticia del ascenso de su contrincante variaron de inmediato y necesitaba enmendar la plana cuanto antes y parar las máquinas, si era preciso para donde decía digo, digo diego.

Nada nuevo en política, donde se puede pasar de enemigo a posible amigo-benefactor en décimas de segundo. La sinceridad es virtud desconocida en estas lides, y el que se atreve a usarla con gallardía y perseverancia se queda en el rincón de los tontos. Siempre he pensado, y la realidad de los hechos me lo confirma, que jugar sobre el tapete político con cartas sin marcar equivale a exponerse a la ruina total como quien se aficiona a las máquinas tragaperras, a la ruleta o al póquer. Está demostrado que produce adicción, y que sólo se cura en los gabinetes psiquiátricos. Al principio el ludópata siempre encuentra a alguien que le deja dinero, pero a medida que la ruina se apodera de él y le ha despojado de todo, se le maltrata y se le echa del local con una patada en el culo.

La política es un juego de azar como otro cualquiera, un contubernio para aburrir al contrario con ofertas de eternidad y paraísos artificiales, y el poder es una peligrosa «droga dura» que una vez se prueba engancha igual que sus homónimas, y si no lleva a poblados marginales, al robo y a la prostitución física y material, lo hace a la moral, a jugarse la vida a la ruleta rusa, cuando no al infarto o al departamento de las almas perdidas.

La carrera de los recién nacidos partidos políticos, los numerosos grupos y grupúsculos que pugnaban por serlo o que se cobijaban a la sombra de los grandes —sin ir más lejos a la de la UCD—, se había convertido en un auténtico maratón en el que los periodistas éramos invitados de excepción. Se nos trataba bien, nos buscaban para hacernos confidencias y nos mimaban con la esperanza de que les ayudáramos a llegar los primeros a la meta. Así que rara era la jornada en que no hubiera tres o cuatro reuniones, desayuno, comida y cena —a veces hasta merienda o aperitivo—, a las que se nos invitaba, y hasta algún veterano, procedente de la política anterior, nos convidaba a las

mujeres periodistas —y hubo una importante eclosión de las mismas— a un conocido restaurante madrileño de cinco tenedores y después de un opíparo almuerzo y de rebuscar por todos los bolsillos de su indumentaria —la de los hombres tiene muchos—, y no encontrar ni dinero en efectivo, ni tarjetas de crédito, pedir a la periodista, que había acudido con la esperanza de una exclusiva, que le prestara el importe de la cuenta al señor diputado, quien naturalmente nunca lo devolvía y encima retiraba el saludo a la pagana. Hay que decir que este truco le duró lo que tres o cuatro compañeras tardamos en relatar el fraude del que creíamos ser únicas protagonistas.

Por aquellos días conocí en unas cenas organizadas por los liberales a un personaje político, distinto de la fauna habitual, para la que la vanidad y el orgullo eran denominador común. Los componentes de aquella llegaban a aburrir, porque eran muchas las horas que pasaba entre ellos. Eran, también es verdad, el banco de datos, por llamarlo de alguna manera, de mi trabajo, cada vez más prolífico y exitoso, aunque a mí me pareciera vacuo —porque escribir de lo mismo, en idéntico idioma, con diferentes matices, parece a primera vista una idiotez—, pero ocurría que me habían encasillado, y aquello era lo que me solicitaban los directores de los medios. Baste decir que por entonces escribía cuatro o cinco crónicas diarias de lo mismo para diferentes medios: prensa, radio y televisión (mis cuadernos de notas de aquellos días son irrisorios porque anoto para dónde es cada anécdota o sucedido, aparte de las cintas de entrevistas que conservo para reírme cada vez que me siento inútil).

Me resultaba cómodo y ganaba suficiente dinero; no tenía que reflexionar mucho y no me impedía pensar continuamente en Ada, cuya imagen era como un flash deslumbrante, sobre todo desde que había descubierto el peligro que suponía el caballo, bien llamado «de la muerte», porque fue la presencia de ésta lo que sentí al ver a mi hija tendida en el suelo, blanca y fría, inerte. Su imagen me invadía el cerebro, se superponía a cualquier otra, y así la tenía presente en el teclado de la máquina de escribir, en la voz del entrevistado de turno, sentada a mi lado en la tribuna de prensa del Congreso. Comencé a considerarla gravemente enferma, aquejada de una rara dolencia de la que no quería salir, ni ponerse en cura, y me sentía impotente, inútil, y

tal vez por ello necesitaba comunicárselo a quienes podían, teóricamente, ayudarme. Algunos lo hicieron, otros se apartaron de mí y me marginaron como si yo la hubiera iniciado en el rito de la heroína, y esas ausencias, casi imperceptibles al principio, iban minando parte de mi seguridad y mi fuerza, con lo que evidentemente cada vez era más débil y vulnerable para el combate, porque así es como debía plantearme la lucha por salvar a mi hija.

En muchos momentos añoraba mis años juveniles, aquellos en que mis creencias religiosas eran tan sólidas que hasta tuve vocación de carmelita descalza. Los años, las desgracias y la lógica habían ido apartándome de la fe y ahora envidiaba a los que se refugiaban en ella y veían en los sinsabores de la vida la mano de Dios. Tal vez por ello comenzó a atraerme el personaje que conocí en la cena de los liberales y del que ya había oído hablar. No era sólo su valía política, sus ideas liberales renovadoras para que la anquilosada derecha española se convirtiera en un auténtico partido conservador de corte europeo con futuro de gobierno, ni el que en su famoso despacho de notario se guardaran casi todos los secretos, del alto Estado Mayor, de la banca, de la diplomacia y hasta de la Corona, lo que más me atraía de él, y ni siquiera el que fuera cofundador de Alianza Popular con Fraga, un peso muy pesado de la política española y que se vislumbraba como necesario para que la democracia recién inaugurada en nuestro país se hiciera fuerte.

De hecho, su partido fue el primero en la oposición al Socialista, perfilando certeramente lo que sería la alternancia en el poder, aunque unos y otros habrían de estar ayudados por los nacionalistas sin hacer dejación de la unidad del Estado.

Félix Pastor, es el nombre de este personaje, entendía perfectamente las aspiraciones de las nacionalidades históricas basadas en hechos irrefutables. Su padre había crecido en Cataluña y él se había criado en la vetusta y recia Castilla de donde procedían sus ancestros maternos, comerciantes y poetas. Tenía un pasado religioso —a punto había estado de ser jesuita y se quedó en «jesuitón», según propia definición—, y tal vez por esa circunstancia parecía nimbado de un aura de bondad, de misterio, de sabiduría, que atraía irresistiblemente.

No siempre locuaz, resultaba un agradable conversador, culto y enamorado a primera vista y no por la fama que le precedía. Aunque

alardeaba de feminista, pronto me di cuenta de que sólo lo era en función de su gusto por el físico femenino: unos bellos ojos, una boca y un cuerpo exuberantes más que el cerebro. En cierto modo me recordó desde que lo vi al marqués de Bradomín valleinclanescos, así como las andanzas que de él se relataban. En efecto, siempre estaba rodeado de mujeres, de muy diferente presencia y belleza, pero todas, a primera vista, admiradoras suyas y como dependientes de su persona en cierto modo.

Era esto último lo que me impedía acercarme a él, aunque tuviera deseos de hacerlo. Necesitaba de un simulado encuentro porque no tenía ningunas ganas de que me confundieran con una integrante más de su corte femenina. Finalmente, una noche, a la salida de una de aquellas cenas que terminaban casi siempre en una boite cercana y muy de moda donde continuaba la tertulia y a la que yo no solía acudir, tuve ocasión de conocerlo. La conversación giraba, lógicamente, en torno a cotilleos políticos, anécdotas, observaciones. Un compañero elogió una de mis últimas entrevistas y no sé cómo salió el nombre de Gordillo, el alcalde de Marinaleda, quien por aquellos días ocupaba amplio espacio en los medios informativos.

—Precisamente ando a ver si lo pesco para entrevistarle —dije—. Me parece un anarquista tan puro y tan profundamente andaluz que me atrae muchísimo.

—¿Quieres entrevistarle? Es gran amigo mío —intervino Félix—. Si lo deseas, el lunes que viene, a las ocho de la mañana, te recojo y volamos a Sevilla. Yo me encargo de todo.

No volvimos a hablar, pero el lunes siguiente a la hora prevista sonó el timbre de mi casa. Ada abrió la puerta. «Fue como una aparición deslumbrante, nunca había visto una niña tan guapa, tan atractiva, tan simpática», confesó luego Félix y aún lo sostiene. Ahí empezó una bella y pura amistad, que para mi hija fue decisiva en el último año de su vida e inolvidable e impagable para mí por el resto de la mía.

Y el viaje, que resultó toda una aventura, desde que nos sentamos en el avión hasta que, desde Sevilla, llegamos a Marinaleda en un coche alquilado. Tuvimos ocasión de hablar mucho, de conocernos; supe de la grandeza de espíritu de aquel hombre, frívolo en apariencia, que se conmovió en verdad al conocer la historia de mi hija mayor y se dispuso, sin grandes promesas pero con un fuerte apretón de manos y

una mirada, a ayudarla y ayudarme hasta el fin. Y así fue. En las últimas estancias de Ada en el hospital, después de morir Nacho, cuando ella ya declaró abiertamente que no quería vivir, cuando casi todos sus amigos engrosaban la «agenda de los amigos muertos», y los restantes que habían proclamado quererla mucho se alejaron por miedo, Félix, porque yo así se lo pedí iba a verla a menudo, se sentaba junto a la cama y acariciaba su frente, su pelo, dejándole flores frescas silvestres —las que a ella le gustaban— sobre la mesilla, oyéndole sus últimas voluntades en uno de los más bellos testamentos que yo haya visto, y hasta el último instante de su vida le dio cariño y comprensión.

Félix, y lo digo públicamente, siempre ha sido, para mí y para mi hija, un perfecto amante espiritual, y jamás se entremezclaron otros propósitos en nuestra relación. Fue y es, en cierto modo, el ejemplo vivo de la teoría de Goethe en Las afinidades electivas; nuestros sentimientos eran una «¡cuestión de piel», de afinidad en tantas cosas que parafraseando a Miguel Hernández en la Elegía a Ramón Sijé, podría decir: «Se nos ha muerto Ada, con quien tanto queríamos...»

Fue en Marinaleda, en aquel pueblo que como muchos en la Andalucía latifundista se entienden los odios de las clases oprimidas hacia las opresoras, donde los trabajadores del campo perciben un salario de hambre por desempleo y por no rebuscar la aceituna en las tierras sin trabajar de los nobles, lo que les ayudaría a vivir más dignamente, donde florecen hombres irrepetibles como Blas Infante o como José Manuel Sánchez Gordillo, maestro nacional y alcalde electo, aunque prácticamente vitalicio, de este pequeño y precioso pueblo en el que la mayor parte de las casas, empezando por la del alcalde, no tienen cerraduras. Allí conocí la grandeza de espíritu de Félix, su enorme inteligencia y amplia cultura y de entonces data una amistad profunda, así como mi admiración por su valía y honradez políticas.

Él, que tiene un gran sentido del humor y fina ironía, cuando alguien indaga por nuestra amistad dice, en un intento por resumirla, que «fuimos de viaje de novios a Marinaleda y ella no se enteró». Pero en fin, de regreso a Madrid tras aquel viaje, y ya firmemente convencida de que mi hija era una enferma, llamé al presidente de la Asociación de la Prensa, concerté una cita con el decano de los médicos de la misma y entre ellos y yo planeamos una forma de curar

a Ada. A los pocos días ingresó en una elegante clínica privada de la capital, donde pasó una larga temporada, atendida como una princesa por los especialistas más cualificados, las enfermeras y las monjitas entre las que hizo buenas amigas, y una ausencia total de visitas que no estuvieran autorizadas por mí. En la práctica éstas se reducían a dos: un gran amigo mío que a Ada le caía muy bien, ex banquero, empresario de periódico, ex millonario y hombre bueno, que le contaba las historias divertidas del mundo exterior, le llevaba flores, libros, lápices de colores, cuadernos de dibujo y bombones, y yo misma. Durante treinta días Ada no vio más que nuestras caras y las del personal de la clínica. Y también durante ese tiempo realizó una docena de hermosos dibujos, algunos de los cuales regaló a las monjitas, creo que alguno a Jorge y al cabo de los años, un par de ellos a Félix. Nos convertimos en sus guardianes para que hasta ella no llegaran sus «amigos» con su particular obsequio. Salió de allí como una rosa y se mantuvo así, vigilada, durante tres o cuatro meses. Nuestro amigo Jorge se convirtió en su segunda sombra, como ya he dicho; la primera era la mía. Pero, claro, sucedió lo normal, se enamoró, y él, que era un hombre joven, rayano en la cuarentena, no, y así se lo hizo saber, aunque añadiese que la encontraba preciosa y capaz de gustar a cualquiera. A ella no le sirvió, y tuvo así un motivo para volver a la puta heroína, a la que sin duda se enganchan los más débiles, los inseguros, los que no quieren conocerse a sí mismos ni superar los traumas infantiles, los incapaces de salvar el más leve escollo que la vida les pone por delante. Siempre piensan que son los más desgraciados, los que han sufrido más en la infancia; se quedan sin crecer por dentro y a veces, cuando piden ayuda o cuando la necesitan de verdad, ya es tarde.

SUBIENDO DEL MORO

A las cinco de la madrugada me sobresaltó el timbre del teléfono. Una voz masculina, al otro lado del hilo, preguntó por mí, la madre de Ada.

—Sí... ¿Qué le ha pasado?... ¿Está... está viva o...?

—Tranquila, señora, por favor. Llamo en nombre de su hija, es ella quien me ha dado este teléfono para avisarle de que ha tenido un accidente y está en el hospital Primero de Octubre.

—Y usted, ¿quién es? ¿Dónde ha sucedido? Perdóneme, pero puede tratarse de una broma de mal gusto.

Si le dije esto último fue porque en más de una ocasión había sucedido a horas intempestivas.

La voz, agradable, varonil y serena aclaró que el accidente había tenido lugar hacía un par de horas a la altura de Manzanares el Real. Él regresaba de Andalucía y lo había presenciado. Iban varias personas. Dos chicas, justamente las que él había llevado en su coche, salieron por su pie antes de que llegaran auxilios. Una de ellas resultó ser mi hija.

—Pero tranquilícese, no parecía nada grave cuando las dejé en el hospital.

Antes de reaccionar para darle las gracias sonó el clic al otro lado del hilo.

Encendí la luz de la mesilla y miré el reloj de pulsera. Eran poco más de las cinco, como había comprobado en el despertador. De modo que no se trataba de un sueño. La voz de aquel hombre era muy real, y también el nombre del hospital, así que salté de la cama, me puse unos téjanos, saqué una camiseta, cogí el bolso y, tras cerciorarme de que llevaba llaves, dinero y chequera, además de mi documentación, me dirigí, casi como una automática, al dormitorio de mi hijo. Saqué a éste de la cama, le puse al corriente con cuatro palabras de la situación, cogí un abrigo, le dejé a mi padre una breve nota en la que prometía llamarle en cuanto supiera algo, y salí a la calle.

La fría noche otoñal comenzaba a convertirse en alba, la luz no era pues muy intensa y entre esto, los nervios y las prisas no encontraba el

coche, que al final, y después de una infructuosa búsqueda, estaba frente al portal; creo que mi hijo me lo dijo, pero yo ni le oía.

Arranqué y salí zumbando justamente en dirección contraria... Gonzalo me advirtió en varias ocasiones de mi equivocación, que yo desoí con un: «Niño, ¡calla!», hasta que pasados más de veinte kilómetros, unos luminosos letreros que señalaban dirección Burgos me sacaron de mi error. Total, que eran casi las ocho cuando llegamos a nuestro destino, en la salida opuesta de Madrid, la carretera de Andalucía.

Encontramos a Ada en un pasillo de urgencias, sobre una camilla, cubierta por una sábana y a los pies una gran bolsa de plástico gris con su ropa dentro. Temblaba de frío y estaba totalmente desnuda. Le di un beso, le eché mi abrigo por encima y me fui en busca de un médico o alguien que me explicara cómo se encontraba mi hija. Sólo hallé a la empleada de la ventanilla de ingresos, quien nos recomendó que esperáramos en la sala de visitas, donde ya nos avisarían.

Volvimos junto a Ada. Más locuaz que de costumbre, empezaba a mostrar los signos inequívocos del mono. Sudaba, estaba febril y le rogó a su hermano al oído y en secreto, aunque yo la oí claramente, que sacara de la bolsa de plástico su bolso, donde llevaba algo de caballo, y le preparara un chute. En ese momento un enfermero nos echó del pasillo. Lo poco que logré entender de su apresurado relato, aparte del supuesto secreto, fue algo así como que «regresaban del Moro» y nombres: Amparo, Alberto, Rafa, Ernesto y una insistente pregunta: «Rafa ha muerto, ¿verdad? No me lo queréis decir pero sé que sí. Él conducía y yo iba sentada a su lado; cuando nos dimos la hostia, iba dormida, pero me desperté y él... creo que no. Enteraos, porfa.»

Gonzalo me agarró del brazo y me llevó hacia la puerta de salida. Me ofreció un cigarrillo y antes de que le preguntara me contó, pues él lo sabía, que venían de Marruecos, de comprar hachís. En los dos últimos meses habían hecho más de siete viajes y él ya sabía que iba a pasar aquello, porque hacían el viaje entre Madrid y Marruecos en pocas horas; no dormían y encima venían ciegos de todo. «Un día u otro tenía que pasar esto. Te juro, madre, que muchas veces le he rogado a Ada que no fuera, que te ibas a enterar y que ya es demasiado, pero ya la conoces.» Gonzalo era un crío, pues se llevaba

menos de dos años con su hermana y eran, como vulgarmente se dice, uña y carne. Desde que no era más que un niño Ada ejercía un gran dominio sobre él, pero aún no había caído en las garras del mortífero caballo; la breve diferencia de edad y la de sexo, sobre todo esto último, los había distanciado, y mientras ella era una mujer en el más amplio sentido de la palabra, Gonzalo era un crío igual que sus amigos, con quienes aún se divertía con juegos infantiles. Fumaba, aunque no demasiado, pero la primera que echaba humo como una chimenea era yo y también mi padre, que éramos los referentes más próximos, con lo cual no tenía fuerza moral para prohibírselo.

Entramos en la sala de espera, inhóspita, incómoda, cutre y destartalada. Había bastante gente, atenta a los altavoces que llamaban a los familiares. Sólo conocía a los padres de Amparo, él compañero de profesión y miembro, como yo, de la directiva de la Asociación de la Prensa; ella compañera de carrera de una cuñada mía; ambos gente muy de orden, conservadores, católicos practicantes y un matrimonio de esos que siempre sirven como ejemplo. Me di cuenta de que a él le había sentado como un tiro verme allí; yo sabía lo mucho que le disgustaba el que nuestras hijas fueran amigas y condiscípulas. Nos saludamos educada y fríamente. Los llamaron para que pasaran a ver a su hija Amparo, a quien afortunadamente sólo la tenían en observación, de modo que le darían el alta en pocas horas. Pero en aquel desgraciado regreso del Moro perdió la vida Rafa —de diecinueve años—, el conductor por el que se interesaba Ada, hijo de un conocido magistrado; quedó en coma Ernesto, de la misma edad aproximadamente, estado en el que ha pasado muchos años y del que no sé si al fin salió o si murió, y Juan, a quien tuvieron que amputarle una pierna y quedó disminuido psíquico, después de luchar durante meses contra la muerte, porque su cerebro quedó dañado a causa del golpe. Era huérfano desde hacía dos años —sus padres habían perdido la vida en un accidente de automóvil— y sobrino y tutelado de un ministro del Gobierno, a quien yo conocía bastante y con el que había tenido ocasión de mantener largas y serias conversaciones en el Congreso de los Diputados, además de haberle entrevistado para diferentes medios, incluida televisión. Finalmente estaba Alberto, el mayor de la expedición, de apenas veinte años, muy amigo de mis sobrinas Raquel y Marta y noviete, creo, de la segunda. Un chico muy

inteligente, mal estudiante, hijo de padre machista y crápula que paseaba a sus provocativas amantes ante las narices de su pobre mujer, católica, resignada y madre de seis hijos, quien hasta que él no se largó, tras arrumarla, no se atrevió a levantar la voz ni la vista ante su presencia y que nunca quiso oír hablar de divorcio, por lo que siguió siendo la fiel esposa de un marido al que no volvió a ver y que nunca se ocupó de sus hijos. Alberto ya había estado en la cárcel condenado por atraco a mano armada de una cafetería cercana a su casa —donde conocían tanto a su familia como a él— con una escopeta de cañones recortados. No logró robar nada, lo pillaron y lo condenaron porque ya tenía antecedentes. Era, además de idiota y yonqui, carne de cárcel, porque en aquellos momentos disfrutaba de libertad provisional. En vista de eso, de su gravedad y de que era el capo de la operación y en sus intestinos guardaba la mayor parte de la mercancía, decidió «comerse el marrón» y salvar a sus compañeros, sin antecedentes. Alberto era, de todos, al que más conocía y de quien mejor sabía su historia.

Cerca de la una de la tarde nos llamaron por el altavoz. Fuimos corriendo. Ada reclamaba nuestra presencia a voces y su mono era superlativo. A duras penas se había puesto de pie, y sólo para caerse al suelo. Las radiografías que acababan de hacerle mostraban varias costillas rotas y fractura de pelvis; también tenía conmoción cerebral leve y contusiones variadas en las piernas, las manos y la cara. En el momento del accidente llevaba las piernas extendidas, los pies apoyados sobre el salpicadero y la cabeza recostada en la ventanilla, y gracias a que el vehículo era un sólido todoterreno y no llevaba abrochado el cinturón de seguridad, el accidente no había sido mortal para ella. Salió despedida, mientras su compañero de asiento, que conducía, quedó atrapado y falleció en el acto al incrustársele el volante en el pecho.

El médico no sabía muy bien por dónde empezar. El jefe de servicio estaba operando y él no era más que un residente. Ada me pedía que me la llevara de allí, a la clínica donde meses antes la habían desintoxicado y dejado como una rosa... Llamé para pedir nuevos favores, solicité una ambulancia y, bajo mi responsabilidad, me la llevé del hospital, sabiendo que me cerraba las puertas de la Seguridad

Social en caso de complicaciones que no pudieran solucionarse en una clínica privada.

Lo más grave no eran las múltiples fracturas, a pesar de lo dolorosas que eran, pues pronto detectaron una herida en el bazo que le hacía perder sangre de forma alarmante. Empezaron a meterle plasma y parecía ser que no daba los resultados deseados; en vista de ello el veterano y magnífico cirujano, que era decano del cuadro de médicos de la Prensa, pensó en operar. Habían pasado ocho o nueve días y su estado general era malo. Creo que he dicho que de nuevo estaba enganchada, lo cual constituía un grave obstáculo para someterla a una intervención quirúrgica, por no mencionar que no retenía el plasma. Temían que se quedara sobre la mesa de operaciones y así me lo dijo el doctor. Era cuestión de esperar, insistir con el plasma y, al mismo tiempo, someterla de nuevo a una desintoxicación, que era difícil, pues por aquellos días se utilizaban curas de sueño y a ella la querían despierta el mayor tiempo posible.

Yo vivía prácticamente en el sanatorio, adonde incluso me había llevado la máquina de escribir, intentando cumplir con el mucho trabajo que tenía, lo que no siempre conseguía, con los inevitables perjuicios profesionales y económicos que ello conllevaba. Además, mi economía se había debilitado porque los robos —así de crudamente hay que llamarlos— de mi hija habían ido in crescendo; por no mencionar la falsificación de talones o las deudas contraídas con amigos, a quienes sacaba importantes cantidades de dinero alegando siempre que yo no me ocupaba de mis obligaciones y no tenían para comer, para pagar el recibo de la luz, el de la casa o el del teléfono. Y, en principio, se lo creían; no eran amigos íntimos, sino más bien ocasionales cuya relación se había iniciado por el trabajo y ahí se terminaba. Naturalmente, tenía que saldar las deudas —cuando podía—, que llegaron a sumar cifras muy considerables. ¡Todo eran problemas! Y por si fuera poco, yo era consciente de que abandonaba a mis otros hijos, casi los olvidaba. Todo lo que se relacionaba con Ada era tan urgente, tan de vida o muerte, que no había posibilidad de elegir. Empezaba a sentir una mezcla de amor y odio, una especie de esclavitud, de metástasis, e incluso había descubierto en mis brazos, en mis muñecas y en mis manos unas manchas oscuras con leves puntitos. Fui al médico de cabecera quien, al no encontrarles

explicación, sobre todo después de ver los resultados de la analítica, me mandó al dermatólogo. Al observar aquellas manchas, cada vez más intensas, comencé a darme cuenta de que habían salido en los mismos lugares donde ella se pinchaba; efectivamente, también me salieron en los tobillos y en la yugular. No es exageración, yo la he visto inyectarse, no sólo a ella, también a otros yonquis, cuando ya no tienen venas, debajo de la lengua. Cualquier sitio es bueno...

Durante la noche, y mientras cuidaba de ella y de sus transfusiones, le miraba detenidamente los brazos; las señales que vi en ellos eran muy parecidas a las mías. Después de varias visitas, el especialista de enfermedades de la piel no encontró explicación para aquellas manchas y ni siquiera pudo achacarlas a mi predisposición antigua a las alergias, en vista de lo cual me mandó a un psiquiatra, del que me cansé al cabo de los meses, después de haberme dejado en su consulta una gran cantidad de dinero. Hasta que un día, y con la ironía que sobre mí misma derrochaba, se me ocurrió decir en presencia de mi hermana la bruja que eran «mis estigmas».

—¡Claro, eso es! —exclamó—; son estigmas, como los de los santos.

—O los posesos —puntalicé.

El caso es que fui a que me viera un curandero —ahora se les llama sanadores— que vivía en Villalba, cerca de Madrid. Las manchas siguieron, pero conseguí un magnífico reportaje que me compensó la minuta, o «la voluntad» como él decía.

Aún no he dicho que, naturalmente, debido al accidente intervino la Guardia Civil, el juzgado —a pesar de que Alberto se comiera el marrón—. Los interrogatorios eran necesarios, y durante días tuve que soportar la presencia de un par de policías sentados ante la puerta de la habitación. Aquel grupo de muchachitos tan monos, tan de buenas familias, traían del Moro una gran cantidad de hachís puro, del mejor del valle del Atlas, que una vez adulterado valía muchos millones de pesetas en el mercado. Yo había visto el pasaporte de mi hija y desde luego las entradas y salidas a/y de Marruecos habían sido muy frecuentes y numerosas —más de diez en dos meses—, pero es que los de los otros mostraban —más espaciados en el tiempo aunque sólo fuera por la lejanía— sellos de aduanas de países tan lejanos como Tailandia y Holanda. Y quizá por deformación profesional quise enterarme de los secretos de aquellos peligrosos camellos. Me había

dejado intrigada eso de que Alberto lo llevaba en el culo. Efectivamente: la mercancía era metida en condones que bien atados, se introducían directamente en el ano o en la vagina. Si el agujero elegido era el ano, lo primero, para que cupieran más preservativos y no se salieran antes de lo previsto, era una buena ración de laxante, seguida de ayuno y acto seguido, una vez introducida la carga, un medicamento llamado Protector, que se receta para cortar de cuajo las colitis cuando son muy intensas, y no cura pero sirve a modo de tapón. Está claro que los hombres sólo podían valerse de este conducto como almacén, pero las chicas también utilizaban la vagina. Como estábamos en los albores del uso de estas drogas y sobre todo de este descarado comercio, pero se recibía información de otros países europeos y de Estados Unidos, al principio los depósitos estaban seguros porque la policía registraba minuciosamente los vehículos, que llegaba a desarmar, y el equipaje, pero pronto empezaron a usar rayos X y especialistas sanitarios y policiales, amén de perros amaestrados y otros procedimientos para detectar la droga. Cuando el sospechoso lo era tanto que casi pasaba a convicto, le amenazaban con meterles algún objeto punzante, con lo cual el envoltorio dejaría salir la sustancia que llevaba dentro produciendo la muerte inmediata si la cantidad almacenada era mucha, o cuando menos, la perforación de los intestinos. Ésa fue la razón de que Alberto, el que había quedado hospitalizado en Manzanares el Real, «cantara» con tanta facilidad. Iba hasta el culo —nunca mejor dicho— de hachís purísimo, y para colmo en forma de aceite. Además, se inculpó él solito y se proclamó el capo del grupo, con lo que ha pasado más de diez años en la cárcel.

La vida de mi hija llegó a correr serio peligro. A la semana de empezar con las transfusiones, y ante la imposibilidad de intervenir quirúrgicamente, me advirtieron que podría terminar en un fatal desenlace. Aquel día con su noche lo olvidé todo: dormir, comer, hacer mis necesidades, trabajar... Inconscientemente elegí irme con ella. ¡Cuánto añoraba mi fe antigua, mi refugio en Dios! ¡Qué bueno, cómodo y saludable hubiera sido pedir a Él, a la Virgen, a los Santos que la salvaran! Y rebuscaba aquella fe en mi interior, en mi cerebro, e intentaba hablar con Dios, pero estaba... ¡comunicando! En mi cabeza sonaba la nana aquella que de bebé le cantaba a Ada su tata Lila: «Esta niña chiquita no tiene cuna, su padre es carpintero y le hará una.» Y en

el estribillo, en lugar de pedir que cerrara los ojitos para dormir, le rogaba que los abriera para vivir.

Cuando pasó la gravedad tuve que retomar el hilo de mi vida, de mi trabajo. Iba a la clínica a dormir y en cuanto tenía un minuto libre, pero, ¡ay!, ello significaba que la vigilancia había disminuido, y aprovechando esta circunstancia la visitaban sus supuestos amigos — más exacto sería decir sus compañeros de condena —, con mi odiado y por ella adorado caballo de la muerte. Supongo, y eso no pude constatarlo jamás, que ella, lo mismo que Amparo, que también había escapado antes de que llegaran las autoridades policiales al lugar del accidente, transportaban su correspondiente carga, y doy por descontado que Ada, con esa especie de telepatía que existe entre los yonquis, ya se había encargado de que se lo cambiaran por su especial amante. No sé si quizá en aquellos momentos la ayudó, pero el caso es que empezó a mejorar aparentemente, y poco antes de cumplirse el mes de estancia en la clínica fue dada de alta. ¡Veríamos cuánto duraba esta vez la reparación!, pues a la vista de los hechos ella ponía todo su empeño en deteriorarse, en «romperse», y los mejores facultativos, el destino y yo, en «recomponerla».

Nacho, el que luego se convertiría en su compañero, marido y padre de sus dos hijos, apareció en el horizonte. Era condiscípulo de mi hijo Gonzalo. Mal estudiante como él, huérfano de madre desde temprana edad, inteligente, guapo, de buena familia y alumno itinerante de los colegios más prestigiosos y costosos, en los que coincidieron a veces. Nunca llegaron a ser amigos, pero a causa de su conocimiento llegó a convertirse en el padre de mis nietos. Tardó algún tiempo en meterse en el corazón de Ada, y cuando lo logró no sólo se adueñó de él, sino que fue el complemento perfecto para, juntos, llegar a la destrucción total por el mismo camino: arrasando, ensuciando y llevándonos al infierno a cuantos los conocimos y amamos.

Antes de morir Ada, una nueva y entrañable amiga que supo de la tragedia del mundo de la droga por mi hija, a la que acompañó hasta el mismo instante de su muerte, a la que confié mi triste y azarosa existencia, me preguntaba a título de curiosidad cuánto dinero me había «costado» Ada. «Nunca lo he contabilizado —respondí—, pero imagino que más de diez o doce millones de pesetas.» Lo que no me atreví a confesar es cuánta vida y éxitos profesionales me había

costado también, y todo lo que había dejado de hacer, no por su culpa, sino porque mi obsesión por ella, el continuo y extenuante esfuerzo por sacarla del pozo en que se había metido me precipitó en él de cabeza: estuve a punto de convertirme en alcohólica, perdí toda autoestima y acepté como compañero sentimental a un ser profesional y humanamente frustrado, envidioso y con aires de grandeza, acomplejado, en fin... que hizo lo imposible por minar las pocas ilusiones que me quedaban... ¡Pero ésta es otra historia!

Cuando Ada salió de la clínica, lo hizo casi como las princesas que allí daban a luz: faltaban los flashes de los fotógrafos y poco más... Ramos de flores, cajas de bombones, un neceser de Louis Vuiton en la mano; elegantemente vestida y bella; de nuevo, como una rosa. Por si eso fuese poco, nuestro querido amigo Jorge nos esperaba a la puerta con su magnífico descapotable, y el sol, brillante y cálido, a pesar de que acababa de empezar el invierno, daba a la escena un toque de felicidad casi irreal. Vamos, como si fuera la portada de una revista del corazón... Por un minuto quise creer que las cosas seguirían así por mucho tiempo... Me habría gustado, como en el poema de Hernández, no despertar nunca de ser niño, conservar, en una palabra, la ingenuidad que el amor maternal encierra; no oír, no ver, no hablar cuando la verdad no nos gusta, e imaginar siempre que los malos, aquellos que obligan a los hijos a caminar por las sendas del mal y a meterse en la mierda, son los otros. Realizar, en fin, el milagro de la transfiguración y, como si de espíritus puros se tratara, cobijarlos en un paraíso en el que el mal no existe.

Nada más regresar a casa hube de encararme con la cruda realidad: la primera y prolongada visita de Ada, después de un mes de ausencia, fue el cuarto de baño. ¿Para qué?, imaginen: ¡para meterse un pico! La sorprendí al empujar la puerta, que por entonces casi nunca cerraba con pestillo, y quise quitarle la jeringa, cuya aguja ya tenía metida en el brazo, y en el forcejeo me clavé ésta en una de mis múltiples manchas. Un profundo y desgarrado «¡No!» salió de mi garganta y rompí a sollozar al tiempo que retiraba la aguja de mi piel. Me sentí derrotada por unos instantes al tiempo que mi hija se abrazaba a mí y me pedía perdón. Ya estaba puesta, ella misma me lo explicó; lo que estaba haciendo cuando yo había entrado en el baño era bombearse la sangre, lo cual, según ella, era un placer. Al parecer lo es

para los auténticos yonquis, los adictos, por encima de todo, a la aguja. Aunque nunca me acostumbré a ello, testifico que vi cantidad de veces a mi hija ir de un sitio a otro con la aguja metida en la vena, como si tal cosa.

Con el repugnante, pomo y demencial lenguaje que William S. Burroughs emplea en su obra *El almuerzo desnudo*, prohibido durante años en Estados Unidos, transcribo un párrafo del capítulo «El mercado», donde casi de forma gráfica, se dice: «Iris —mitad china y mitad negra adicta a la dihidroxina-heroína— se pega un chute cada cuarto de hora, con lo que se deja las agujas y goteros puestos por todo el cuerpo. Las agujas se oxidan dentro de la carne seca que, aquí y allá, las ha ido cubriendo completamente hasta formar quistes blandos de un marrón verdoso.» Inmediatamente después se refiere a la necesidad de ingerir dulces, hábito que ya había observado yo desde que tuve consciencia de la adicción de mi hija. Continúa el relato: «Ante ella, sobre la mesa, un samovar con té y una cesta con diez kilos de azúcar moreno. Nadie la ha visto nunca tomar otra cosa.» Tiene su explicación en la hipoglucemia que producen la heroína y los opiáceos en general.

No puedo sustraerme a la necesidad de copiar para ilustración y conocimiento de cuantos lean este relato algunos párrafos de una obra escrita en 1959 por un yonqui, aún vivo, que describió con el lenguaje más cruel y repugnante, como ya he dicho, sus propias experiencias. Pero es en la introducción de *El almuerzo desnudo* —cuyo título parece que se le ocurrió a Kerouac, compañero de la generación Beat, también yonqui y escritor— donde se declara, a modo de testimonio sobre una enfermedad:

La droga es un molde de monopolio y posesión. El adicto aguanta mientras sus piernas drogadas le lleven directo a recaer sobre el rayo de la droga. La droga es cuantitativa y mensurable con gran precisión. Cuanta más droga consumes menos tienes y cuanto más tengas más usas. El comerciante de droga no vende su producto al consumidor, vende el consumidor a su producto. No mejora ni simplifica su mercancía. Degrada y simplifica al cliente. Paga a sus empleados en droga.

La droga produce una fórmula básica del virus «maligno»: El álgebra de la necesidad. El rostro del «mal» es siempre el rostro de la necesidad total. El drogadicto es un hombre con una necesidad absoluta de droga. A partir de cierta frecuencia, la necesidad no conoce límite ni control alguno. Con palabras de necesidad total: «¿Estás dispuesto?» Sí, lo estás. Estás dispuesto a mentir, engañar, denunciar a tus amigos, robar, hacer lo que sea para satisfacer esa necesidad total, de posesión total, imposibilitado para hacer cualquier otra cosa. Los drogadictos son enfermos que no pueden actuar más que como actúan. Un perro rabioso no puede sino morder. Adoptar una actitud puritana no conduce a nada, salvo que se pretenda mantener el virus en funcionamiento. Y la droga es una gran industria. Recuerdo una conversación con un norteamericano que trabajaba en la comisión para la fiebre aftosa, en México. Seiscientos al mes más gastos:

—¿Cuánto durará la epidemia? —pregunté.

—Mientras podamos hacerla durar... Sí... tal vez surjan otros focos en Sudamérica —dijo como soñando.

Si se quiere alterar o anular una pirámide de números en relación serial, se altera o se elimina el número base. Si queremos aniquilar la pirámide de la droga, tenemos que empezar por la base de la pirámide: el adicto de la calle y dejarnos de quijotescos ataques a los llamados «de arriba», todos reemplazables de inmediato. El adicto de la calle que necesita la droga para vivir es el único factor irremplazable en la ecuación de la droga. Cuando no haya adictos que compren droga, no habrá tráfico. Pero mientras exista necesidad de droga, habrá alguien que la proporcione.

Los adictos pueden ser curados o puestos en cuarentena (es decir, que se les adjudica una ración de morfina, bajo una mínima vigilancia, como a los afectados por el tifus). Si se llega a hacer esto, las pirámides de droga del mundo se derrumbarán. En la próxima generación, cuando los adictos actualmente en cuarentena mueran y se descubran analgésicos que actúen sobre una base no opiácea, el virus de la droga será como la viruela, un capítulo cerrado, una curiosidad médica.

A este autor lo había leído, así como a los de su generación, en su momento. Quizá entonces no los entendí porque no conocía el problema, no lo había vivido, pero luego hube de releerlos porque necesitaba entender, y creo que deberían ser texto obligado para cuantos estamos alrededor de la «pirámide de la droga». Y sobre todo por los que se dedican de forma «oficial» a... ¿combatirla?

El regreso de Ada a casa rompió la tranquilidad de cuantos habitábamos en ella. La desconfianza, por un lado, cada vez mayor, de que no volviera a caer, y, por otro, el vigilarla sin que ella se diera cuenta para que no siguieran desapareciendo los cada vez más escasos objetos de valor, así como los talonarios de cheques y el dinero de bolsillo, suponían una tensión continua que afectaba hasta a mi padre, quien normalmente era la viva representación de la calma. Además, la casa volvía a estar llena de visitantes, algunos nuevos, como una preciosidad de chica a la que llamaban la Canaria, de uno noventa de estatura, modelo de alta costura y bisexual; Patricia M., hija de una escritora e intelectual de moda y un norteamericano, y Patricia L., modelo, actriz y novia de un conocido hombre de negocios; Ángel, que se dedicaba a la producción cinematográfica, y, ¡cómo no!, mis sobrinas y sus amigas y amigos de la mejor sociedad, pero enganchados al caballo, denominador común que los hacía a todos iguales. Siempre había un pretexto para venir a mi casa, que era, como siempre, punto de cita y zoco. Mi padre, con el paso de los años, no tenía nada que ver con el autoritario dictador que fue en mi juventud, y los dejaba hacer. Cuando yo me enfadaba con él por el exceso de permisividad, me contestaba que prefería tenerlos en casa y vigilarlos que no sueltos por ahí, haciendo barbaridades. Y los trataba como amigos, equivocación que yo también cometí, pues ni él ni yo nos dábamos cuenta de que a ciertas edades a los hijos y a los nietos hay que ordenarles muchas veces con un: «¡Esto se hace así porque lo mando yo y punto!» Cuando mi padre se disculpaba con «pero la niña está bien; ahora es buena», entre afirmativo e interrogativo, yo le advertía con un «no te fíes», que era lo que yo misma me repetía a cada paso. Presentía, con la corta e intensa experiencia vivida, que ya

nunca podría bajar la guardia, ni menospreciar al enemigo y a sus acólitos. Hacía falta tener hasta ojos en la nuca, y aun así te la colaban. Pero no podía hacer otra cosa. Aquella era la existencia que me había tocado vivir y no había tiempo para lamentaciones, aunque en mi fuero interno fueran creciendo como malas hierbas, ausencias y dejaciones que hacían que me sintiese mal. Yo sabía que debía pasar más tiempo con mis hijos, pero era la única que traía dinero a casa; que debía hablar más con ellos, pero las muchas obligaciones me lo impedían. Veía que alguno se torcía, y cuando quería enderezarlo era tarde; me debatía en un interminable soliloquio sobre lo bueno y lo malo, y cuando me atrevía a convertirlo en diálogo, soy consciente de que aburría.

Parece imposible, pero lo cierto es que con los padres de las víctimas del accidente no tuve ocasión de tratar el tema, ni siquiera para ponernos de acuerdo en la defensa jurídica de nuestros hijos. Uno de mis muchos amigos abogados, que se ocupó de la de mi hija, tomó la acertada medida de declararla insolvente. Con el único que hablé sin tapujos fue con el ministro, tío de uno de los muchachos, del que ya he dicho que era amiga. El hombre, aparte de los prejuicios que, más que él, demostraban cuantos le rodeaban, sentía y asumía el peso de la responsabilidad de su sobrino y tutelado y la tristeza de verlo debatirse entre la vida y la muerte, con la incertidumbre de que quedara física y psíquicamente bien si salía del trance.

Así las cosas, al llegar a casa una noche en compañía de unos amigos, Ada quiso hablar conmigo. «Durante todo este tiempo —me dijo— he pensado mucho en mi padre, y necesito que lo localices para ir a verlo. Es urgente, madre, no puedo creer, a pesar de todo, que pase tanto de nosotros, y sobre todo de mí.»

Lo busqué y, naturalmente, lo encontré. Antes no lo hice porque no quise. No hay que olvidar que estudiamos juntos y, en cierto modo, éramos compañeros de profesión, aunque él se hubiera dedicado a la publicidad. Vivía en Barcelona y según me habían dicho con mi prima Andrea y sus dos hijos, a pesar de lo que él mismo nos había dicho en la entrevista que tuvimos cuando le comuniqué la adicción de Ada.

Saqué billete de ida y vuelta para el puente aéreo e hice reserva de hotel para tres noches. El trayecto hasta el aeropuerto lo hicimos en silencio, yo, en el fondo, me sentía dolida y hasta un punto celosa por

el súbito interés y la necesidad de Ada de ver a su padre, quien con tanta insistencia nos ignoraba. La miraba de reojo y la encontraba muy guapa, bien vestida, y su larga melena de color miel limpia y bien peinada... Estaba perfecta y me regodeaba en ella como si fuera mi obra de arte suprema a la que iba a examinar un crítico muy exigente. Lo único que le dije a modo de despedida y mientras la besaba en la mejilla fue que no le dijera nada a su padre del accidente y que, por supuesto, ya estaba curada de todo. «Cuando llegue te llamo y te aviso cuándo vuelvo para que me vengas a buscar —me dijo—. Adiós madre. Te quiero.»

Miré el reloj. Eran las diez menos cuarto y hacía un día espléndido. Me dirigí al Congreso; a las diez empezaba la comisión de Justicia, que me interesaba y, sobre todo su presidente, a quien tenía que entrevistar. Pasaba más horas en el palacio de la Carrera de San Jerónimo que en mi casa, pero era una suerte porque allí tenía todo el trabajo «a mano», sin la pesadez de estar colgada horas del teléfono para localizar a unos y a otros, siempre reunidos y ocupadísimos. Pensé en mis otros tres hijos y sentí ternura hacia ellos, sobre todo hacia las dos pequeñas, que sin querer sufrían mi aparente predilección por la mayor, que no era tal, como siempre quería hacerles comprender —sin conseguirlo creo—, sino el miedo, que me obsesionaba, a perderla en el instante mismo en que la dejara de mi mano y aun así lo absorbente que resultaba una yonqui, lo manipuladora que era de la vida de cuantos la rodeaban, lo angustiantes que eran sus ausencias y el no saber en cada minuto dónde estaba, con quién y haciendo qué. Era como cuidar a un eterno bebé o a un deficiente físico y psíquico. Apunté en mi agenda, en lugar destacado que a las cuatro tenía hora en el cardiólogo con Beatriz. No podía fallar. Y al día siguiente, por la mañana, me esperaba la teóloga que preparaba a la pequeña, Mónica, para que hiciera la comunión... que no hizo, pues a última hora le comunicó a su preparadora e inmediatamente al abuelo que no estaba muy segura de la existencia de Dios. No se le había ocurrido más a la buena señora que definir a Dios como un amigo que nunca falla. La niña le pidió algo tan banal como que yo le dejara traer su bicicleta a Madrid. Mi negativa y la de no dejarla pasar el fin de semana en casa de una amiguita, le hicieron llegar a la conclusión de que no era cierto que Dios fuera su

omnipotente amigo y se negó a recibirlo, asegurándose antes de que el regalo, un televisor en color, se quedaría en casa. Sonreía pensando en ellas y me invadió la ternura. Quería mucho a mis hijos, a los cuatro, pero Ada me obsesionaba e invadía hasta mis sueños. Hoy creo que si hubiera sido cualquiera de ellos el que se hubiera metido en la tortuosa senda del caballo, le habría dedicado la misma atención e igualmente me habría obsesionado y amargado la vida.

A media tarde Ada llamó para anunciar que regresaba a las diez de la noche. Noté su voz entrecortada; no sabía si lloraba o estaba puesta. Con tono lacónico, sólo me dijo: «Mi ídolo se ha caído y se ha hecho añicos. No hay forma de pegarlo, me faltan trozos.»

No fue aquel día, sino años más tarde, cuando en una sesión de confidencias en la que intentábamos buscar el origen de sus males, se atrevió a confesarme que su padre se lo había querido hacer con ella. Traducido: incesto. De modo que ésa era la explicación de mi eterna y angustiosa pesadilla... Le llamé y le puse verde. Silencio por respuesta, como siempre. Nunca supe si era verdad o mentira. Algunos de los psiquiatras y psicólogos a los que había llevado a Ada, esperando siempre ayuda para su curación, me habían advertido del complejo de Edipo que sufría y de la enorme decepción causada por el abandono de su padre, que sentía con igual intensidad que la de un amante. El único placer suponía el verme a mí sola, sustituida por otra mujer, pues ella me enjuiciaba como tal más que como hija. Es muy probable que desde su infancia, y debido a las continuas atenciones paternas, entablara una imaginaria pugna conmigo de mujer a mujer, no dándole tiempo, pues su padre desapareció cuando ella tenía ocho años, a madurar la realidad. Ésa debió de ser la causa del rencor que a veces me demostraba, pues me inculpaba de la marcha de su padre, de no haber sabido retenerlo y ni siquiera de atraerlo después cuando había tenido ocasión.

Es doloroso el recuerdo y el volver la vista atrás. Es un dolor punzante, pequeñito y molesto, como el de la osteoporosis cuando comienza y no se le puede prestar atención porque duele más, ni quedarse mucho tiempo con él pues se intensifica y llega a hacerse insoportable. Tampoco se aprende nada, y si hay algo que no puede

enmendarse, son los errores pasados. Me había propuesto ser existencialista en el sentido de comenzar el pasado en el minuto exacto del presente, pero... ¡no podía! A veces, cuando creí conseguirlo, aparecía en mi sueño y se enseñoreaba en él, dominándome hasta que con tremenda angustia lograba despertar para encontrarme a veces ensangrentada de mi misma sangre y con heridas que yo misma me había hecho. Volví a la consulta de un psiquiatra; al cabo de unos meses de tratamiento de «aniquilación por sueño inducido», como le llamo yo, con la consiguiente mengua de mi bolsillo, decidí que o no dormía o lo hacía después de haberme bebido las copas necesarias para caer en estado de inconsciencia total.

Mejoré cuando Ada se fue, por primavera, a Ibiza, donde permaneció una larga temporada, el tiempo que duró un idilio con Sandro, viviendo en el yate del padre de éste, un acaudalado hombre de negocios que cuando se enteró de que su hijo también era yonqui creyó, equivocadamente, que Ada era la inductora y no sólo lo trajo para Madrid, sino que me citó a mí en un bar de copas para preguntarme, después de invitarme a su cama, cuánto dinero quería para que mi hija dejase al suyo. Como contestación le rogué que se enterara de por qué su hijo viajaba con tanta insistencia a Tailandia con su amigo Jorge, precisamente el novio de mi sobrina Raquel, el famosísimo y millonario camello que surtía a toda la jet madrileña e ibicenca. «Te juro que te demandaré por calumnia», fue su orgullosa contestación. La supuesta calumnia se convirtió en verdad al poco tiempo, cuando pillaron a su hijo en Tailandia con muchos gramos del mejor brown sugar, y allí ha estado preso hasta hace poco tiempo.

Aunque ya estaba acostumbrada a la hipocresía, a que las manzanas se pudren por las compañeras podridas, a que los hijos de los demás fueron los buenos y los míos los malos, y hasta a pasar por puta cuando mi marido nos abandonó, (aparte de no pregonarlo, nunca lo llevé a los tribunales por no pagar las pensiones de sus hijos), llegué a perder una importante colaboración porque el director de la publicación, un ser abyecto y ridículo que cambió hasta su físico por conquistar a mi hija y al no conseguirlo, ni así ni a base de dinero que hábilmente le dejaba entre las páginas de la revista que dirigía cuando la invitaba a comer, me puso en la disyuntiva de «o haces que tu hija sea mi amante o dejas de colaborar aquí». Naturalmente, dejé de

colaborar y aplaudí el buen gusto de Ada, a la que, por supuesto, no dije ni una palabra. A esto me había llevado mi honradez, el sentido de la libertad de elección —no habría hecho más que de sórdida celestina aconsejando o induciendo a mi hija a que se entregara a semejante tipo—, o vendiendo mi/nuestra exclusiva con desnudos y filiación completa de importantes personajes por varios millones de pesetas. No me pesa el haberme comportado así; con el tiempo me queda el inmenso caudal de tres o cuatro amigos —sólo se los tiene a cientos en la más tierna juventud—. Mis odios, si los tengo —¡y vaya si los tengo!—, los he guardado en un rincón tan oculto de mi cerebro que es imposible encontrarlos sin mi mano como cebo.

Una noche fuimos Ada y yo, con un matrimonio amigo mío, a ver la película *La luna*, de Bertolucci. Ada salió dos o tres veces durante la proyección. No le gustó esta luna con horizontes de incesto... ¿Se vería retratada? Pero lo que más me extrañó fueron sus salidas; ya las había observado días antes con ocasión de una cena en la que nos entregaron los premios Libertad de Expresión y dos días después, cuando la llevé a un concierto y en el intermedio se fue pues ya se sabe que en estos espectáculos no se puede estar entrando y saliendo... En resumidas cuentas: estaba enganchada de nuevo. Cuando le pregunté, sólo me contestó: «¡Como un piojo!» En ese minuto exacto comenzó una carrera contrarreloj de desenganches. Diez, quince días pasando el mono; tres, cuatro meses bien —«como una rosa»—, y otra vez a empezar. Empezamos por Ginebra, un centro recién inaugurado de la Cruz Roja, de excelentes resultados al parecer, al que pudo acceder por el presidente internacional, amigo mío y admirador suyo, sin que nos costara un duro; otra vez la clínica anterior, el hospital Ramón y Cajal. La misma mañana que había de ingresar en este último, me llamaron del colegio de las pequeñas para decirme que Beatriz se había puesto enferma; de camino al hospital fui a ver qué le pasaba y a recogerla: la chiquilla nos esperaba en un bar cercano al colegio, evidentemente indispuesta; mientras le pedía una tisana, Ada se fue al cuarto de baño. Supongo que la dosis se la había dado su hermana y esto, más el ingreso en el centro hospitalario, había provocado el malestar de la niña. A modo de anécdota, diré que como estábamos cerca de uno de

sus proveedores, al que como pago de una mercancía anterior había dado un valioso anillo mío, me convenció para ir hasta allí a que me lo devolvieran y pillar algo más para no comerse a pelo el mono durante las primeras horas... Accedí... ¿Estaba loca? Cuando llegamos a la casa donde vivía el camello la puerta estaba abierta; entramos y lo descubrimos en un pequeño y destartado salón, tendido en el suelo, aparentemente muerto y con la chuta aún puesta en el brazo... Beatriz se había quedado en el coche, yo salí corriendo de aquella casa y Ada se quedó buscando, hasta que la saqué a duras penas de allí... Ya llegábamos tarde al hospital, donde se quedó a regañadientes, sobre todo cuando nos mandaron a la planta de psiquiatría... Cuando llegamos la esperaba Nacho, el amigo de mi hijo, a quien ya había visto varias veces en casa. No me gustó nada; la verdad es que nada de la vida de mi hija me gustaba desde que en ella apareció el caballo. Pero aquel muchacho, guapo, alto y de buena familia, que nunca miraba de frente, mucho menos.

Ya llegaba tarde al Congreso, donde aquella mañana estaba convocada la comisión de Defensa. Una compañera me llevó fuera y me ofreció formar parte de un colectivo de mujeres para entrevistar a políticos, «sobre todo de los que se escaquean»; se refería, sin duda, a su amigo Suárez, presidente del Gobierno. La idea, en principio, no me pareció mal, como así tampoco los nombres de las cuatro restantes que conformaríamos los «desayunos del Ritz». Es curioso que cuando estaba tan hundida y cansada por mis problemas familiares, agotada y casi aniquilada por ellos, en la profesión se me abrían horizontes y recibía premios y felicitaciones. La verdad es que este grupo, de cada uno de cuyos componentes guardo un maravilloso recuerdo, nos proporcionó un largo camino de éxitos profesionales. Pocas veces salimos a celebrar nuestros desayunos fuera del recinto del hotel que nos dio su nombre, pero una de ellas fue a la Generalitat a desayunar con el presidente Jordi Pujol, al que yo había conocido poco después de la muerte de Franco, cuando era un nombre «clave» en la Catalunya de aquellos agitados meses, el que tenía entonces las llaves mágicas de la banca, las finanzas, la voz que se oía en lugares conflictivos, el personaje que aparecía, sin cansancio y sin pausa, por los más recónditos pueblos catalanes. El talante democrático lo demostró desde el principio, desde que fundara el CDC, la Convergencia

Democrática de Catalunya, con la que según algunos comentaristas políticos de la época pretendía ser el *pal de paller*, el eje por el que habría de girar la futura política catalana. Y nacional, habría que añadir. Pero entonces me cautivó su sonrisa de adolescente tímido y sorprendido, que aún hoy conserva, así como su mirada húmeda y clara, casi siempre baja, el tono monótono y grave de su voz y su triste y gris aliño indumentario. Me pareció entonces, y siguió pareciéndomelo siempre, un hombre decisivo, con gran personalidad, muy interesante políticamente pero aburrido, tremendamente aburrido, hasta en su desganada y poco frecuente sonrisa. Habían pasado pocas horas desde que dejé a Ada en el hospital hasta que cogí el avión con mis compañeras para ir a desayunar con el ya Honorable President. Durante el breve trayecto lo traje a mi memoria y lo recordé hasta en los mínimos detalles de aquella pasada entrevista. Tenía muchas preguntas. Ya entonces yo le había augurado que se convertiría en el sucesor de Tarradellas; él se limitó a bajar los ojos y a encoger levemente los hombros. Mis ánimos no estaban preparados en esta ocasión para aguantar a aquel personaje aburrido que recordaba; estaba muy cansada, apenas había dormido y, sí, ¿por qué no decirlo?, la imagen de Ada en la planta de psiquiatría del Ramón y Cajal invadía mi pensamiento. A la media hora, más o menos, de empezar el desayuno, noté que me iba... Una lipotimia hizo que me trasladaran a la habitación que fue del President Macià. Cuando al cabo de unos minutos recobré el sentido de la realidad, me atendía un médico y el encantador secretario de Pujol, quienes al verme ya «con vida», me dejaron descansar durante el resto del tiempo que duró el desayuno. ¡Bendita lipotimia!, que estuvo producida creo, por el recuerdo del pasado de un Pujol aburrido, aunque entrañable; por la tensión en que vivía a causa de Ada; por la falta de sueño, etcétera. Luego me contaron mis compañeras, una, sobre todo, que estuvo conmigo durante el trance, que el médico, al descubrirme el brazo para inyectarme lo que fuera, se fijó en las manchas de mis venas y le preguntó si yo era drogadicta; «¡No, ella no, su hija mayor!» El médico observó detenidamente mis brazos y, en efecto, al tocarlos no observó señales de pinchazos; entonces le dijo: «¡Pobre, sufre mucho, casi tanto como su hija!» Cuando me lo contó le expliqué que ya había ido a un dermatólogo y después a un psiquiatra... Aquel día «pinché»

profesionalmente y descubrí a aquellas personas una parte de mí que no había querido desvelar a nadie hasta entonces. A los dos días Ada se escapó del hospital y tuve que ir a un poblado de gitanos de la avenida de Guadalajara a comprarle una papelina, porque no aguantaba el mono. Como no había chuta de las de insulina, mi padre le preparó la jeringa de cristal, que hirvió en el recipiente de acero, y con una hipodérmica de las más finas, él mismo la puso en contacto con aquel amante que estaba arruinando a toda la familia.

Rara vez pensaba en mí como ente aislado, como ser humano; me desdibujaba de inmediato para ocupar el lugar de madre •—fuego eterno del hogar—, mantenedora y responsable de mi familia, como si la hubiera engendrado yo sola, y todo ello no me dejaba un buen sabor de boca, sino todo lo contrario, un regusto amargo y repetitivo, una tremenda incomodidad que hacía que me sintiese mal en mi propia piel. Tenía mucho trabajo y me quedé a adelantarle, aunque era muy tarde por la noche. Pronto caí en la cuenta de que se me habían acabado el tabaco y el whisky. Fui a un establecimiento cercano a mi casa, de los que no cierran en toda la noche y venden, a precios astronómicos, pequeños vicios. Me encontré con Carlos y Tono, bastante borrachos, que regresaban de Pamplona de ver a unas novias... Siempre tenían novias, fuera de Madrid, de las que se enamoraban con la fugacidad y rapidez del rayo. Eran mis viejos amigos; uno, mi primer amante; el otro, su compañero de mili, lo que parece el rubicón de la vida de un hombre, con el que se había ido de putas, se había metido la primera raya de coca, pero por encima de todo ambos eran el sueño inalcanzable de una niña —cuando los conoció— especial llamada Ada, decidida a esperar el tiempo que fuera preciso hasta convertirlos a cualquiera de los dos, pero sobre todo a Tono (el parecido a Ornar Shariff), en su amante. Hacía tiempo que no nos veíamos; rápidamente les conté los últimos acontecimientos y después de tomarnos una copa se vinieron conmigo con la promesa firme de que yo tenía que entregar al día siguiente un trabajo que debía terminar aún. La música de los Beatles y de los Rolling Stones sonó de inmediato y trajo a Ada, en camisón, que no podía creer que tuviera a sus dos hombres delante. Abrazos, besos, exclamaciones de júbilo y un deseo hecho realidad: Tono sería durante mucho tiempo el amor cumplido de aquella niña caprichosa, adorable

y débil, que conseguía cuanto quería. Tono le recriminó seriamente que se hubiera enganchado tanto del mortífero caballo, que no se hubiera detenido, como él, en los porros y en las copas, a los que veneraba desde hacía años, pero dominándolos. En eso estábamos todos de acuerdo, a pesar del batiburrillo que, por desconocimiento, se ha hecho después de las drogas. Quiero dejar bien claro aquí que la memoria es uno de los adornos del ser humano y la historia está llena de seres que utilizaron las drogas para su beneficio y placer, sin que ello llevara implícita la muerte, la destrucción propia y la del entorno. No es apología de las drogas, pero el ser humano también las ha utilizado para la creación y el placer. Tomemos el opio, por ejemplo, en Oriente base de una cultura milenaria, utilizado, tal vez como distintivo de una casta privilegiada, tanto por hombres como por mujeres, que alcanzaban edades longevas, así como curativo en pequeñas dosis, sobre todo para afecciones intestinales. Luego está el hachís, en Marruecos; la belladona en la farmacopea universal, empleada como tranquilizante; la hoja de coca, que cocida resuelve el llamado «mal de altura», es decir las bajadas de tensión y las descompensaciones cardíacas; el vino, base de la cultura mediterránea; la nicotina, que, también en pequeñas dosis se usa en farmacopea, y otras hierbas tan antiguas como la humanidad, usadas en los ungüentos curativos, afrodisíacos y placenteros de lo que hoy se llaman medicinas alternativas y que no son otra cosa que los matraces y las vasijas de los curanderos y brujos de todos los tiempos. Hasta que llegó la química a ensuciarlo todo en los laboratorios multinacionales, a sueldo de los mismos que organizan el hambre, la guerra y la desolación en el mundo. Ellos fueron, en suma, los que sintetizaron la heroína a partir del opio. Y otras drogas como el LSD, o las llamadas de diseño. Pero volvemos a la pirámide de la droga de que hablaba Burroughs: ¿a quién le interesa que haya consumidores en las calles...? No quiero entrar en disquisiciones que se convertirían de inmediato en políticas, porque no es la misión que me he propuesto en estas páginas. Sólo deseo que mi realidad y mi dolor lleguen a quien corresponda, y si alguien que me lea simplemente tiembla o pierde un minuto de sueño, me dará por satisfecha.

Tono, mi amigo, desde hacía años consumidor de drogas —alcohol, hachís, peyote— sin haberse convertido en adicto a ninguna de ellas,

funcionaba perfectamente en sus negocios, ganó mucho dinero y estuvo unido sentimentalmente durante años a una doctora en medicina con la cual tuvo dos hijas. Era, como suele decirse, un ciudadano normal que gastaba su tiempo libre y su fortuna en lo que le complacía. Y después de darle tan sabios consejos a Ada para que dejara el caballo, él lo probó y se colgó tan fuertemente de su grupa que perdió su fortuna y la vista, a causa de la candidiasis que le provocó una dosis adulterada. Al cabo del tiempo, y cuando todos nos preguntábamos qué sería de su vida, recibí una carta suya en la que me contaba sus desgracias y me pedía que le buscara un trabajo en Madrid. Tiempo después, como ya he dicho, me enteré por su última compañera, a la que conocí accidentalmente, que se había suicidado volándose la tapa de los sesos con un tiro de escopeta en su ciudad gallega natal, en la casa de sus padres, que fueron los únicos que le ofrecieron cobijo al final.

Cuando se lo conté a Ada con notable emoción en mi voz, no se mostró demasiado sorprendida. Lo sabía, y quién sabe si no fue ella la que incitó a Tono a probarlo por primera vez a pesar del miedo que él, el drogata, el duro de la película, le tenía, y había terminado enganchado. ¡Que Dios me perdone si los yonquis no son una secta inspirada por el Maligno! Quizá para pasar ellos por normales su mayor deseo sea hacer acólitos, y Ada, que lo intentaba con todas sus fuerzas, logró un buen número, entre quienes se encontraban algunos de los más resistentes, como mi amigo, que no era un niño y mucho menos un puritano.

El 3 de agosto de 1983 murió mi padre. Hacía menos de un mes que me había marchado a Canarias, a Las Palmas, a trabajar para TVE. Dos de mis hijos vinieron conmigo. En realidad era una huida y un intento de formar una pareja con el hombre de quien ya he hablado y del que, por el momento, no voy a hablar más.

A finales de julio había hablado con mi padre y lo había encontrado bien, pero su muerte fue instantánea, a una hora muy temprana de la mañana cuando se dirigía, como lo hacía habitualmente, a su paseo por el Retiro. No me había hablado de los problemas de la casa, protagonizados, naturalmente, por Ada. Sólo me había pedido dinero,

lo cual me extrañó, porque hacía muy poco tiempo que me había ido y había dejado una suma más que suficiente para los gastos de la casa.

Nacho se había convertido en su sombra y prácticamente vivía en mi casa. La tensión allí se notaba nada más entrar. Mi padre ya no podía hablar, pero mi hija pequeña y la persona que se ocupaba de la casa, que había pasado de servidora a amiga, sí. Las peleas entre él y Ada eran continuas, igual que las palizas; ambos estaban enganchadísimos y se habían convertido en auténticos delincuentes. No sé si desde esos días les unió en algún momento otro amor que no fuera el del caballo, pero en todo caso su unión, hasta que la muerte se los llevó, fue sadomasoquista, como me he cansado de repetir.

Tardé algunas horas en ver a mi hija mayor, y para entonces ya estaba al cabo de la calle de cuanto ocurría allí. Llegó, ya casi de madrugada, puesta, hablando sin parar, quitándose de los ojos las imaginarias telarañas, y tuve que esperar hasta que se fueron los componentes del velatorio —sin muerto que velar, porque como mi padre había fallecido en la calle lo trasladaron al Instituto Anatómico Forense para practicarle la autopsia, de donde partió el entierro—. Saltando de un tema a otro de nuestra dramática y absurda conversación, mi hija negó las acusaciones que se hacían contra ella y acusó a su vez a su hermana, a la sirvienta y a mi padre, de conjurarse para, aprovechando mi ausencia, echarla a la calle y malversar mis bienes... Era como siempre... Y yo estaba muy triste y muy cansada. Sólo conseguí que Nacho durmiese fuera de mi casa y que reinara la paz, al menos en apariencia, durante unas horas.

Dos días más tarde regresaba a Canarias, creyendo que la tranquilidad duraría algún tiempo, pero no fue así, pues a la semana siguiente recibí una carta del padre de Nacho, ceremoniosa, fría e insultante para mí y para mi hija, a quien, según palabras de aquel señor, había «recogido en su casa porque le daba pena que durmiera en la calle», rogándome hiciera las gestiones oportunas para que fueran a recogerla o de lo contrario «la depositaría en alguna casa para muchachas descarriadas». Quedé atónita ante aquel lenguaje, casi me parecía estar oyendo a algún personaje de Galdós... ¿Quién era aquel tipo que usaba palabras tan obsoletas, que me llamaba ceremoniosamente de usted para insultarme con los epítetos de mala

madre, mujer descarriada y un largo etcétera de lindezas semejantes...
?

El futuro suegro de mi hija era el mayor de una familia de rancio apellido y muchos prejuicios, que vivía, como la mayoría de esta gente, más de cara a la galería que hacia adentro. Preocupado siempre por «el qué dirán», en su juventud cometió la heroicidad de correr en rallies automovilísticos y enamorarse de una modelo malagueña con la que convivió durante años hasta que la convirtió en su esposa, para gran indignación de su inmovilista familia. La mujer, hermosa y moderna, le dio dos hijos y no aguantó las ataduras y la monotonía del matrimonio con aquel hombre que, una vez convertido en marido, dejó de ser el divertido compañero, para convertirse en adusto y severo juez, lo que la empujó a la bebida, convirtiéndose pronto en alcohólica y muriendo de cirrosis cuando sus hijos tenían diez y doce años. Desde entonces el hombre había intentado ocultar a los hijos el trágico fin de su madre y se trasladó a Madrid con ellos; compró una casa en un barrio elegante y de derechas y pidió ayuda a sus hermanas para educar a los hijos. La hija tuvo que casarse a los diecisiete años porque estaba embarazada; poco tiempo después abandonaba marido e hijo en la casa paterna, para convertirse en una ninfómana y alcohólica, a la que no pudieron redimir ni siquiera en un convento de descarriadas donde la metieron las tías. En cuanto al hijo, Nacho, el que sería mi yerno, itinerante, como ya dije, por los mejores colegios del país, drogadicto desde su más temprana juventud, expulsado de alguno de estos colegios por traficante y encubierto siempre por su padre, quien hasta los últimos días y a pesar de la evidencia palpable no quiso saber de su realidad, de la que culpaba a los amigos y a Ada, principalmente, cuando apareció en aquellas vidas.

Durante unos meses la pareja vive sola. Ninguno de los dos trabaja y subsisten de lo que nos sacan al padre de Nacho y a mí. Estoy, por aquellos días y ya de vuelta en Madrid, hundida moralmente y mal en el trabajo, unas veces porque se cierran medios en los que solía colaborar, otras porque he comenzado a encerrarme en mi círculo, que es oscuro y siniestro, y empiezo a sentir la misma frustración que iba contagiándome mi compañero. Empiezo a tocar fondo y no puedo salir a la superficie. Me aislo al mismo tiempo que me aíslan; es como una acción simultánea que sólo se hace palpable cuando te encuentras

con viejos compañeros o conocidos y les notas, al verte, la misma sorpresa que cuando se ve a un fantasma... o a un resucitado.

El 12 de enero de ese mismo año se casan. Llego tarde a la ceremonia, que se celebra en el juzgado, creo que porque en el fondo no deseo que suceda. Ada está embarazada de siete meses. Cuando llegamos mi hija pequeña y yo, la pareja, ya en la calle, son legalmente marido y mujer. Es la cruda realidad. Conozco personalmente al suegro de mi hija y responde a la imagen que de él me había hecho. Los invito a comer y luego celebramos una fiestecita en mi casa a la que él no acude. Todo muy ridículo, como con diapasón. «Los recién casados se van de viaje de novios en mi coche utilitario a Extremadura, donde visitan a la hermana descarriada en el convento donde purga las penas de la carne», ésta sería más o menos la reseña que me habría gustado publicar; en cambio, mis compañeras de desayunos dieron alguna más clásica, y todo quedó muy bien. O como decía mi querida amiga Mercedes, abandonada como yo por su marido y madre de tres hijos que eran amigos de los míos y condiscípulos: «Hemos casado a la niña, y con un chico de muy buena familia...»

Cuando se fueron los invitados y los novios, rompí a llorar, y así me pasé toda la noche: se me habían roto tantos esquemas, se desvanecían tantas ilusiones depositadas en aquella hija... Recordaba, sin poder remediarlo, cuántas metas le había marcado, a las que siempre llegaba vencedora, aún antes de nacer, cuando le buscaba un nombre y le moldeaba su cara y daba color a sus ojos y vigor a su cerebro y la completaba con un cuerpo esbelto y bien formado y un atractivo especial. Siempre le soñé triunfos y un lugar privilegiado en la vida... Fue mi primera creación, tantos años esperada, llegué a convertirla en mito y sentía su fracaso como mío. Metafóricamente, me dolía el alma...

Si Ada hubiera aplicado su inteligencia y su encanto a otros objetivos, los más altos, los habría alcanzado. Porque a pesar de su enganche siempre tuvo una gran inteligencia; suplió la falta de estudios con muchas horas de lectura, y, esto, unido a su gran memoria y a su capacidad de escuchar, la hacían pasar por una mujer culta y sensible. Poseía, es verdad, un gran talento natural, anegado por los traumas familiares, que nunca superó, y por la debilidad de su

carácter y el miedo al dolor, probablemente los factores decisivos para no abandonar nunca a su especial amante.

La primera sorprendida por su embarazo fue ella misma; pasaba largas temporadas —la última de dos años— sin período. Ya hacía tiempo que el ginecólogo le había advertido que la heroína produce tal envejecimiento de las células que su perfil era el de una mujer en edad de menopausia. Después de la boda la veía poco. Bien es verdad que los yonquis poseen la rara habilidad de mantener alejadas a las familias, porque para ser ellos las víctimas han de situarse en un entorno familiar desgraciado, y cuentan mentiras, inventan dramas que no existen y vicios sin fin para desprestigiar a los parientes más cercanos. El caso es que apenas se conozcan, que no hablen, que nos hagan imposible salir del error de apreciación en que nos meten, y así, no volví a tener ocasión de conversar con el suegro de mi hija desde el día de la boda hasta varios años después. Aunque con interrogantes llegué a creer la versión de ogro del pobre hombre, bastante mayor cuando le conocí, que privaba a mi hija de las más elementales ayudas, a pesar de su avanzado estado de gestación, de la alimentación necesaria y del menor respeto, pues ayudaba a su hijo a maltratarla «para que purgara sus pecados». Estas historias me las contaba entreveladamente las pocas veces en que teníamos ocasión de hablar, y siempre terminaba, es verdad, pidiéndome dinero para la canastilla del niño o para alimentos para ella. Se me encogía el corazón, tenía deseos de enfrentarme a semejante monstruo y leerle de pe a pa la declaración de derechos humanos y acusarle de clasista, machista y hasta sospechoso de la muerte de su mujer y de su alcoholismo. Influida o no, lo cierto es que su aspecto era sombrío, como de inquisidor; sonreía poco y cuando lo hacía dejaba entrever una dentadura amarilla y siniestra, como cadavérica. Imaginación aparte, lo cierto es que a la hora de parir Ada no tenía dónde ir. Su marido no trabajaba y no había Seguridad Social; la sociedad médica a la que pertenecía la familia desde hacía muchos años le había sido denegada a mi hija porque en el fondo la veía como a una proscrita... un añadido lleno de tachaduras a sus pomposos apellidos.

Tuve que acudir a mis amigos y pedirle permiso a mi hija Beatriz para que Ada usurpara su puesto y pudiera parir en la misma clínica en que la habían desenganchado y había pasado un mes muy grave a causa del accidente que había sufrido al regresar del Moro.

Pocos minutos antes de las cinco de la tarde del 5 de marzo de aquel mismo año, traían al mundo, con dos semanas de anticipación, a mi primer nieto, Hugo, que nació normal aunque algo falto de peso por los días que le faltaban de gestación. He dicho «traían» porque la madre tuvo que ser sometida a una cesárea para evitar los esfuerzos del parto que podían abrir sus cerradas roturas de pelvis y porque en la última ecografía el ginecólogo había detectado una insuficiencia respiratoria en el feto que él achacaba —eso lo supe después—, a la adicción de la madre. Total, que al recién nacido, a quien apenas entreví cuando lo sacaron del quirófano al mismo tiempo que su madre, y al que inmediatamente metieron en una incubadora, el ginecólogo, sin análisis previos ni otras medidas, le diagnosticó como hijo de heroinómana, aquejado del síndrome de abstinencia, y con total impunidad y desconocimiento le recetó una alta dosis de luminal en vena que a las pocas horas lo dejó inconsciente. Casualmente bajé a la planta donde se encontraban las incubadoras, creo que porque mi cuñada, avisada por mí, vino a ver a su sobrina y ahijada y al recién nacido, artificialmente dormido. El niño no tenía nada que ver con el que pocas horas antes había entrevistado en el pasillo cercano al quirófano: un bebé nervioso, quizá hambriento y desconcertado porque le habían sacado antes de tiempo de su confortable habitáculo.

Pedí explicaciones; no me las dieron porque a esas horas —no serían más de las nueve de la noche— no estaban los responsables, ni el ginecólogo ni el neonatólogo. Llamé entonces a mi viejo amigo Jotapé, a la sazón director del Hospital de La Paz. Le expliqué los síntomas, le dije quién era el ginecólogo de mi hija y, sin más preámbulos, me dijo: «Pide una ambulancia, un pediatra y una incubadora y tráete inmediatamente a tu nieto a la clínica infantil...»

En la clínica tuvieron que avisar al director y al neonatólogo, un anciano pediatra, quien no impidió la salida de mi nieto de allí pero me sugirió que no me lo llevara pues le habían detectado un grave trastorno respiratorio; ello, unido a la medicación que había ordenado el ginecólogo por si el niño sufría síndrome de abstinencia, teniendo

en cuenta que su madre era heroinómana, no aconsejaba el traslado. El pequeño estaba grave y el pediatra me aconsejó que lo mejor que podía hacer era rezar y esperar un milagro. Mi indignación desató una profunda ira; quise saber si previamente le habían hecho análisis al bebé para cerciorarse de lo que decían y, en caso afirmativo, con qué estaban tratándolo y por qué no me habían preguntado, a mí o a mi hija... El anciano no respondía y repetía lo de esperar y rezar... «No tengo tiempo ni de lo uno ni de lo otro, señor. Esperaré mientras lo atienden otros facultativos más responsables y rezaré cuando mi nieto esté vivo; de momento me lo llevo de aquí. Haga el favor de disponer de un pediatra y una incubadora porque la ambulancia ya debe de estar abajo.» Antes de irme le comuniqué a mi hija, la madre del niño, mi decisión, y contagiada de la política de que «los trapos sucios se lavan en casa», lo que más le preocupaba era qué dirían los amigos que habían hecho posible que ella diese a luz allí... Dejé bien claro que a mí lo único que me importaba era la vida del niño. Y bajo mi responsabilidad una vez más, saqué de allí a mi nieto.

En el hospital estaban esperándonos, y con toda rapidez atendieron al pequeño, mientras yo arreglaba el papeleo en el que figuraba mi hija Beatriz como madre. Cuando subí a la planta donde había quedado el pequeño, me esperaba una joven, la doctora Sánchez Martín —nunca olvidaré su nombre— quien me condujo a un despacho y, en la creencia de que yo era la madre, me dijo que esperara algo de tiempo pues no creía que el niño saliera adelante, sobre todo porque no sabía qué medicamentos le habían suministrado y el compañero —refiriéndose al pediatra que nos acompañó— tenía orden de no decirlo. Confieso que fumé en menos de dos horas más de tres cajetillas...

Pasó más de un mes en la UVI de aquel hospital infantil hasta que descubrieron lo que le habían metido, y su vida corrió serio peligro. Ada, ya repuesta de su intervención, tuvo ocasión de demostrar su magnífica condición de madre, ya que durante el mes largo que su hijo pasó allí iba todos los días a darle de mamar y a comunicarle su calor, pues el niño se pasaba las horas metido en una incubadora, desnudo y con la cabecita pelona, lleno de goteros, con un gorro y unos patucos como única indumentaria. Aquella UVI estaba habitada por seres «nonatos» —el servicio se llama de nonatología— que luchaban por

ser y estar en el mundo. Hijos de drogadictos, la mayoría, algunos habían nacido voluntaria o involuntariamente prematuros —a los cinco, seis o siete meses de gestación—; otros, porque la madre los había alumbrado antes de tiempo en la cárcel y crecían allí, al amparo de la ciencia y de los amorosos cuidados de enfermeras y médicos, hasta convertirse en personitas... Un panel de fotografías de niños mayorcitos, sanos y sonrientes, era la mejor alabanza para la maravillosa labor que llevaba a cabo aquel equipo.

Creo que, además de la ciencia, a Hugo le salvó el amor de su madre, sus esfuerzos por amamantarlo, intentándolo primero con mucha paciencia para que agarrara el pecho, y sometiénzose luego a un doloroso ordeño del que sacaba la leche mezclada con sangre, pues se le habían formado grietas alrededor de los pezones.

Todo este drama se tiñó de rosa cuando aparecí, junto a mis compañeras de desayuno, en un programa de máxima audiencia de televisión, como la abuela más joven y famosa del país; me pidieron varias entrevistas para la prensa del corazón, que decliné, y hasta que a mi hija no le dio la gana, es decir, hasta que me necesitó, no volví a ver a mi nieto. A veces la llamaba desde un bar que había enfrente de la casa donde vivía, llorando, con «mono de nieto» como ella decía, y me marchaba de allí, medio borracha, sin haber conseguido mi objetivo. Esto no excluye el que a los pocos días apareciera con su niño y un sinfín de bolsas porque ya no aguantaba más y había decidido separarse... Cuando ya me había hecho a la idea de tenerlos en mi casa, una llamada —de Nacho, ¡naturalmente!—, y apresuradamente se iban... Así transcurrirían los once años siguientes hasta sus respectivas muertes...

Era el día de mi cumpleaños; no era Jueves Santo, como el día en que nací, pero sí abril y Semana Santa. Busco por los ignotos recovecos de mi ser y de mi vida para encontrar aquel «don especial» que me auguraba mi madre, gallega y algo meiga, por haber nacido en semejante fecha: no lo encuentro, o en caso de tenerlo jamás me explicaron en qué consistía el «don especial». Quizá fuera el de acumular en mi persona casi todas las desgracias del mundo. Cuando relato los hechos de mi vida de manera descarnada, realista e irónica el

oyente los atribuye de inmediato a mi fantasía de escritora, y lo cierto es que la realidad supera a la ficción.

Lo más importante de la fecha era que Ada me llamaría o vendría con su pequeño; hacía días que no los veía y tenía una enorme curiosidad por saber cómo crecía y evolucionaba esa personita a la que sentía mía desde que la vi casi sin vida y ayudé a que siguiera con ella. Me preguntan qué se siente al ser abuela y no sé definirlo, quizá amor proyectado o la continuación del que se le tiene a los hijos; no por la perpetuación del apellido, pues nuestras leyes nos dejan a las mujeres en el olvido de un cuarto lugar al convertirnos en abuela. Pero no importa, somos las fuertes de la creación aunque se nos denomine el sexo débil. De ahí, supongo, la frase que me repetía mi padre, que al llegar a la vejez se había convertido en un ardiente defensor de la mujer: «El hijo de la reina siempre es el rey», algo irrefutable y fuera de duda: mis hijos, son mis hijos...

A media tarde apareció Ada, llorosa, despeinada y con un ojo morado, cargada con su hijo y unas cuantas bolsas de plástico a modo de equipaje. Su suegro y su marido la habían echado de la casa una vez más y se refugiaba, como siempre, en la mía; invadía mi cuarto, relataba los malos tratos y los insultos que recibía, con lo que a mí me empezaba a hervir la sangre, y lo disponía todo para quedarse conmigo, decidida a no soportar más humillaciones de aquella gente...

Los amigos que habían venido a felicitar me lo hacían también por la decisión de Ada, pero yo tenía que avisarles de que no le creyeran, porque no podría decir con exactitud cuántas veces se había repetido aquella escena. En cualquier caso, duraba el tiempo que él tardara en hacer tres o cuatro llamadas telefónicas seguidas de gritos, insultos, lágrimas; a veces el suplicio se alargaba durante uno o dos días, hasta que conseguía llevárselos con la misma facilidad con que los despedía. Yo me juraba una y mil veces que debía olvidarme de ellos, incluso de mi nieto, pues sufría mucho con sus ausencias y las prohibiciones de verlo. Por supuesto, jamás cumplí el juramento y cada vez me sentía más atrapada en aquella telaraña de la que nunca pude escapar.

La infinita curiosidad que siempre me ha producido la evolución de un bebé quedaba sistemáticamente insatisfecha; no lo veía crecer día a día, que es como hay que seguir la vida de un niño, sino que de vez en cuando me sorprendía descubriéndole un diente nuevo o adivinando

entre sus sonidos guturales uno que a mí me parecía la palabra «abuela», aunque en realidad era «lela», entre muchos ajos, papá, mamá, tata... y me ponía muy contenta porque creía que el pequeño me reconocía. Me impactó ser abuela, está claro, de lo contrario no perdería tanto tiempo descubriendo detalles casi imperceptibles en los que no había reparado ni cuando fui madre por primera vez, pero lo que más me alucinaba era la clarividencia de que tarde o temprano tendría que suplir a su madre, no en lo material, como ahora, pues ya en mi lista de la compra aparecían pañales, leche maternizada, potitos, etcétera, sino para ocupar su lugar en toda la extensión de la palabra. Es muy fuerte, pero no me avergüenza confesar que hasta públicamente había expresado la posibilidad de que las autoridades sanitarias estudiaran la conveniencia de esterilizar a los drogadictos que ya fueran enfermos. Muchos se me echaron encima y me llamaron nazi, pero es muy probable que de ese modo evitáramos una generación de huérfanos o niños abandonados, muy resentidos psicológicamente por el comportamiento de sus padres.

Me pregunto cómo no pensar barbaridades así. Trece meses después del nacimiento de Hugo, y de nuevo sin período, Ada volvió a quedar embarazada, pero no se dio cuenta hasta que estuvo de cinco meses, y eso gracias al ginecólogo de un servicio de planificación familiar al que la llevé en el momento que me expresó sus dudas, con la firme idea de que abortase. Era imposible por todos los conceptos, pero más que por el legal porque su estado de salud no aguantaría una intervención de estas características.

... Y alabado sea Dios, otro niño, Nacho, vino al mundo. Fue el 10 de marzo de 1986. Con éste los peligros que sufrió el otro se disiparon; la clínica no era la misma, el ginecólogo desconocía la adicción de la madre y el bebé nació mediante cesárea, pero a su tiempo y con el peso justo para no tener que pasar a la incubadora. Y con tanta hambre que lo primero que intentó fue comerse la uña de porcelana de mi amiga Mercedes: Mi yerno trabajaba, nada menos que de vigilante jurado, pero a fin de cuentas era un trabajo. Yo quería creer que aquélla iba a ser una familia normal y hasta feliz; la ilusión duró tan poco como la visión de una estrella fugaz en el firmamento claro de una noche de verano, pero expresé mi firme deseo mientras contemplaba a mi nieto mayor dormido en mi cama, atenta a su respiración pausada, cogiendo

y besando sus pequeños dedos y grabando en mi memoria su hermosa y plácida carita sonrosada de piel tan suave que parecía irreal y las largas pestañas oscuras que protegían sus pupilas claras, tan parecidas a las de mi querida hija. Me sentí de pronto relajada y dispuesta a ganar la guerra. Agradecí a mi nuevo nieto el regalo de su hermano mayor, aunque sólo fuera por unas horas y sin el peligro de que se lo llevasen en mitad del sueño, como sucedió más de una vez.

EL COLOR DEL DESAMPARO

Habían empezado a darme miedo los veranos; se habían acabado aquellos tan divertidos, cuando mi casa era el refugio de amigos raros, ácratas y disconformes y se convertía en una especie de comuna o fonda de paso donde permanecer unas jornadas hasta que llegara el otoño y cada uno volviera a su puesto y a vestir el uniforme de la disciplina social establecida, al aburrimiento de los despachos y al discurso oficial.

El del 87 empezó como continuación del invierno, saltándose la primavera, con bajas temperaturas en los termómetros y lluvias todos los atardeceres acompañadas de escandalosas tormentas eléctricas... Presagiaban desgracias, según mi hermana Carlota, la bruja-adivina que cuando intentaba leer las cartas del tarot para mí, se detenía y decía que barajara de nuevo, que cortara otra vez... Aparecían el ahorcado y la parca con su guadaña a cuestas... ¡mal, mal...! Baraja... Corta... y al final no me las leía porque decía que sentía escalofríos... ¿Tan terrible era mi futuro...? A decir verdad, ya lo habían sido el pasado y el presente... Llevaba años en continuo sobresalto, luchando por la libertad sin obtenerla nunca, ni siquiera la de morirme. La felicidad se había convertido para mí en una utopía y el vivir cotidiano, por mucho que me esforzara en lo contrario, en un vegetar. Copio de las notas de un cuaderno de Ada —era muy aficionada a escribir, pero también muy perezosa, lo que fue una lástima pues lo hacía bien— esta frase: «Mi vida era una amalgama que sólo daba un color; un color nuevo, terrorífico, inaudito: el color del desamparo.» Nunca he adivinado cuál es exactamente, pero lo he hecho mío y resulta blanco y gris; con algún matiz violeta, quizá...

Uno de los atardeceres del recién inaugurado verano, acompañada de rayos y truenos, apareció Ada en mi casa. Una vez más la habían echado y llegaba cargada con varias bolsas de supermercado que contenían su desordenado equipaje y el de sus hijos. El pequeño dormía en sus brazos y el mayor se agarraba al bolsillo de su chaqueta. Venía demacrada, con rano-ratones en la cara, los ojos llorosos y, ¡en pleno mono! Imaginé el motivo de la disputa, siempre sucedía lo mismo, cuando sólo había caballo para un chute... El dinero era de él, o

robado a su padre, eso daba igual, y estaba claro que en consecuencia era él quien se ponía. Me pidió algo de pasta para ir a pillar y no sólo se la di sino que yo misma la llevé a la avenida de Guadalajara. Era un sentimiento de pena y rabia el que me empujaba a ayudarla, aunque acto seguido me lo recriminara, pero cuando llegábamos al poblado gitano de La Celsa o de Pies Negros, me alegraba de haberla acompañado y esperarla en el coche. Nadie que no conozca esos lugares puede llegar a comprender el submundo de marginación y mierda que conlleva el caballo.

Pasó la noche muy mal, con mucha tos y fiebre, además de una fuerte colitis y vómitos. Al día siguiente decidí llevarla al Hospital Provincial, donde me habían dicho que había un internista buenísimo que trataba con éxito a drogadictos. Me advirtieron que si deseaba que la viera rápidamente debía buscar recomendación, cuanto más alto el nivel, mejor, y dinero, pues el tal doctor trataba a sus enfermos en la clínica privada de ese gran hospital: catorce mil pesetas diarias la habitación individual y radiografías, análisis, medicamentos y las pruebas que necesitase, aparte. Toda una carrera de obstáculos nuevos a los que ya añadir: la vieja casa donde vivo desde hace cincuenta años, en obras, necesarias para que no se derrumbe, que ascenderán a más de un millón; por culpa de las mismas, el agua y el gas cortados, y por si faltaba algo, dos niños de corta edad... En cuanto al dinero, tal vez porque nunca lo había tenido, era lo que menos me preocupaba. Siempre se había solucionado gracias a los buenos y generosos amigos y a los bancos.

Mi principal preocupación era ganarle la batalla a la heroína, y estaba en el buen camino; mi hija ingresó en la clínica privada de aquel hospital al día y medio de llegar a mi casa. Cuando la dejé allí respiré y vi que su horizonte empezaba a clarear; de buena gana habría cantado victoria, pero no me atrevía, pues sabía que el enemigo era fuerte y contumaz. Sólo me atrevía a abrazar muy fuerte a mis nietos y a susurrarles que «mamá va a ponerse muy bien; la abuela va a salvarla». Por primera vez en mucho tiempo dormí bien, al menos sin pesadillas.

El chequeo empezó en el momento mismo del ingreso; la sometían a una prueba diaria de orina para detectar opiáceos. Dos días dio negativo, al tercero empezó a dar positivo, y así me lo comunicaron.

Hablé con ella muy seriamente, le hice ver los enormes sacrificios que suponía el que estuviese allí y le dije que de seguir dando positivo no querrían tratarla o todas las pruebas estarían alteradas; apelé a su buen juicio y le recordé que estaba obligada a curarse, por sus hijos y por mí. Asintió en silencio y yo quise creer, por su mirada y la caricia de sus manos en mi pelo, que lo dejaría... pero las pruebas de los días siguientes siguieron dando positivo. Tenía prohibidas las visitas, pero ella se las arreglaba para salir a la calle —algo en lo que no había pensado, sin reparar que no estaba en un sanatorio sino en un hospital, aunque fuese en su clínica privada— y recibir visitantes nocturnos —no había especificado horario—, por lo general su marido y el camello de turno, cuando no sólo el primero, que iba a recoger lo que ella había comprado.

Cierto día, una llamada anónima me avisó y me marché corriendo al hospital; efectivamente, mi yerno y otro hombre salían de la habitación. Nuestro encuentro no tuvo nada de amistoso, como se imaginarán. A la mañana siguiente elevé una protesta ante la dirección, y me dijeron que aquello era una clínica privada donde no existía horario de visitas, ni vigilancia especial para los enfermos que, como mi hija, dependían de medicina interna... Si quería vigilarla tenía que hacerlo personalmente; había una cama en la habitación para acompañante.

Los días siguientes dio negativo, ya no sé si es que no se ponía o había aprendido a hacer trampas... ¿Estaba mejor o sólo me lo parecía? Una vez más me sentía estafada en mis sentimientos y, por qué no, en mi orgullo. Deseaba profundamente ver el fin a aquella guerra y a veces, muy en mi fuero interno, deseé la muerte de mi hija. Me dolía tanto comprobar cómo se humillaba, denigraba y deterioraba por la puta droga; me sentía tan impotente ante enemigo tan cruel...

Permanecía a su lado todos los minutos libres de que disponía, pero aun así no eran muchos y pasaba casi todo el día sola. Sus hermanos comenzaron a sufrir el síndrome de inutilidad que muchas veces se siente con estas personas; su suegro y la escasa familia de su marido ni siquiera lo sabían y mis amigos, muy ocupados, le mandaban flores.

Una tarde de mediados de julio, cuando hacía quince días más o menos de su estancia allí y el calor del verano empezaba a agobiar, convirtiendo la habitación en una sauna, entró en la habitación el

doctor B., sorprendiéndonos a las dos dormidas. Me despertó con unos suaves golpes en el hombro y me rogó que saliera al pasillo.

«Perdona que te haya despertado —me dijo—, pero la enfermera me ha dicho que te había visto entrar y tengo que hablar contigo porque hemos descubierto que tu hija es portadora del virus del sida, el VIH. Vamos a hacer cuanto podamos, pero no creo que viva más de seis meses.»

Me pilló tan de improviso y el susto fue tan enorme que ni siquiera indagué, ni lloré; enmudecí. Cuando entré en la habitación el color de mi cara debía ser tan blanco como el de la pared. Ada, que aún estaba medio dormida y ni siquiera había visto la bandeja de la merienda, me dijo, al tiempo que me pedía que se la acercara: «¡Hija, qué palidez, parece que has visto a un fantasma!» Y se echó a reír... Pasé al cuarto de baño y me miré en el espejo; realmente estaba tan blanca como la pared. Me refresqué las sienes y me retoqué un poco para que el color volviera a mis mejillas... Ni siquiera le había preguntado al frío y antipático doctor si debía decírselo a ella... Dejé que pasaran unos minutos y salí del cuarto de baño... Aún entraba el sol por la ventana de la habitación; miré el reloj y me inventé una entrevista que había olvidado... Además de que los niños me esperaban fuera con una chica que había contratado para cuidarlos y debía dejarlos antes en casa. Si seguía allí me echaría a llorar...

No puedo expresar con exactitud lo que sentí; recuerdo que notaba un dolor cada vez más intenso en alguna parte de mi ser, probablemente en el alma, esté donde esté. Me latían las sienes y cada partícula de mi ser gritaba y se revelaba... Empecé a andar y medio sonámbula me despertó el frenazo de un coche junto a mí. Me encontraba en el centro de una calle con mucho tráfico; no sabía dónde estaba. El conductor del coche que estuvo a punto de atropellarme se bajó y, solícito, me preguntó si estaba bien... Llevó el vehículo hasta el bordillo de la acera y se ofreció a conducirme a donde le dijese...

—No, no, gracias y perdone —respondí.

Me acompañó hasta una cafetería y me pidió una copa.

—Le sentará bien; se la ve muy pálida y fría...

Estuve a punto de contárselo todo a aquel desconocido, pero ¡no!, era preciso obrar con calma, y pensar y reflexionar. Por otro lado, sabía muy poco de esa enfermedad, pero lo que me trastornó por completo

fue la brevedad del plazo, ¡seis meses de vida! Me tomé la copa y le di las gracias al hombre, cuya cara me resultaba conocida. Cuando más tarde miré su tarjeta y vi su nombre, comprobé que se trataba de un famoso actor español de cine y teatro.

En un taxi, de camino a mi casa, recordé la enfermedad de la que se había empezado a hablar tras acabar con la vida de Rock Hudson, el guapo y viril actor norteamericano, amor secreto de millones de mujeres que lo convirtieron en un mito sexual y del que más tarde se supo que era homosexual... Era, pues, la enfermedad marginadora, el rayo vengador que fulminaría a yonquis, putas y gays... Por el momento no recordaba más. Antes de entrar en casa llamé desde una cabina a mi amigo Jotapé; necesitaba hablar con él y que me contara detalles de la enfermedad y la verdad, como él la explicaba... No estaba y tuve que aguantar a su tediosa mujer, que me dio la noticia de que él los había abandonado y ya no vivía allí. Jotapé quería el divorcio pero ella jamás se lo concedería, y al cabo de unos minutos comenzó a llamarlo cabrón e hijoputa. Comencé a cansarme de aquel monólogo, y como no me decía dónde podía localizarlo dejé que la comunicación se cortase.

Mientras subía por las escaleras me preguntaba si debía decírselo a Ada... o no. Y no me decidí a entrar, porque también tenían que saberlo mis otros hijos y el marido de Ada... Los niños, no, ¿para qué si son tan pequeños?, pensé. Pero sí su suegro... O, tampoco; quizá se alegre...

Necesitaba compartir mi dolor, gritarlo, sacármelo de las entrañas, porque empezaba a quemarme. Por un instante me sentí tentada de volver al hospital, no a decírselo, sino como si se me hubiera olvidado dejarle algo, una prenda, un champú, cualquier cosa... ¡pero no!, se daría cuenta y al final tendría que decírselo, y, la verdad, no estaba segura de si era lo acertado. De repente el doctor aquel me parecía un fantoche, un indiscreto por hablar tan a la ligera y ponerle plazo fijo a los designios de Dios. Antes consultaría a otros, a quien fuera preciso.

No había pasado una semana y una mañana muy temprano me llamaron del hospital para decirme que fuera a buscar inmediatamente a mi hija... Antes de salir de allí debíamos pasar por caja y pagar una factura de cuatrocientas mil pesetas.

El pánico se había apoderado de los directivos del hospital, y en concreto del doctor B. Llamé a una de mis compañeras de desayunos y se lo comenté indignada, ya que había sido ella, precisamente, quien me había ayudado a que Ada entrase en aquel hospital. Me dio la clave con la noticia de que al director de un gran hospital de Córdoba lo cesaron fulminantemente por haber ingresado «de incógnito» — decía el periódico — a un enfermo portador del virus del sida, porque los demás pacientes habían protestado a pesar de que estaba en una habitación individual.

Triste y furiosa a la vez, escribí mi columna para un diario relatando los datos puntuales sobre el terrible hecho que acababa de ocurrirme. No me la publicaron y me aconsejaron que guardase silencio y fuera discreta. En ese momento comprendí que nos encerrarían para siempre en la incompreensión, en el desamor y sobre todo en el temor... Y que en adelante nos vestiríamos con túnicas del color del desamparo. Me rendí por unos instantes y como García Lorca dije: «Quiero dormir un rato, / un minuto, un siglo / pero que nadie crea que me he muerto.» Me alegré de no haberle dicho nada aún a Ada...

Me puse en contacto con el Instituto Pasteur de París, con el profesor Luc Montagnier y su equipo, quienes en mayo del 83 describieron por primera vez el virus que en el 81 apareció en homosexuales de Los Ángeles. Tanto ellos como el profesor Robert Gallo y su equipo, que habían aislado el virus del sida en Estados Unidos, me aconsejaron que no moviese a mi hija de España y que me pusiera en manos de algunos de los equipos encabezados por el profesor Nájera, porque el nivel de investigación era el mismo en los tres países y los nuevos descubrimientos eran transmitidos de inmediato de uno a otro lugar. Hasta ese momento el tratamiento consistía en un antivírico descubierto a finales del 86, el AZT (azidotimidina), cuyos primeros resultados clínicos demuestran la prolongación de la supervivencia de los enfermos.

Me mandan información sobre el VIH, el virus, que no es la enfermedad; aunque el descubrimiento es reciente se conocen casos de seropositivos (no es necesario llamar a un infectado por el virus VIH enfermo de sida) que han pasado todos estos años sin que la enfermedad se haya desarrollado; aun así, todos los miembros de la familia y cuantos hubieran estado en contacto con Ada debíamos

hacernos con urgencia pruebas de detección. En aquellos años había pocos centros donde realizarlas y tardaban mucho tiempo en comunicar los resultados, que eran anónimos siempre que se solicitara. Por lo que iba conociendo de la enfermedad, quien presentaba mayor riesgo de haberla contraído era el más pequeño de mis nietos, de dos años, pues su madre podría haber sido portadora del virus VIH en el momento de concebirlo. No quise ni pensarlo, pero juro que el mes que tardaron en darnos los resultados —los treinta y un días de aquel mes de agosto—, se me hizo interminable. Todos éramos negativos y nos lo comunicábamos mutuamente con gran alegría; alguno pasó auténtico miedo, porque más de una vez había compartido caballo y chuta con Ada... La relación con el suegro de mi hija era tan negativa que cuando decidí comunicarle los resultados, pues me creía en la obligación ya que habían convivido durante años en la misma casa, me colgó el teléfono sin que tuviera tiempo de decirle que quien debía hacerse la prueba de inmediato era su hijo... No sé si pensó que se trataba de una broma de mal gusto o de un invento mío... ¿O quizá de una forma de atraer de nuevo al marido de mi hija; o el miedo personal junto al del qué dirán...?

En cuanto al último punto, en cierto modo tenía razón, porque de inmediato empecé a notar que cierta gente se hacía la despistada cuando nos cruzábamos, otros que escondían su mano ante mi saludo y muchos que se excusaban abiertamente por aquello de que el miedo es libre y temían el contagio. Pero lo que más me dolió fue que mis amigos de siempre, o aquellos que durante años había tenido como tales, dejaron de visitar mi casa y sólo uno de ellos fue capaz de explicarme la razón, disculpándose como pudo y con más miedo que vergüenza, porque desde siempre había acosado a Ada.

Era algo tangible y descarado, un miedo cerval a lo desconocido y a la presentación que del tema se había hecho, dándoles la exclusividad a putas, maricones y yonquis, los tres «grupos de riesgo». Todo se pergeñaba como un castigo divino al pecado de la carne. Sangre y semen; semen y sangre alimentaban y transmitían el virus... Sin darnos cuenta habíamos retrocedido siglos en la civilización, todo Occidente imponía la marginación y el viejo y molesto condón que habían usado nuestros padres y abuelos para que la humanidad no creciera desproporcionadamente, fue impuesto por las autoridades sanitarias

de todos los países con el nombre de preservativo y a nadie le dio vergüenza ver anuncios en periódicos, cine o televisión en los que una mano se lo colocaba en su sitio a un hombre mientras una voz en off explicaba cómo se ponía correctamente. La inquisición con distinto objetivo: el sexo como pecado, cabalgaba de nuevo en el siglo XX. Por supuesto, la natalidad empezó a descender y trató de imponerse la idea de la fidelidad en la pareja como oposición a la promiscuidad. Cada pueblo y las distintas civilizaciones siempre encontraban una manera de diezmar a los «diferentes» y de castigar sus desmanes, por lo general con mensajes subliminales inspirados por la moral de la Iglesia de Roma.

Mi realidad era que me sentía sola, rechazada, que producía temor al contagio. Hasta en el trabajo mis compañeros dejaron de avisarme cuando bajaban a desayunar y las empleadas de la limpieza no retiraban el vaso ni el cenicero de mi mesa.

Cuando pasó el verano, Ada también se fue; con Nacho, como siempre, y con sus hijos, que durante aquel verano habían sido mi único consuelo y enseñanza para luchar por seguir viva, por estar en la brecha, y recordé como una anécdota las calurosas jornadas de agosto, sin agua y sin gas: tuvimos que trasladarnos a un hotel para bañarnos y asearnos diariamente y a fin de que los pequeños tuvieran las comidas a sus horas... «Dice mi abuelo que tú estás loca, como mamá», me dijo mi nieto mayor cuando volví a verlo.

Pasó algún tiempo hasta que vi de nuevo a mi hija y a mis nietos. Aún no le había dicho nada; prefería esperar a cuando tuviera alguna noticia de esperanza. La encontré muy rara, ¿enfadada, tal vez? Cuando se fue encontré una nota a mi nombre sobre mi mesilla; solía transmitirme por escrito las cosas que le costaba trabajo contarme. No me extrañó:

Hola madre, mi amiga, mi profesora, mi mejor enemiga; creo que sabrás o quizá te imaginas todo el dolor y toda la mierda... Además tengo sida, pero tú sí me tocarás porque te quiero.

ADA.

A medida que pasaban los años comprobaba que eran mis hijos quienes movían los hilos de mi destino y de mi comportamiento. De modo, pues, que yo no era más que una marioneta que cuando quería decidir por sí misma caía en las depresiones más profundas, y como ésa era la causa y yo la conocía, de nada me servían los consejos y tratamientos psiquiátricos.

Algo parecido le sucedía al suegro de Ada, aunque él pensara que era al contrario (eso si alguna vez se lo había planteado, cosa que no sé), pero estaba claro, porque apareció su hija después de varios años de abandono familiar con un nuevo marido al que había conocido en una clínica de desintoxicación de drogadictos —Narconón—, con implantación en varios pueblos de la geografía española, donde ella trabajaba y él trataba de dejar su adicción a la heroína, al tiempo que se resguardaba de la acción de la justicia, que le buscaba por el atraco a mano armada a un banco, en el que había muerto un vigilante. Éste era el nuevo personaje que iba a influir de manera decisiva en aquella familia y, por consiguiente, en la mía. Convencieron al vetusto señor de que malvendiera su casa del barrio de Salamanca cuanto antes y comprara un chalet en un pueblo de la sierra de Guadarrama, no tanto porque se encontraba cerca del trabajo de ambos, sino porque allí estaban seguros. Me llamó el suegro para decírmelo, y también que como quería volver a tener a su familia se llevaba a mis nietos, pero no a mi hija. Lo que yo opinara daba igual porque la decisión estaba tomada.

Aquel buen hombre, ya muy mayor y enfermo, que en los últimos tiempos no había tenido más remedio que olvidar su orgullo y llamarme para que le ayudara con los niños cuando le dejaban solo y porque le habían hecho un agujero de varios millones en sus cuentas corrientes y tarjetas de crédito, que además había constatado que también su hijo era droga-dicto desde hacía muchos años, tan ladrón por tanto como mi hija, aquel hombre, pues, se dejó llevar por el ternurismo de la hija pródiga y queriendo tal vez limpiar su conciencia del peso del dramático fin de su esposa, del que se sentía culpable, firmó su sentencia de muerte. Al frío, pues todavía era invierno y en la sierra nevaba cuando se trasladaron, se unieron copiosas comidas y cenas regadas con buen vino, seguidas de postres, café, puro y copas,

que en algo más de un mes dieron al traste con la vida de este hombre que llevaba años cuidando su hipertensión y sus vísceras con verduras sin sal, carnes y pescados blancos a la plancha y agua mineral como única bebida.

Objetivamente he de decir que era una buena persona, un hombre honrado que no supo enfrentarse con la tragedia de la droga, tal vez porque la sobredimensionó desde el momento que no quiso ser consciente de la realidad de su hijo, pensando que al negarla e ignorarla la hacía desaparecer y, sobre todo, cargando siempre sobre las espaldas de los demás las culpas y fallos propios.

El caso es que yo volvía, una vez más, a tener a mi hija en casa, enganchada como casi siempre al caballo y queriendo morir porque su marido y sus hijos vivían en otra casa con otra familia, no la de su cuñada, sino la de una mujer amiga de ésta, madre de tres hijos, que abandonada por su marido fue recogida allí, con los beneplácitos del ya difunto suegro, y se lió con su hijo, «muy centrado y feliz con ella». ¿Qué otra cosa podía hacer yo que aconsejar a mi hija que en una de las múltiples conversaciones telefónicas con su marido o en uno de sus fugaces encuentros —pues seguían viéndose, discutiendo y yendo a pillar juntos como en los mejores tiempos—, se hablara de la conveniencia de divorciarse? Se trató de ello en varias ocasiones, aún en vida del difunto, claro está que él, por sus ideas conservadoras e hipócritas del qué dirán, se conformaba con una separación o en todo caso con una anulación, demostrando que no era consciente de lo que decía, a pesar de ser abogado, pues la boda sólo había sido civil. Era evidente que no quería a mi hija, a quien culpaba de casi todas sus desgracias, y lo único que buscaba era que ella se fuese por las buenas dejando, ¡eso sí!, a su marido y a su descendencia con él.

El destino y el caballo se encargarían, una vez más, de unir a esta pareja que a pesar de los intervalos y los deseos, al menos aparentes, de todos, incluidos ellos mismos, habría de seguir junta hasta la muerte.

La vida de los yonquis que se reconocen a sí mismos como reincidentes decenas de veces tras igual número de desenganques, se convierte sobre todo cuando tienen hijos, en nómada, y así fue la de ellos. Aprovechando la escasa herencia del padre alquilaron una casa en un pueblo de la sierra de Madrid, donde vivieron generosamente

durante un verano, se endeudaron con créditos que no pudieron pagar, siempre a nombre de mi hija, y antes del año se mudaron a otro pueblo cercano donde nadie los conocía y siempre próximo a aquel en que estaba la propiedad paterna, que a la muerte de éste había pasado en usufructo a los hijos y más tarde a los nietos. Supongo que era una forma de sentir algo seguro cerca, algo ya pagado donde guarecerse, y también porque mi yerno estaba muy unido a su única hermana, incluso de una manera algo enfermiza, tal vez por haber sido huérfanos de madre desde muy niños.

En mayo del 91, días antes de su cumpleaños, Ada (por entonces vivían con su cuñada, que ya tenía dos nuevos hijos del segundo marido, rehabilitado y en vías de persona honorable), apareció por mi casa con los niños, ¡como siempre!, pero esta vez muy enferma, tanto que tuve que llamar a urgencias y se la llevaron al Hospital de la Princesa, donde estaba el equipo del doctor Sanz, que venía tratándola desde hacía tiempo. Como no respondía al tratamiento tuvieron que entrar al quirófano. Nos avisaron del peligro, pues estaba muy baja de defensas (los linfocitos T4 ya habían sido atacados duramente por el virus VIH); la operación sería larga y delicada, por lo que no podían asegurar que saliese con vida, pero... era el único medio de intentar salvarla... ¡Salió, una vez más!... Con una cicatriz que le recorre el cuerpo, un pulmón menos y el síndrome de inmunodeficiencia adquirida, el temible sida, ya activado. Ya es una enferma de sida, me repetía una y mil veces mientras miraba la planta nueve, «medicina interna»: infecciosos y geriatría (no sé por qué), y en apariencia estaban más viejos y deteriorados los primeros que los ancianos. Sentí deseos de recorrer con una cámara oculta aquellas habitaciones del dolor y de la muerte para convencer con imágenes, más que con palabras, en qué la puta droga (allí todos eran o habían sido toxicómanos, heroinómanos más bien) convertía a las personas. En la destartalada e inhóspita sala de fumadores fui conociendo a muchos de ellos —¡pasé tantas horas allí!—; pertenecían a todas las clases y esferas sociales, pues sólo los trataban en la red hospitalaria oficial, ya que sociedades médicas particulares los rechazan de plano, además de no disponer de los medios necesarios. Algunos privilegiados podían ir a las clínicas de Estados Unidos, carísimas, que no siempre respondían a su fama.

Hombres y mujeres, la mayoría en la treintena como mucho, esqueléticos, desdentados, paralíticos, casi todos dopados con calmantes fuertes que les ayudaban a sobrellevar los tremendos dolores que a menudo sufrían... Como denominador común, la heroína, que los había conducido a esa lamentable situación; y aun así todos soñaban con ella y en cuanto podían —en los hospitales también hay camellos— robaban o se prostituían para conseguirla. Es la realidad, aunque acto seguido, se arrepintieran de ello.

La vecina de cama de mi hija era una muchacha joven y bonita que había llegado de un pueblo andaluz. Su padre era un terrateniente católico, ultraconservador y de rancias costumbres que hacía que sus siete u ocho hijas vivieran a toque de corneta. Aquélla, al parecer, había burlado la vigilancia paterna y se había enamorado de un muchacho de la capital, empleado en una de sus haciendas, yonqui y portador del virus, que lo convirtió en abuelo. La deshonor de la familia tuvo arreglo dando al recién nacido en adopción, pero no así la salud de su hija, que al poco tiempo empezó a mostrar su deterioro, hasta que tras varios ingresos en hospitales de la zona y aquejada por «un mal desconocido», fue a parar al hospital de Madrid. La madre —¿ignorante?—, como una sombra vestida de negro, lloraba y rezaba junto a la cama de su hija, de donde no se movía más que lo imprescindible. Y el novio yonqui llegaba a ver a la niña, muy enferma, y a vender a los de la sala de fumadores, entre ellos mi yerno, quien, en honor a la verdad, visitaba asiduamente a su mujer: seguían unidos como siempre, alimentados por el mismo almuerzo y navegando en el frágil bote salvavidas que, más que hacer agua, se hundía.

Sólo en la vela nocturna, intentando dormitar en los incómodos sillones de plástico para el acompañante, oí comentar a aquella silenciosa mujer la desgracia que había entrado en su casa, aunque nunca llegó a nombrar la causa y mucho menos que supiera qué enfermedad padecía su hija... Lo que más le preocupaba era que su marido no se enterara de que el novio visitaba a su hija, y nos pedía a Ada y a mí que guardáramos el secreto de la enfermedad de aquélla. Era posible, ya que las historias clínicas en ocasiones tienen dos versiones: una, la auténtica, que queda en los archivos del hospital, y otra, la que entregan al paciente, en la que no aparece la existencia del

virus... Me doctoré en la verdad desnuda del sida y en paciencia. Quedaban aún duras jornadas, pero aquellos días me sirvieron de preparación para aguantar el deterioro físico de Ada, aunque tendría ocasión de especializarme pues mi yerno empezaría pronto a ser huésped frecuente de aquel hospital y de la misma planta; una trivial varicela que le contagiaron sus hijos fue la culpable de denunciar su avanzado estado de enfermo de sida y el comienzo de una interminable serie de ingresos hospitalarios, que culminaron con su muerte la mañana del 23 de diciembre de 1994; una muerte horrorosa, causada por una afección hepática y unas varices esofágicas que le hicieron echar literalmente «el hígado por la boca». Durante la larga agonía lanzaba alaridos que más que humanos parecían de un animal herido; era su fuerza de buen mozo de treinta y dos años, aún entera, lo que le hacía indomable y vencedor de cuantos sanitarios intentaban limpiarle y suministrarle medicamentos, por lo que hubo de ser atado a la cama con fuertes ligaduras por las manos y los pies. Los médicos pidieron permiso a mi hija para dejar de meterle plasma sanguíneo que devolvía de inmediato y le producía dolores aún más horribles y suministrarle un fuerte calmante, creo que morfina, lo que probablemente aceleraría su fin. Ella dio el permiso, porque en más de una ocasión él le había pedido que cuando llegara ese momento le inyectara una sobredosis de caballo; ella no estaba dispuesta a cumplir con su promesa, pero sí a contribuir en lo posible para que se acabaran sus sufrimientos. La muerte sobrevendría de igual manera, según los facultativos.

Para Ada, siempre tan indecisa y débil de carácter, esta decisión supuso un sentimiento de culpabilidad que, junto con la pena de haber perdido a su compañero, hizo que quisiera morir para unirse con él, y a partir de ese momento abandonó la medicación, se negó a acudir a las revisiones y ni siquiera escuchaba a su hijo mayor, que se enfrentaba cruelmente con ella para arrancarla del paroxismo en que se había sumido tras la muerte de su marido...

Raro era el día en que la muerte no visitaba mi entorno: mis sobrinas, Raquel y Marta; José Antonio y Gerardo; Patricia L; el segundo marido de la hermana de mi yerno; Tono; Isabel; la Canaria; Sofía. Eran «mis

niños», porque a todos los había visto crecer, pero ellos se denominaban la generación X. No me extraña que Ada, que a pesar de todo en ocasiones seguía teniendo un gran sentido del humor, aunque negro, le dijera a una amiga mía que se quejaba de no poder hablar conmigo porque mi teléfono siempre comunicaba:

—Seguramente por tu culpa, que eres una charlatana...

—¿Por mi culpa? ¡Qué dices!, es mi madre la que no para de hablar siempre que está en casa; aparte de que yo, como no llame al cementerio...

Con cada uno de ellos morían mis esperanzas, y cuando alguien como mi amigo Rafa el abogado que me conocía muy bien me preguntaba si estaba preparada, honestamente le contestaba que creía que sí. No obstante, me di exacta cuenta de que no era así cuando en la primavera del 93 fui a recoger a mis nietos, porque ella me lo pidió, a la penúltima casa que habitaron en Tres Cantos, la localidad cercana a Madrid. Me esperaba en el portal y apenas la reconocí; se cubría los ojos con unas grandes gafas oscuras y era, literalmente, un cadáver, no sólo por su extremada delgadez, sino por la expresión y el rictus de su boca... Apenas pude contener las lágrimas antes de llegar a Madrid... Tuve la sensación de que no volvería a verla y como un flashback vinieron a mi mente las imágenes de unas grandes bolsas transparentes con polvo blanco que descubrí en el armario de su cuarto uno de los días en que había ido a su casa a cuidarla porque estaba muy enferma... las asocié con los rumores que me habían llegado de que se habían hecho amigos de unos colombianos del cártel de Cali, que vivían en aquella localidad y traficaban impunemente. En efecto, había conocido a algunos de ellos y no me habían gustado... Aquello fue la puntilla para los dos.

A lo largo de este relato he ido sintiéndome como si hiciera striptease en medio de la calle: desnudándome por dentro y por fuera, y noto cada vez más vergüenza y pudor al tiempo que un frío intenso recorre mi columna vertebral y se instala en mi cerebro. En un último esfuerzo revivo el último año de Ada; me enfadaba mucho con ella intentando sacarla de su agonía y su dejarse morir; me exasperaba ver su decadencia día a día, la dejadez que se notaba en su persona. Algunas veces la obligaba a ponerse de pie y a mirarse en el espejo, pero ella cerraba los ojos para no ver su imagen, blasfemaba y me

insultaba, por eso y por despertarla. Yo le gritaba que tenía que vivir: «¡Por tus hijos, Ada, debes vivir por tus hijos!...» Sé que los quería y siempre fue una buena madre, nunca los abandonó (al contrario que la mayoría de los yonquis), y al final me pedía perdón: «Por el marrón que te voy a dejar.» Cuando antes de su último verano tuvo que ir al hospital con una enfermedad de las llamadas oportunistas, otorgó ante mi amigo Félix un bello testamento en el que: «Instituye herederos a sus dos hijos; nombra tutora a su madre; manifiesta su deseo de ser incinerada a su fallecimiento y hace confesión de su fe a Dios y confianza en su providencia...» Mi amigo el notario estuvo a su lado hasta el final, y como él, que había dejado los hábitos porque la orden en que había profesado en su juventud le prohibía el contacto con sus semejantes, conocía bien la ausencia de caricias, se las prodigaba a Ada, en el pelo, en las mejillas, en las manos, y le devolvía la sonrisa, el sentirse nuevamente persona, y aunque yo estuviera presente luego ella se dormía recordándolas y musitando: «Qué bueno es; no le da asco tocarme. Hace que me sienta normal.»

Había intentado varias veces meterme en la piel de Ada, compartir sus sentimientos, y comprendí que era imposible cuando leí esto que ella había escrito:

(Lo escribo en nombre de las mujeres y hombres que aún son guapísimos y no han decaído.)

*Mírame,
y cuando te quites el visor
que te separa de mi enfermedad,
serás capaz de ver
lo absolutamente bella que soy.
Aun así,
para tu castigo
y para mi dolor
serás incapaz de tocarme.
Y yo, no acepto guantes.
Mi condena es, desde entonces,
ser deseada
por hombres*

*que literalmente mueren de miedo
y falta de información,
por no tenerme.
Y yo,
a mi vez...
lloro por las noches nadando
en orgasmos solitarios,
perfectos y absolutamente manuales.
Y... es que ¿sabes...?
TENGO SIDA*

Días después de su muerte vino a verme Alberto. Le di la noticia por teléfono, cuando llamó preguntando por ella; por toda contestación oí su llanto... había salido de la cárcel y estaba muy enfermo, y lo de Ada suponía un palo para él... «Esperaba que tuviera tiempo para tacharme de su agenda», me dijo con voz entrecortada... Hacía frío y me pidió permiso para sacarse de debajo de su mugrienta chaqueta un cartón que le servía de abrigo a la vez que de letrero para pedir limosna; olía mal, a miseria y a tintorro; creo que me dijo que tenía hambre y me pidió dinero, pero sobre todo quería ver a los niños... Empecé a sentir un nudo en la garganta y una tremenda náusea en el estómago... Le di el poco dinero que tenía en el bolsillo y le rogué que se fuera antes de que mis nietos se enteraran de que estaba en la casa... Fui inhumana, algo inusual en mí, pero no disponía ya de sentimientos de compasión... Oír a aquella piltrafa humana decir que la gente se había vuelto muy cutre y sólo sacaba cuatro o cinco mil pelas pidiendo, «lo justo para un par de chutes», me revolvió las tripas y me trajo recuerdos muy tristes y cercanos. Cuando cerré la puerta tras él, me arrepentí de haberle dado el poco dinero que tenía; ingenua de mí, por un instante creí que era para comer...

A Coché, íntima de Ada desde la infancia, la había visto alguna vez por casa durante el último año, incluso vino con su hija Adriana, una preciosa mujercita de quince años, que recordaba de cuando era bebé. También estuvo en el cementerio la fría mañana de la cremación, y

vista así, a la luz del día, apenas la conocí. Estaba tan delgada, tan envejecida con su abundante cabellera, antes negra y larga y ahora casi blanca, mal disimuladas las canas con un tinte rojizo que resultaba patético bajo los reflejos del sol. Por su atuendo supuse que vendría de su trabajo de puta, y al ver a su acompañante pensé: «Vendrán de pillar», calculando el tiempo que se tardaba desde la cercana avenida de Guadalajara hasta el cementerio. Sin embargo, no me molestó; no nos guardábamos rencor a pesar de que la última vez que estuvo en mi casa la eché porque se fumó un chino con Ada y tuve que llevarla a urgencias; a Coché le tengo un especial cariño e incluso cierta admiración, porque enganchada al mismo tiempo que Ada, casada con un yonqui como ella, y madre también, lo abandonó todo, incluida su hija, y se marchó lejos y logró desengancharse. Incluso le escribía a mi hija hermosas cartas llenas de palabras duras y cariñosas para rogarle que dejara el caballo y si era necesario a su marido y a sus hijos, para volver limpia algún día. Pero el caballo nunca abandona; con razón mi hija dijo hasta su último momento, cuando ya no podía ni olerlo, que un yonqui lo es para toda la vida, como los alcohólicos, y Coché cometió la equivocación de enamorarse de uno y encima vergonzante, hijo de papá famoso y guapo... Y se pensó que se daría un homenaje, uno solo, para conquistarlo. De nuevo se hundió en la mierda y tuvo dos hijos gemelos de aquel amor, que cuando se cansó de ella eludió toda responsabilidad y se abrió... Coché perdió a sus hijos, que en la actualidad viven con los abuelos paternos, como la hija mayor, y fue repudiada por la familia de él como inductora al vicio... Desde entonces, enferma, avejentada y destruida su espléndida belleza, es puta... Trabaja, cuando puede, en bares de alterne, con un fijo de cuatro mil pesetas y tanto por ciento la copa; los servicios, aparte, y cuando le pregunto, apurando la hiel, me cuenta: «Felaciones a tanto; penetración tanto; numeritos con otra, tanto», y lo recita con el mismo tono monótono de una lección aprendida de memoria...

—A veces me sale algún cliente para fuera y a esos se les saca más... Pero no creas, hay días que sólo saco para ponerme y tengo que dormir en la calle...

—¿Cómo puedes hacerlo, Coché? —le pregunto—, ¿no te mueres de asco? Porque habrá tipos nauseabundos, ¿no?

—Sí, supongo, pero a veces ni los veo; es algo maquinal, de verdad; las primeras veces me lo pasaba muy mal, pero, ¡tía!, si estás metida en el puto jaco no tienes otra manera de hacértelo...

Su familia no quiere saber nada de ella después de haberles robado hasta el aliento; a sus hijos los ha perdido; no tiene ni techo bajo el cual cobijarse, ni una cama, ni un duro para comer y, lo que es más grave, ha perdido toda autoestima... Cada día quiere dejarlo, pero no se atreve a pasar un mono a pelo porque no sabe lo que significa y se encuentra mal de salud... Los centros de

atención a drogodependientes, los llamados CAD, tienen largas listas de espera, además de exigir puntualidad y paciencia... «No saben lo que se traen entre manos, tía; no nos conocen...» Y es verdad, lo digo por experiencia.

Por el momento Coché aún figura en la agenda de mi hija con su nombre y apellidos sin tachar... Cuando se fue tuve ganas de morir; ¿qué pintaba yo en el mundo?, ¿cómo sobrevivir a tanto dolor y desolación? Pensé una vez más que la culpa era nuestra: de los adultos, padres, educadores, políticos, sociólogos, informadores que habíamos confundido la felicidad con el materialismo; la libertad con el libertinaje...

Llamé a Dios y... ¡no estaba comunicando!; me lo dijeron los dos pares de ojos claros, preciosos, «como el azul del cielo y como el mar», según reza la canción, de mis dos nietos... Ellos me necesitaban, eran unos niños nuevos sobre los que escribir la historia venidera, sembrar bondad y fabricar historias de amor, y en ellos encontré las fuerzas para meterme en la jungla de la administración y declararme, con todos los pronunciamientos y la aquiescencia de una jueza, tutora oficial, ya que no servía el deseo de su madre expresado ante notario en testamento.

Una razón para enmendar errores, para luchar, para sentirme joven al fin y recobrar la vitalidad de mis años veinteañeros, cuando fui madre. Me consolé con la idea de que mi hija vivía en ellos y así me lo decían sus ojos. Cada vez que me siento vieja y cansada de vivir, entono esta oración y parece que llega al cielo; y hasta perdono al Estado la miserable pensión que por orfandad absoluta cobran los chicos; también es verdad que las recetas de la Seguridad Social son gratuitas, de pensionistas, pero afortunadamente gozan de una salud de hierro. ¡Hasta esto me rejuvenece!

RAQUEL HEREDIA

Madrid, 3 de marzo 1997

Libros Tauro

<http://www.LibrosTauro.com.ar>